





# **“Frío en Babilonia” y otros escritos**

*Miguel Rix*



## Prólogo

No es correcto este libro, ni el autor: no lo somos.

Primero porque no escribo para todo el mundo, y segundo, porque no me gusta la corrección.

Podrás encontrar alguna errata, quizá un fallo gramatical, podría ser que dieras con una o dos faltas, sería obvio que la maquetación fuese de lo más cutre, sino fuera porque es el fruto del trabajo de dos personas, no de un equipo editorial al uso.

Pero podría repasar y dejar las historias como lo harían los correctores de estilo de cualquiera de las editoriales de las que hayas podido oír hablar, no es que sea jilipollas, sino que no me apetece.

Me gusta mucho más escribir estas cosas que siempre preceden a mis libros, me lo paso mejor que corrigiendo mil veces la historia, revisándolo, volviendo a escribirla y no acabarla jamás, así que la dejo como está, y bueno, pues no somos una editorial al uso, y como te dije, no escribo para los que gustan de las grandes correcciones, así que con este tipo de prólogos, ya me quito varios problemas de encima y además escribo algo nuevo, no un repaso más de lo mismo.

Si ya leíste algún libro mío, todo esto te sonará; pero si ya lo hiciste, igual y te vuelves a reír, así que para ti va esta historia y al otro que le gustan las correcciones y las historias correctas, avisado queda, que este libro no es para él.



# Índice

<b>Frío en Babilonia .....</b>	<b>9</b>
--------------------------------	----------

## **Artículos y escritos:**

<b>El Nuevo Orden Mundial y tú .....</b>	<b>85</b>
--	-----------

*Artículo publicado por "El Proyecto Matriz"- 2009*

<b>Amén, la caída de la gran Babilón .....</b>	<b>95</b>
--	-----------

*Post publicado en el blog: miguelrix.wordpress.com – 2011*

<b>Crisis .....</b>	<b>109</b>
---------------------	------------

*Relato escrito a finales de marzo de 2011*

<b>El arte en la fría Babilonia .....</b>	<b>121</b>
---	------------

*Artículo publicado por "El Proyecto Matriz"- 2010*





# **“Frío en Babilonia”**



## Consideraciones preliminares: Yo

Estaremos de acuerdo en que este mundo, sin ir más lejos, puede ser un lugar muy hostil.

Pensemos por un instante, que nada de lo que se nos ofrece, puede llenar un vacío que -al menos algunos- sentimos, aun cuando hubiéramos podido elegir una vida menos difícil: amoldándonos como el resto nos dijo, como el resto hizo, como les enseñaron a hacer al resto, como intentaron enseñarme a mí, y quizá a otros como yo.

Algunos, plenos de cordura, rebosantes de sentido común, repudiamos a nuestros semejantes y emprendemos una vida incierta, aventurera -que dirían algunos osados-, llena de miseria, -que diría la aplastante mayoría de todos ustedes al unísono-.

¿Que por qué vivo en la calle?

Porque es el único lugar donde puedo hacerlo a mi forma (aunque también tengo “refugios”, adonde pasar una temporada cuando la cosa -y con “la cosa”, me estoy refiriendo a la climatología-, se pone fea).

Y otra razón, para hacer de mi casa un lugar tan indefinible como “la calle”-y esto, sé que les pesa a algunos de ustedes-, mis ansias de vida, mi ánimo para seguir y poder con cada nuevo invierno, y seguir viviendo, sobre viviendo un año más, es mucho más fuerte, muchísimo más noble, e infinitamente más poética, que esa prosaica y monótona forma de vida, que todos ustedes eligieron como única opción, de la que más adelante, esos osados que anteriormente mencioné, quieren librarse mediante atajos facilones, y apaños de principiante: el suicidio, la caída en los abismos de las llamadas drogas “permisibles”, o el ansia compulsiva de adquirir bienes físicos, como único medio para llenar el vacío.

Sí señores, ese vacío del que hablaba al principio de estas páginas, y que no sólo yo, sino también todos ustedes, padecen.

Un vacío, que no es sino la falta de sentido, que en algún momento todos pensamos tiene nuestra propia vida.

Pero no quiero hablar sobre este tema, sino exponer un hecho:

No soy un mendigo, ni permito que nadie me considere un ser inferior, por el

simple hecho de haber optado por otra forma de vida, para mi entender, mucho más digna, que la considerada para todos ustedes como normal.

Yo, soy el cuerdo entre tanto maniaco, el sensato entre tanto cretino, el precavido entre tanto irresponsable, y en definitiva:

El sabio entre tanto ignorante, es decir:

El lobo entre tanto perro.

En primer lugar, quiero dejar constancia de los hechos, aplastantemente inequívocos, así como de naturaleza irrefutable. Es por ello, que todas estas palabras, se piensan y se escriben, con la única intención, de que ustedes, saquen tajada de ellas, de que aprendan a verse como yo les veo, como el sabio observa al ignorante, que como tal –haciendo gala de su absoluta falta de conocimientos- se cree superior al despojado de todo bien terreno, que libre –como es- no tiene que apartar la mirada ante ningún ojo al que escruta, y es entonces –y siempre sucede así-, que ante el miedo, la bestia ancestral que transformó al primer antepasado del desdichado de turno, que se siente ultrajado, observado y molestado por ese... ¡mendigo!, esa bestia arquetipo ya modificó sus genes para convertirlo en un perro miedoso, es decir: el miedo (que formó y juntó al rebaño), sale a la luz y el cretino al verse observado, ataca al extraño (al ser sin posesiones que él cree, amenaza las suyas propias, o su integridad física), por el simple hecho de mirarle fijamente a los ojos.

Nadie debería molestarse por una mirada, ningún ser racional, tendría que prescindir de sus instintos más vilmente difuminados, y estoy hablando de la capacidad que todo animal posee, para presentarse de forma real, contundente e inequívoca ante otro ser de su misma especie.

Se sustituye educación, formas de conducta fingidas, máscaras anti olor, y se le roba al ser humano, su primer y más firme aval, que es su propio olor, y su propia mirada.

He visto a seres humanos estudiándose antes de establecer contacto, he conocido formas mucho más civilizadas de presentación entre dos individuos, y en ninguna de ellas se podía prescindir del olor, de la interpretación de los gestos, y sobre todo de la mirada, de su transparencia.

Su mundo de perros, lleno de sutiles, carísimos e insignificantes perfumes, les está robando su esencia, y les viste con los trajes de presos que ustedes mismos eligen “libremente”, para sobre llevar su condena en esta prisión en la que viven.

Mirarse a los ojos, es algo que enseñan a sus hijos a no hacer.

¿Y cómo quieren que distinguan después, entre la sinceridad y la trampa?

Les enseñaron a relacionarse con el grupo cercano, en el que todos comparten gustos, colores y por supuesto olores, también les adiestraron para avergonzarse de partes fisiológicas y escatológicas de la vida, que tienen que negar vergonzantemente entre ustedes, para no ser repudiados por su grupo.

Más adelante, mientras siguen sin mirar directamente a los ojos de nadie, asumen su rol como piezas, de mayor o menor importancia según el caso, parte de un engranaje mayor, al que todos ustedes llaman civilización, sociedad, sistema, cultura, barrio, país, pueblo, democracia, etc .

Acto seguido les inculcan una idea dogmática, y entonces entre ustedes, el que más y el que menos, piensa en propiedad, cree en futuro, acepta y justifica la ley, y en última instancia, perpetúa el mal entendido (la malversación a la que alguien dio el nombre de vida en libertad), y tienen descendencia, esta vez, más alejada si cabe, del verdadero propósito de la vida.

Y así, sucede y supongo seguirá sucediendo desde que el ser humano consiguió expandirse gracias al mal llamado progreso: multiplicar población, multiplicar producción de alimento, dividir a las gentes, devastar el planeta, y justificar todo ante la palabra: terror. Pero...

A mí, si acaso, lo único que me paraliza de horror, es comprobar que ustedes han creído tanto esa farsa, que justifican esa apestosa forma de vida suya, con las eternas excusas:

“es lo que hay”, o “yo no he inventado las reglas”

Pero no se preocupen, les voy a dar una de cal y otra de arena, para que luego no digan, que aprovecho estas líneas para atacar a diestro y siniestro, y que todo este discurso, no es más que otra ida de tono, de otro loco inadaptado.

Nada más alejado de la verdad.

Así que dicho esto, y sin más, les voy a contar esta historia, en la que todos podrán aprender algo de provecho. Hay para todos, así que tengan paciencia si no se identifican rápidamente, porque les aseguro, que antes del final –que ya les anticipo, no será trepidante, ni tendrá personajes sorpresa que todo lo expliquen, ni probablemente tenga un gran final al estilo hollywoodiense-, se van a ver reflejados en alguno de los siguientes personajes, que ustedes están a punto de conocer, de ver con mis ojos: sin sus máscaras de perfume...

Ahora pues, y si les parece: Olfateémonos mutuamente.

## Babilonia: la ciudad llena de muros transparentes

Procuro moverme de una a otra ciudad, mi pasado poco importa pues es de hoy, de lo único que tengo que preocuparme, si acaso decir que no soy ni muy joven, ni demasiado viejo, por lo que puedo cambiar de lugar cuando cambian las condiciones, en definitiva, intento llegar al sitio de donde no tenga que huir jamás del frío, un sitio, más allá de Babilonia, al otro lado de sus mitológicos e invisibles muros de cristal.

El invierno, de eso se puede escapar. De la hostilidad climatológica, siempre se puede huir, pero no me estoy refiriendo a ese tipo de frío, sino a ese otro – también invisible, como esos muros de esta eterna ciudad llamada Babilonia-, que congela la capacidad de sentir, de compartir, de ser, de esos perros falderos, de esos otros guardianes, también de los que son de presa, de los perros bellos, de los perros feos, de los perros de tiro, de los perros de carga, de los perros pastores, de los perros callejeros, de los perros de raza, y de los peores, de los simples perros amaestrados.

Todos los perros, de frío corazón, de cobarde falta de calor, de absoluta carencia de principios, perros todos ellos, que se conforman con ser lo que son, o acaso, con obtener más porción de pienso en sus platos, perros asquerosos, con su alma lobuna helada.

Esos perros ciegos que no ven los barrotes de sus celdas, de su gran jaula de cristal llamada Babilonia.

El frío invernal está superado, se calientan, se arrejuntan, se paralizan, justifican sus compañías en función de conveniencias, que ninguno de ellos tiene el valor de llamar por su nombre, se empeñan en cambiar voluntad por bienestar, como perros que son.

Babilonia, una ciudad inexistente formada por miles de lugares iguales, habitada por millones de personas que hablan distintos lenguajes, que se visten de formas similares, que trabajan en trabajos parecidos, que se ríen con los mismos chistes, que tienen los mismos patrones de belleza, idénticos ideales de vida, sueños fotocopiados, intereses similares, preocupaciones sinónimas, una misma ciudad, camines por la calle que camines.

Babilonia, con sus leyes cómicamente similares, con sus sistemas de gobierno paradójicamente iguales, con sus edificios, instituciones, barrios, medios de transporte, policía, entretenimiento, todo, absolutamente igual, la cultura del

ciudadano mundial, al que aparentemente ya no le queda ciudad a la que escapar, de no estar de acuerdo con las reglas del juego, que no son otras que la alienación de la vida, de su degeneración, de su precio... Instinto Vs supervivencia/ complacencia/ acatamiento / integración en un macro sistema, del que nadie quiere saber quién ha sido el gran inventor/ beneficiario del mismo.

El tiempo en Babilonia, pertenece al señor dueño, que es el que gana poder, dinero, posición, influencia, jugando con el tiempo ajeno, es decir controlando el tiempo vital de otro señor –mucho más numeroso que el señor dueño-, el señor peón.

Por supuesto, dentro de la categoría señor dueño, podríamos incluir a todo individuo que ocupase una jerarquía, que tuviera al menos otra por debajo suyo.

Porque, ¿Es acaso el poder, patrimonio exclusivo de reyes, grandes empresarios, o banqueros?

No señores...

¿O sí, y lo ostentan tan sólo seis?

Seis personajes más allá del sistema legislativo del planeta.

Seis titiriteros que manejan todos los hilos, perros-marionetas movidos por manos manchadas con cientos de miles de litros de sangre.

Doce manos, manejando todo un gran rebaño de perros, a los que han conseguido extirpar, su espíritu depredador de lobo.

¿Y por qué?

¿Y a ellos?, supongamos por un instante que sean seis, ni más ni menos que media docena...

¿Quién los maneja?

Ellos son los dueños de la caja de cristal llamada “la gran Babilonia”, pero ¿Quién observa la caja?

Peliagudo. Ya lo creo, así que dejaremos el tema para más adelante.

Y llegado a este punto, debo incluir una aclaración, este idioma que ahora uso, no gusta de palabras que engloben a ambos sexos, y ha sido pues, machista desde los

principios de su uso, no pretendo en ningún momento, utilizarlo como tal, sino que usando toda mi capacidad de observación y aprendizaje, llegará un punto en esta historia en que me dirigiré a ustedes señoras, señoritas, damas y mujeres en general. Pero hasta ahora no he usado más que el “señores”, porque aún no estoy hablando con vosotras, pero todo llegará.

Pues decía que (y dejando ya el tema de esos supuestos seis titiriteros), el poder se instauró en todos los niveles, ya que todo el que **permite** tener por debajo suyo a otro ser, se deja pisar sin rebelarse por los que él sabe –y sobre todo acepta- como superiores.

Y punto.

La trampa de Babilonia, es que la ascensión, a la par de ser ardua, jamás libera del superior inmediato, pues la jerarquía, el sistema de diferenciación de individuos mediante grados, escalas, clases, cargos, o rangos, se perpetúa (por su misma naturaleza) en la que la imposibilidad de realización individual, y se basa precisamente en este hecho: se ascienda lo que se ascienda, nunca se está satisfecho, pues siempre habrá alguien al que se le tendrá que besar la suela del zapato.

Una absurda ilusión, un sistema facilón, un juego en el que ganar significa *nada*, una propuesta vital de la que aparentemente nadie sale corriendo, unos muros que aprisionan mediante la ficción, las voluntades de quienes aceptan el juego, para al final de sus vidas, caer en la cuenta de que las desperdiciaron por sueños ajenos, que alguien puso en sus seseras (después de haber dejado todo el hueco posible en ellas, para que la mentira cupiera).

Seseras huecas que hay que llenar.

Y en Babilonia, se llenan, ¡Vaya si se llenan!

Camino por las calles de Babilonia, y estupefacto me doy de bruces con un cartel luminoso, un haz de luz intensísima que de forma hipnótica me atrae hacia él, hasta que descubro apesadumbrado, que no se trata más que de un cartel luminoso con el nombre de una gran tienda dedicada al sexo.

En toda Babilonia, se llaman de igual forma: sex shops.

Y en todas sus ciudades, en todas las franquicias de la grande Babilonia, hay perros guardianes que no dejan que la gente como yo –como si me conocieran y pudieran encerrarme en un simple catálogo, como el que a ellos les enumera, les enuncia, les cataloga y les define-, se acerque a las propiedades privadas, que ellos –obedientes- custodian.



¡Aquí no hay nada para tí! –me dice uno de los perros guardianes, enseñándome el tamaño de sus fauces: viene hacia mí empuñando su porra con fuerza-, ¡Largo de aquí, borracho!

¿Lo dice usted por el litro de vino? –le pregunto sin inmutarme, por supuesto ni me muevo, pues sigo estupefacto ante la incandescencia y la luminosidad, de esas letras que parpadean ante mis ojos dubitativos y vacilantes por la mitad ingerida de dicho elixir fermentado-... Pues, sepa que aún no estoy borracho, pero lo estaré, y en cuanto esto suceda, vendré a este lugar para arreglar cuentas con usted –el otro perro guardián, se me ha acercado por el costado, sin que yo le haya visto y en ese mismo instante me lanza una patada, que me dobla haciéndome rodar escaleras abajo (unos seis o siete peldaños, lo suficientemente dolorosos)-.

¡No te quiero volver a ver por aquí, payaso! –me dice el de la porra, con aire altivo, parece ser que ambos se sienten satisfechos, los dos han cumplido con su trabajo.

Pero no saben, que yo no soy de esos a los que se les derrota tan fácilmente, y justo en el momento en que ya se han olvidado de mí, consigo subir un par de escalones adónde tengo mejor posición de tiro, y antes de salir corriendo como alma que lleva el diablo, les lanzo el litro de vino, que es de cristal, y eso duele.

Mientras corro, profetizo una maldición con toda mi alma y lo hago gritando, para que me escuche hasta el rey del mundo, el dueño de todo, les grito con todas mis fuerzas:

“Dentro de poco alguien os hará pagar, y moriréis desangrados entre espasmos de dolor”.

En la grande Babilonia, las mentes están huecas, tienen que ser llenadas, y para ello nada mejor que sus bonitos anuncios, y sus preciosas cajas tontas, llenas de gente tonta, de historias tontas, de absurdecos que atontan y llenan poco a poco las tontas mentes de los tontos perros, que se distraen y se olvidan de sus perras vidas, viendo tonterías.

¡Pero mira que son tontos!

Cabezas llenas de esperanzas absurdas, de creencias ridículas, de patrones, de dictámenes que no sólo entretienen, sino que además conducen sus perras vidas: consejos, soluciones, productos milagrosos, nuevos problemas de los que preocuparse, enemigos, enemigos por doquier, hasta debajo de la cama, perfección, cómodos plazos, distinción, prestigio, elitismo, hipotecas, marcas, ofertas, prototipos, deportes de masa, deportes de élite, deportes de riesgo, deportes opiáceos para justificar obesidades precoces, comida basura, comida

rápida, comida vegetariana, comida proteínica, comida natural, comida enlatada, comida...

Leí una vez, que el hambre paraliza el correcto funcionamiento del cerebro, y es por ello, por este miedo ancestral, que el hombre se convierte en esclavo, tan sólo para no tener que enfrentarse a ella, al hambre.

En mi caso, agudizar el ingenio forma parte de una estrategia mucho más amplia, que es la de conservar la libertad, al precio que sea, y conseguir comida digna no es moco de pavo.

En Babilonia, hay una gran cantidad de restaurantes donde cada noche, tiran los restos de sus comidas a la basura, y esa es la forma en la que hoy, decido conseguir mi sustento.

Ando dolorido por la patada en el costado de aquel perro, pero al final llego a donde quería, es una pizzería, y antes de esperar a que lo tiren todo a la basura, entro al establecimiento y le pregunto a un joven que hay al otro lado de un mostrador rojo, si les ha sobrado alguna pizza, el chico que debe ser nuevo, me mira y con cierta desconfianza se da la vuelta y va hacia la cocina, de la que al rato, aparece sin nada

Me han dicho, que esperes por atrás como los demás, que cuando cerremos estará todo en la basura –dice el joven dependiente-.

Y tú... – Me le quedo mirando fijamente, y hoy no tengo buen aspecto, así que le infundo cierto miedo... ¿Qué opinas de esa actitud? –no responde, pero yo insisto-, ¿Te parece normal... –levanto la voz-... te parece moral, que en vez de darme esos trozos en la mano, tenga que recogerlos de la basura?...-sigue atónito, sin decir nada, y en ese instante, sale de la cocina el que parece “el señor encargado” (otra raza de perro rastrero). “Ya la lié”, pienso inmediatamente al verle venir hacia mí-.

Si quieres pizza gratis, esperas a que cerremos y a la basura... ¿Qué, no entiendes?

Que tengáis una muy buena noche de trabajo –me doy media vuelta y me despido, esta noche ya no tengo ninguna gana de bronca; pero antes de salir, me vuelvo y miro otra vez al joven, no parece mala gente, sé que no ha dicho nada para no perder su puesto de trabajo... él verá si le interesa, pero en sus ojos pone muy claro: “¿por qué?”, pues no entiende que no le hayan permitido darme un simple trozo de pizza, que más tarde y probablemente él mismo, tenga que tirar a la basura.

Hasta luego –dice el chaval, “bingo” pienso yo, no me había equivocado con él, y salgo de la pizzería.

Pero no voy muy lejos, sé por la hora, que están a punto de cerrar, y decido esperar en una calle desde la que puede verse el gran luminoso con el nombre del establecimiento. Mientras cierran, saco unos papeles en blanco de mi mochila, y dibujo la cara del señor encargado, que en mi papel, no es un hombre sino un perro gordo, con las mandíbulas chorreantes de baba, y la mirada estúpida y perdida, de un gran perro apestoso.

Cuando al fin veo el cartel apagarse, me levanto del bordillo y me dirijo hacia allí de nuevo, e inesperadamente, me encuentro de cara con el joven que no había querido perder su trabajo, trae algo en la mano.

Sabía que estarías por aquí –y me da el paquete, una caja cuadrada y plana, que al abrirla contiene cuatro grandes trozos de pizza, más duros que una piedra, pero comida al fin y al cabo-.

Gracias –digo de forma altiva, incluso le ofrezco un cacho, él no lo quiere ¡claro!-.

Antes no te lo di, porque mi jefe...

Mi jefe...–digo entre risas y entre bocado y bocado, me lleno la barba de tomate y me paso la manga del jersey para limpiarme, el joven me mira perplejo, pero no se va, así que me extraño-... ¿Así que, no te dejan dar la comida sobrante a quien tiene hambre? –mueve la cabeza en sentido negativo-... ¡Pues vaya mierda de trabajo!

La verdad es que es una puta mierda... ¿Y tú?...

¿Yo...Qué?

¿Qué si nunca has trabajado?

Dejé de hacerlo y me puse a vivir –le contesto sin dejar de mirarle a los ojos, y sin dejar de devorar los trozos de pizza-.

¿Y ahora...? –duda, pero lanza la pregunta (se ve que el chico es curioso, y eso me gusta)-...¿Cómo sobrevives?

Yo no soy ningún mendigo –respondo guardando en mi mochila los restos de pizza-, yo soy un viajero, un caminante

¿Y hacia adónde te diriges? –y antes de que pueda contestarle, se justifica, se pone de mi parte, sin que yo se lo haya pedido, y eso, también me gusta-, es que yo también quiero viajar, ¿sabes?

Pues a tu pregunta –y me le quedo mirando fijamente, pero intento que mis ojos sean amables, y lo consigo por la cara que pone, noto que le atraigo, que no me ve como lo hace el resto, que él respeta mi forma de vida, y claro, todo eso, me gusta... me dirijo al final de Babilonia, a sus muros, para derribarlos y ver qué coño hay al otro lado.

¿Babilonia? –pregunta entre risas, no risas de burla, sino risas cómplices, sabía de qué le estaba hablando... ¿lo dices en serio?

Como sabrás, todas las ciudades son una

Y todas ellas tienen el mismo nombre: Babilonia –responde de este modo, eso es lo que más me gusta de todo-.

Pues voy a ir hasta la última, para comprobar que no se puede escapar del imperio, de la ciudad sin calor. Y una vez descubra sus muros, los golpee y éstos suenen como lo que son: cristal, entonces no me quedará otro remedio que derribarlos, de la forma que sea: echarlos abajo, hacerlos añicos...

Para contárselo al resto, para decirles por dónde escapar –me continúa, esta vez lleno de un entusiasmo, que a priori, no le presupuse...para que el resto...

Perros...

¿Eh? –pregunta extrañado-, ¿Cómo perros?

Sí amigo, yo voy a derribar los muros para seguir mi camino, no para venir a contárselo a ningún perro, todas las gentes que ves en Babilonia, son como perros, yo los llamo así, porque yo soy lobo, como ellos podrían haberlo sido, pero sin embargo, y por lo mismo que un perro: por su ración, cada uno desempeña su cometido sin rechistar, a sabiendas de que nada es justo, de que no hay premio, de que algunos no van a ganar jamás, de que todo son mentiras y que ellos son los ingenuos. Lo saben, lo aceptan, se dejan domesticar, perros. –y se queda pensativo, momento en el que aprovecho para ir al grano- Y tú, ¿eres perro o te queda algo de lobo?

Tengo un plan, y por supuesto que no soy un perro, yo no soy de Babilonia, yo pertenezco a otro mundo mucho más antiguo, más equilibrado, mi piel no es del color blanco perfecto, sino que está mezclada con el sol de la jungla, no soy un lobo, yo soy un jaguar.

¿Y cuándo tienes pensado emprender tu viaje?

Al terminar el curso que estoy haciendo, el mismo día que termino con este curso apestado, me quedan seis días.

Yo voy hacia el sur, pero quiero cruzar el charco después, voy hacia la tierra del jaguar, y siempre hay faena para un grumete en un carguero.

¿Y cuándo te vas de esta ciudad? –me pregunta.

Si quieres, en seis días, ya no hace demasiado frío por las noches, así que podré pasarlas en los muchos parques de la ciudad.

Llegado a este punto, he de explicar una extraña costumbre que tengo, cuando me cruzo con alguien que no es perro, siempre intento dejarle algo mío, algo de lo que yo he aprendido, con lo que quizá haya disfrutado, algo incluso valioso para mí, siempre lo hago, porque nada de lo que tengo me pertenece.

En ese instante hurgué en la mochila y saqué un par de libros, que ya había leído varias veces, y me puse a observarlos, alternando mis miradas con los ojos de aquel jaguar, escrutándole, intentando averiguar, o mejor dicho dejando espacio para que apareciera la chispa de la intuición, y no equivocarme con mi regalo, y así estuve casi un par de minutos, en los que el chico, no dijo ni mu.

Éste –digo resolutivo, ante su sorpresa-, te voy a dar este libro para que lo leas –y en este preciso instante, vuelvo a mirarle a los ojos-, porque... ¿tú, lees... verdad?

Por supuesto –me responde medio furioso por mis dudas-, ¿cómo crees si no, que podría haber sabido algo acerca de Babilonia?, ¿Cómo querría escapar de ella si no? –me vuelve a gustar lo que escucho, entonces cierro el pacto con el jaguar.

Pues bien, te voy a dar este libro, yo lo habré leído unas diez veces, me lo sé de memoria, así que para ti, y luego dáselo a otro que lo necesite...

Gracias –y lo coge, lo observa, y mira la contraportada, adónde tan sólo hay un mapa y una frase extraña, críptica. Se fija en el autor-, No había oído hablar de él...

No es literatura para perros.

“Cristalizar es enseñar a los dioses” –lee en voz alta la frase críptica del reverso del libro- ¿Qué significa?

Eso lo descubrirás por ti mismo. Bueno amigo, yo tengo que ir hacia el centro, tengo unos asuntos que resolver allí –y me levanto y comienzo a andar, alejándome del chaval:

¡Eh!, ¿podría acompañarte hacia el sur cuando acabe con el curro y con el curso?  
—me grita desde su lejana acera—.

Estaré aquí, a esta misma hora, dentro de seis días, si no estás, seguiré mi camino...—pero se me queda algo en el tintero-... Ah, se me olvidaba, en cuanto me molestes, o yo a ti, nos separamos y punto, ¿de acuerdo? —le grito—.

Hecho, hasta entonces —y me voy, creo que preguntó por mi nombre, y creo que le dije uno al azar. Pero todo eso ya no tiene importancia.

## Babilonia, la ciudad de los ojos de colores infinitos

El sexo, eso es lo que todo lo mueve en la noche, la ciudad se transforma, y la enorme serpiente multicolor que todo lo arrastra a su paso, se ha disuelto en unas pequeñas manchas, en las que destacan dos colorcillos diminutos, dos ojos por cada individuo, dos lucecillas que en la noche, sí se dejan ver, se cuentan cosas las unas a las otras, se hablan en voz baja.

Por el día, millones de seres juntos, aplastan a su paso, cualquier movimiento a la contra, y sus ojos, van clavados en el frente, sin expresión ni color alguno. Babilonia, por el día, ciudad de robots; por la noche, esa masa informe compuesta por toda la gama de colores en venta en cualquiera de los grandes almacenes de cualquier ciudad, se deshinchá, se desmiembra deshinchándose y las amplias gamas de surtidos colores, se emborronan sin la complicidad de la luz solar, y lo que antes pertenecía a las máquinas, es ahora territorio de las almas errantes, de los vestidos con el color de la noche, ropa oscura por la falta de luz, y el brillo incandescente de sus ojos, la ciudad multicolor, se transforma en el reino de los ojos diferentes, de las miradas inclasificables, la ciudad de los ojos de color infinito.

Es el mejor momento para observar los ojos de la gente, para leer en ellos y deleitarse con sus colores inimitables, tan distintos a los surtidos de todos los grandes almacenes.

Subo por la calle empinada, asciendo dejándome guiar por ella al centro de la ciudad, y cada poco me cruzo con las almas errantes, algún perro a deshoras (que también los hay, se les distingue porque en sus ojos no brilla más que el miedo negro-desconfianza, ese es el color de sus tristes ojos), pero casi todos con los que me cruzo, me devuelven la mirada sin reproche alguno, bellos ojos, voy pensando mientras sigo ascendiendo, hasta que me doy de bruces con una mirada esmeralda, llena de rabia, y su furia, me atrapa tanto, que me quedo petrificado, inmóvil, esperando que siguiendo su camino, llegue hasta donde yo estoy quieto, y se pare para devolverme la mirada.

Está a dos metros de mí, se ha percatado de que la estoy mirando, aminora el paso, sonrío con una extraña y falsa mueca, y se dirige hacia mí no sólo con sus pasos, sino además con su voz: música y esmeralda, mala mezcla, pienso antes de escucharla decir:

Pareces de todo, menos un mendigo.

Soy un viajero, y al verte –le digo saliendo del trance-, he pensado que me vendría bien una pensión, por la ducha, ya sabes... –se me queda mirando, ladeando la cabeza y con mirada burlona, pero no dice nada, así que juego mis cartas... no creas que lo decía por el sexo –por supuesto, no me ruborizo, porque estoy diciendo la verdad, y ante el posible mal entendido, me explico mejor:-... lo decía porque viéndote, me entran ganas de tener mejor aspecto, para que puedas fijarte en mí. –Y me presento, ella también me dice su nombre, pero al igual que el mío, supongo será inventado, así que decido llamarla: “Aurora”-.

Bueno, espero verte alguna otra noche, viajero...

¿Pero cómo? –pregunto indignado-, no te despidas de mí. Si quieres dame dos horas, y quedamos aquí mismo, en ese tiempo habré conseguido una pensión, una ducha, ropa digna y algo de dinero para sacarte de juerga... ¿En dos horas aquí? –Aurora sonrío, y sus esmeraldas me lanzan un sí en forma de rayo fulminante, no me hace falta escuchar sus palabras, ya tengo una misión, así que me despido antes de comenzar a correr- Hasta dentro de dos horas.

Adiós, viajero –me dice entre risas. Me encanta.

Y ahora sí, me dirijo a vosotras mujeres, y es pues que comenzaremos atacando la supuesta verdad de la historia estandarizada de Babilonia.

Os educaron en la inferioridad de una enseñanza impartida por hombres, una historia escrita por hombres, una ciencia tejida con las inquietudes de hombres, una moral inventada para justificar la conducta machista, de un sistema social jerarquizado por hombres, os enseñaron la Babilonia de la fuerza, del poder, del frío.

Pero nos privaron de la auténtica verdad, y ahora quieren negociar apaños con vosotras, para que creáis que se camina hacia la igualdad. ¡Mentira!

Un mundo equivocado, una grande Babilonia en la que antaño se tuvieron que inventar mitos, dioses, religiones, doctrinas, totems, signos divinos, representaciones supra humanas por encima de la ley del hombre, siempre de igual modo, el juez en la tierra (nunca jueza), que habla a través de la palabra de este o de aquel dios, y que dicta las normas a seguir para conseguir la eterna promesa de una vida mejor.

Un dios benévolo, un padre recto, una doctrina y una fe, fuertes, el poder siempre supra humano, es decir omnímodo, justificación, todo ello, de un hecho:



La transformación de un mundo ancestral, de menos progreso, de mayor justicia, de menor densidad poblacional, un mundo en el que no predomina el poder y la fuerza, sino el sentido común, la observación, y el respeto a la tierra (la madre), por otro que ya conocemos, que no es más que el que todos podemos observar si sabemos mirarlo todo con ojos llenos de interrogantes, y se llama Babilonia.

Un mundo gobernado por hombres, que suplantaron la antigua cultura del matriarcado, borrándola de la historia a base de fuerza y sangre, y es por ello, que a todas vosotras, se os ha privado de un derecho del que antes gozabais: la veneración a la madre, a la fuente de la vida.

Todo se ha maquillado, se ha enrevesado, se ha tergiversado, para que este mundo confabulándose contra la verdadera naturaleza del ser humano, sea gobernado por entes perversos, brutos y arrogantes, como lo son los seres humanos machos, que aún siguen aferrados a sus “cualidades” de siempre: fuerza y poder.

Pero yo estoy corriendo, los ojos de Aurora me han alumbrado la noche, y sin dejar de correr voy pensando en mi plan.

Tengo que conseguir unos billetes, la forma más fácil: robarlos, pero no estoy de humor para eso, así que me decido por el préstamo. Me hago con un buen hierro en el contenedor de una obra, y busco el lugar indicado.

Llevo oculta la oxidada vara de metal, me cruzo con un par de policías que me miran con desdén, les sonrío y entre dientes les llamo perros, no se enteran, pero finalmente abandonan mi plaza, que en ese instante es mía, y en el mismo centro de ella, una preciosa cabina de teléfonos que pretende prestarme unas monedillas, le sonrío, me acerco a ella, y antes de proceder acerco mis labios a sus ranuras y la beso, me separo unos centímetros e introduzco el hierro entre sus pliegues, tiro con fuerza, y sin contratos que valgan, recibo un préstamo por ciento cincuenta monedas, suficiente, me digo a mí mismo lleno de satisfacción, y al ver a los perros de antes, que llegan corriendo por el escándalo de la cabina, huyo como sólo yo sé huir, corro que me las pelo, y me pierdo en las fauces de uno de los estrechos callejones del barrio chino, los perros guardianes no pasan de aquella entrada tenebrosa, y sólo reciben los ecos de mis carcajadas cuando se dan media vuelta, para seguir vigilando las calles de Babilonia.

No son horas, me digo y recuento las monedas, a las que podría llamar euros, o dólares o... monedas al fin y al cabo.

Señoras, no se crean que no tengo más formas de obtener dinero que las que mencioné anteriormente, pero reitero lo dicho, no son horas, y en este momento no hay turistas a los que pintarles un retrato, una especie de espejo desde el que yo les veo (siempre como perros), y que a veces les gusta y obtengo suficientes monedas por el dibujo.

No se crean entonces, que el que habla es un vulgar ladronzuelo, por el contrario, detesto robar, aunque a veces no me quede otro remedio, y en eso, no pretendo engañarlas.

Y a los señores: ¡tranquilos!, que no me van a tener cerca suyo, procuro alejarme de ustedes.

“Pero qué grande es la vida”, pienso en el mismo instante en que descubro una pensión que ofrece sus servicios (camas), mediante un débil resplandor en el teclado del portero automático del portal donde estaba sentado contando las monedas, ningún cartel, ningún reclamo publicitario, sólo la tecla que parpadea con una luz algo más intensa que la del resto de sus compañeras: primero a, pensión “noche”, seguida de la mejor de las palabras: “económica.”.

Al verme llegar, la dueña del lugar me pide el dinero por anticipado, “sólo una noche”, le digo, me dice algo del baño, de que hay que esperar a no sé qué con la cisterna y que cuando lo utilice, ponga del revés el cartel que cuelga del pomo de su puerta: ocupado/ libre.

Feliz por haber terminado con ella, y con quince monedas menos en mi haber, me dirijo a mi habitación.

Una vez dentro, me tomo mi tiempo y saco todos mis trastos de la mochila, voy al grano, así que sólo me interesa la ropa, bingo, pienso al ver mi otra camiseta, que aún está limpia... “reservar diez monedas para lavandería mañana”, pienso y aparto las monedas, aún dispongo de ciento veinticinco, hago el amago de dejar en depósito otras veinte monedas para próximos gastos, pero no lo hago y es que a última hora pienso “una noche es una noche, y esta es color esmeralda”, entonces, ¿para qué preocuparse por mañana?, y sigo con mi tarea, los otros calzoncillos, y un par de calcetines que no apestén.

Ya lo tengo todo sobre la cama, sólo me falta una cuchilla de afeitar, pero no había contado con la fatalidad del destino, y como si el tiempo se diluyera, se encogiera para dejar de tener importancia, descubro frases que decoran a base de tinta de rotulador las paredes de aquella habitación, que esta noche esmeralda es mía.

Comienzo a leerlas:

“El mundo apesta, todos vivimos en una gran cloaca”, y pienso en la cara que tendría quien había escrito aquello, y me imagino a un joven estudiante de filosofía, al que acaba de abandonar su novia.

Se habían citado aquí, en esta misma habitación, donde siempre lo hicieron de forma furtiva, él que llevaba unos días devorando su ánimo con las evasivas que la chica le daba en aquella época, presagiando el desastre, él sentado en la cama, ella enfrente suyo, ni siquiera se quita el vestido, sólo dice: “se acabó, he conocido a otro”, en ese instante y antes de que el joven estudiante pudiera estallar, la puerta se abre, para volver a cerrarse al poco y el chico se queda solo, y aunque no me pueda escuchar, yo le digo desde el futuro de esta noche esmeralda: “tranqui chaval, al menos ha sido sincera contigo, podría haber inventado cualquier otra excusa”, pero al ver que no me oye, le dejo allí, escribiéndole al mundo lo que piensa de él, gracias a que su chica fuera sincera. Desagradecido, pienso, y desaparece de mi vista.

“Todos somos uno”.

¡Y una mierda!, pienso inmediatamente al ver aquello escrito, así, con una perfección que da miedo, todas las letras de un mismo tamaño, una caligrafía impoluta, y una fe ciega en esa memez, “a ver tu cara, mequetrefe”, digo en voz alta, al tiempo que me río de esa expresión “mequetrefe”...

Y ante mí, aparece un joven corpulento, tumbado boca abajo con su cabeza en el regazo de otro joven, este no tan corpulento, él es quien había escrito unos segundos antes aquella frase en la pared, y en ese instante observa como se está vistiendo una tercera persona, una hermosa muchacha, con restos de llanto en sus mejillas, ella piensa para justificarse, que ha sido engañada, utilizada, y que a partir de aquella noche, nada va a ser lo mismo en su vida. El joven corpulento no dice nada, pero sus ojos permanecen fijos en algún lugar que sólo él puede conocer, intentan encontrar una respuesta en ese abismo, a la pregunta: “¿seré gay?”, y por último, el escribiente, repleto de placer y satisfecho como nunca antes lo había estado, que le dice a la chica antes de que ésta desaparezca: “ves, me prefiere a mí, pero podemos compartirlo, como él ha hecho contigo”.

Pobre muchacha, no se acuerda de que fue ella, la que empezó a manosear al amigo de su novio, no recuerda, que nadie la engañó cuando chillaba al gozar de dos hombres a la vez, pero sí tenía grabada en la mente una imagen, la que jamás olvidaría, que al final, ninguno de ellos la hizo caso, y siguieron y no pararon, y ella lo vio todo, y aun queriendo haber participado, ninguno de los dos se lo permitió.

Seguirá pensándolo el resto de su vida, “dos maricones que me engañaron, pero jamás he estado con dos hombres, mi amor”, le dirá algún día a su futuro marido, cuando éste se entere de todo.

“La vida es una risa fugaz, a la que sucede un llanto eterno : ”

Vaya, esta me gusta, pienso y me esmero más en pensar en su escritor, me tomo mi tiempo así que le doy un trago a una pequeña botella de vino, que escondía en mi mochila para una de estas noches, y sonrío, mientras descubro un rotulador a los pies de la cama: bendita coincidencia, pienso justo en el instante en que me agacho para recogerlo, y al incorporarme de nuevo, observo el mismo trozo de pared, pero en ese momento, no hay ninguna frase escrita, así que la escribo: “La vida es una risa fugaz...” y bla bla bla.

Termino con la inscripción, me gusta al observarla una vez la tengo acabada, y pienso “ya decía yo que ese forma de t de eterno, me sonaba”, y como gesto de distinción, cierro aquella frase con dos enigmáticos puntos “ : ”. Ahora sí, en ese instante pienso que así sí me gusta, pero no pretendo firmarla, ¿para qué?, pienso mientras observo indolente como la puerta se abre, y a través de ella, entra alguien conocido, su cara me suena, pero no recuerdo exactamente de qué, aunque no me preocupa lo más mínimo, porque en claro gesto de amistad, porta una espléndida botella de buen vino, que inmediatamente tiende ante mí, por supuesto se la acepto y bebo, un buen trago, aunque ya sé todo eso de que el buen vino se debe beber despacio, me limpio el morro con la manga del jersey y vuelvo a darle otro tiento, así que en dos tragos me he bebido casi la mitad de la botella, “qué bueno, madre mía”, pienso al tiempo que le paso la botella a aquel extraño conocido...

El caso es que tu cara... –digo rompiendo el hielo-... me suena, ¿sabes?

Fui yo, quien te dio una patada esta tarde, iba con mi uniforme, por eso no me has recocado...

Y a qué vienes, ¿a pedir disculpas? –le pregunto, sin el menor síntoma de resentimiento. Me anticipo a su respuesta:- ...Ahórratelas y pásame ese vino, es tu trabajo, ¿no?, trabajas de perro guardián, tienes órdenes estrictas de no dejar pasar a la gente como yo... con un perro no vale el rencor, con un perro –y le miro muy de cerca-, sólo vale la comida.

Podría no haber usado la fuerza –me dice de repente, como si fuera una brillante idea, como si fuera esa la respuesta a una pregunta que llevaba un buen rato dando vueltas en su cabezota-

¡Podría no haber usado la fuerza! –le reprocho en tono de sarcasmo.

Pero en cualquier caso, vengo a decirte que no vas a poder derribar los muros de Babilonia.

¿Y tú cómo sabes eso, perro? –en ese momento abre de nuevo la puerta y se dispone a salir de mi habitación.

Porque estoy condenado a seguir levantándolos, una eternidad construyendo muros...

Perro imbécil –digo al ver como la puerta se cierra, y me quedo pensando en el porqué de que viniera vestido de preso, no me había percatado hasta ese instante, pues en lugar de su uniforme de seguridad, llevaba un gran traje de aquellos a rayas blancas y negras.

¡Mierda!, ¿cómo se puede ser tan inútil?, le grito a un espejo de la habitación, mi cara, por supuesto no responde, y hago el amago de lanzar la botella y hacerlo añicos, pero afortunadamente, en última instancia descubro que aún me queda algún vestigio de cordura, así que me la termino rápidamente y me cuelo en el váter, por supuesto no me acuerdo de darle vuelta al dichoso cartelito y comienzo a ducharme, cuando de repente y ante mí, aparece la dueña de esa pensión, y se queda boquiabierta al verme en pelotas, frente a ella, cantando a voz en grito utilizando la ducha como si ésta, fuera un micrófono. No digo nada, pero me doy la vuelta, y procuro terminar lo antes posible, y gracias al agua que intenta penetrar en la capa de cerumen de más de dos meses de acumulación, no escucho sus insultos, que supongo serían los de siempre que pasa algo así, hasta que intuyo que la puerta ha vuelto a cerrarse.

Y entonces ágil, como el adúltero que está a punto de ser descubierto, huyo, me cuelo de nuevo en mi habitación, y una vez allí desisto del afeitado y me visto de forma veloz y guardo de nuevo todas mis cosas en las mochila, la cierro, la escondo bajo la cama y salgo cerrando la puerta con llave, dos vueltas, una más y ya está, parece que no hay dueña a la vista y me deslizo cuan reptil por las escaleras, en dirección: isla esmeralda.

Y es que el vino, siempre me despistó, y me hace dar vueltas y más vueltas...

Resulta que me detengo en un bar, para comprobar qué hora es, y bingo, aún tengo un cuarto de hora y el lugar de mi cita, no dista más de cinco minutos de donde estoy -una de las consecuencias, que el alcohol produce en mí, es la pérdida de todo sentido del ridículo-, así que abro la puerta de aquel tugurio, y me introduzco lentamente en él.

Mi movimiento, para mi entender, sumamente gracioso, no ha pasado desapercibido, y el camarero ya no me quita ojo, incluso ahora, que me dirijo a la barra, siguiendo con el lentísimo avance iniciado a la entrada, todos me miran, y yo les debo parecer un payaso que imita la carrera de un velocista visto a cámara lenta, así que me regocijo y tras un silencio sepulcral, del que participa hasta el apuntador, llego a la meta, doy un lentísimo golpe a la barra, y digo:



El otro desaparece en la trastienda del bar, y al rato aparece con una cuchilla de barbero de las de antes, una brocha, espuma de afeitar, un espejo y una pequeña palangana llena de agua, se lo da todo al viejo, y se marcha a atender a otros clientes, al otro lado de la barra... En otros tiempos fui barbero, y aún sé afeitar como nadie, ¿me permites? –le dejo, claro, además cualquiera le dice que no, con la navaja abierta a menos de diez centímetros de mi yugular. Pasa un rato y...-

Estupendo –le digo a la imagen del pequeño espejo-, que digo estupendo, quiero decir excelente...

Estás un pelín chiflado... –me dice el viejo de nuevo, pero ambos reímos “otra ronda”, digo yo, y “otra” dice el viejo, y después oigo decir “a esta invito yo”, hasta que el camarero se me acerca y me pregunta al oído:

¿Pero tú no tenías una cita con una princesa?

Mierda –y dejando unas cuantas monedas al azar, me marcho corriendo al tiempo que grito:- pronto os contaré, espero llegar a tiempo.

Pero no, no llegué a tiempo, no había nadie esperando en el callejón, ningún destello esmeralda. Me había demorado más de una hora entre cerveza y cerveza...

El alcohol, que siempre me aparta del camino.

Y en ese instante me hubiera gustado que la tierra se abriera y se me tragara, devorándome entre lenguas de lava hirviendo, anhelaba un castigo atroz, pero ¿cómo se puede ser tan necio, tan merluzo?, pensaba, incluso lo grité unas cuantas veces, hasta que...

Es ella, seguro, y llega desde arriba, ¿cómo no?, pienso, baja la calle lentamente, se recrea antes de llegar a mi altura, sabe que no dejo de mirarla, que no voy a dejar de mirarla, hasta que ella me lo pida, yo soy de esos.

Y se detiene, junto a mí, no dice nada pero me mira de forma burlona, de nuevo ladeando la cabeza...

Una hora y media tarde, viajero.

Prometí sacarte de juerga –y le enseño unas cincuenta monedas que saco de uno de los grandes bolsillos de mi pantalón (es igual al de los militares, pero no es caquí, es negro, para que no se note la mugre)-.

Tendremos que dejarlo para otra ocasión, ahora he quedado –me dice evitando mis ojos que brillan como la broca de una taladradora-.

¿Cómo?... –no entiendo, pero sé ponerme a la defensiva, así que contraataco:- Da igual, sólo quería contarte mi itinerario, para despedirme de ti, voy hacia el sur-

¡Ya! –responde, mientras sus ojos, esperan que alguien llegue. Nunca los confronta con los míos, que no dejan de escrutarla sin ningún pudor-.

¿Cómo, ya? –me cabreo, indudablemente no me está haciendo el menor caso, así que decido sobre la marcha, irme de allí, aun a pesar de no volver a verla: la decisión está tomada, e iniciando mi marcha, digo: alea jacta est.

Perdona, Hans –supongamos por un instante, que yo le había dicho que me llamaba así-, otra noche, cuando quieras, estaré por aquí, búscame ¿okei? –y aproxima sus labios a los míos, y entonces antes de darme un beso, retira la cara, sujetándome la mía con sus manos que me agarran de las orejas y dice (y esto es lo mejor: mientras veo de nuevo ese intenso brillo esmeralda):- ... Viajero... pero si te has afeitado...

Fue un amigo mío, el antiguo barbero del rey de Macondo.

¿De dónde dices?

No lo conocerás, claro –y me doy ciertos aires, para ponerme a su altura, a la de la princesa del reino esmeralda-, Macondo está más allá de los muros de Babilonia, es un rumor, pero yo sé que existe, vente conmigo –sonríe, pero yo sé, que me toma por un simple loco, así que me despido y renuncio a esa promesa en forma de beso, pues sé que volveré a verla... Hasta mañana, princesa Aurora.

Estás como una chota –pero mientras me lo dice, sus labios adoptan una expresión, que los eleva a la categoría de divinidad, y es entonces cuando sus dos grandes esmeraldas, vuelven a cruzarse con mis ojos inquisitoriales y se derrumban: la princesa se ruboriza ante mí, una sola vez, sus ojos mantienen mi pugna, hasta que sucumben a la gravedad, vuelven a mirar al suelo, y esos dos labios de almíbar, vuelven a ladearse para enseñar una pequeña porción de la lengua que habita protegida tras ellos, y humedeciéndolos, para que ellos también brillen, vuelve a esconder su órgano gustativo, al tiempo que esos ojos del color del bosque, vuelven a dejar al suelo en sus asuntos, y se cruzan por última vez con los míos: ella sonríe y zanja el tema: Mañana viajero, mañana seré tu princesa, ahora vete –su mano derecha va a sus labios, donde recibe la custodia de un pequeño beso, que en menos de un segundo dejan escapar sus manos abiertas, y llega hasta mi alma a través de un soplido suyo, de mi princesa del reino esmeralda-.



Hasta mañana, pues –digo, al notar como ese beso me traspasa, partiéndome en dos mitades: la una sigue siendo libre, la otra me atrapa a ella: tengo una cita, una verdadera cita. Y me marchó-.

Y caminé por la ciudad con una gran sonrisa pintada en los labios, debí parecer un gran payaso que se ríe y se ríe y no puede hacer otra cosa, porque alguien le pintó una risa de la que su cara blanca no podrá escapar jamás; pero a mí, nunca me preocupó la opinión del resto, de hecho, es algo que observo y con lo que me regocijo, sobre todo en los momentos en los que ante mi sorpresa, deciden actuar de un modo distinto al esperado: eso me gusta, y sólo ante esa actitud, detengo mis “representaciones”.

Y casi sin darme cuenta, me encuentro de nuevo a las entradas de aquel sex shop, del que me echaron por la tarde, y recuerdo vagamente el episodio de la pensión con el vigilante de seguridad vestido de preso, y me detengo, percatándome de que en ese instante el establecimiento se encuentra cerrado, y que un cordón policial, impide que vuelva a abrirse. Espero en la entrada, y de repente se abren las puertas, y dos agentes salen del local acompañados por el que tiene pinta de ser el señor encargado, todos se dan la mano, y los policías sorteando sus propias cintas de plástico, con las que previamente habrían precintado el lugar, pasan ante mí en dirección a su coche, pero yo les detengo:

¿Qué ha pasado, señor agente? –intento desdibujar mi estúpida sonrisa, y pongo mucho cuidado en pasar por un ciudadano respetuoso, y normal-.

Circula, que aquí no hay nada que ver –me dice uno de ellos, que no ha caído en mi trampa, y me trata como a un simple vagabundo-.

Perdone señor agente, pero es que aquí trabaja mi amigo, es vigilante, ¿sabe? –no espero que me crea, pero insisto-... Y al ver que no se puede pasar, pues claro me he dicho...

Pues espero que tu colega, no fuera uno de los del turno de tarde, porque los han acribillado a tiros, murieron desangrados...

Entre espasmos de dolor –continuo yo, percatándome de que el poli, no pueda escucharme: me voy-.

Así que yo, había marcado el final de aquellos dos perros guardianes, mis palabras fueron la sentencia que dictó el destino para ellos, y sin comerlo ni beberlo, había hecho de juez supremo en aquella película de la que sin saberlo, era yo el actor principal.

Pero asumir todo aquello era una verdadera locura, incluso para mí, aunque no podía dejar de pensar en la visita a mi habitación, ¿estaría muerto aquel preso?, ¿estaría yo despierto?, ¿me estaba volviendo chiflado?...

Caminaba mientras iba pensando en todo aquello, cuando de repente apareció ante mí un viejo amigo, otra especie de viajero como yo, pero con un itinerario marcado, así que en nada se parecía a mí.

Era mi colega Bilbo, y aunque él no lo supiera, es el único hobbit que he visto en toda mi vida.

Le costó reconocermelo, pues nunca me había visto sin barba, pero al fin dio conmigo:

Hostia, pero si eres el Gregorio –dice de golpe, y yo que no recordaba haberme llamado por ese nombre, consigo acordarme de que por aquellas, acababa de leer la metamorfosis, y lo entiendo todo-.

Llámame Sanse, recuerda, Gregorio Sanse, prefiero que me llames por el apellido –le digo muy en mi papel-.

¡Aupa!, mi colega el Gregorio –ya no le vuelvo a insistir con lo de apellido, total, ¡qué mas me da!, pienso y le sigo el rollo-.

Sí, Gregorio... Sanse, pero sí, soy el Gregorio –asumo al fin-, ¿Sigues yendo y viniendo a Bilbao?

Hace mucho que no voy por Bilbo –responde, ahora sabes el por qué de su apodo, él es de Bilbao-, pero ahora estoy en la farlopa, y no me va del todo mal, tengo una buhardilla en este mismo barrio. El espitxu –en referencia al polvo pastoso llamado “speed”-, no es negocio.

Así que ahora vives en esta ciudad, y te dedicas a vender cocaína –le digo, sin tener que preguntárselo-, dejaste el speed y te hiciste sedentario.

Digamos que me he establecido aquí por un tiempo, pero algún día marcharé hacia el sur –eso me gusta, ¡qué duda cabe!, así que le doy una segunda oportunidad, ya le hacía un ser perruno, otro can domesticado, pero algo le quedaba de su alma lobuna-.

Así que algo te queda de hobbit –dije como para mí, pero él me había escuchado-.

Oye, y si celebramos el habernos encontrado, y nos vamos de farra –me dice de repente-, tengo mucha farlopa, ¿tienes pasta?

Esta noche soy rico, Bilbo –y vuelvo a hurgar en uno de mis bolsillos enseñándole unas cuantas monedas. El alcohol, que borra de mi memoria todo lo aprendido en otras noches de juerga... de “farra”, como diría mi amigo-.

¡Aupa!, ¡mi colega el Gregorio! –le grita al mundo, al tiempo que me pasa su brazo izquierdo por el hombro y comenzamos a caminar hacia un portal, uno entre andamios, con su entrada en penumbras, una vez allí nos agachamos hasta quedar ambos en cuclillas, uno en frente del otro, protegiéndonos del resto, él saca una papela de su bolsillo, pero antes de hacer nada, me mira a los ojos y dice:... oye Gregorio, el negocio es el negocio, dame... –duda en el precio-... cincuenta monedas, que si no, palmo.

Treinta –le digo, y no es que me importe el dinero, ¡que me la sudal, sino que en justicia, y ya que lo menciona, él va a ser mi compañero de juerga, así que el mitad y mitad me parece lo correcto, además, se ha hecho sedentario, y eso sigue sin gustarme-... ¿O tú no te vas a poner conmigo?...

¡Aupa!, ¡jodío Gregorio! –y gritándole al mundo de nuevo:- ¡Es listo mi compi, el Gregorio!

Calla coño, que al final vas a despertar a todo el barrio –le digo mientras cuento las treinta monedas, él aprovecha el tiempo para separar unas rayas de la papela y estirarlas sobre su cartera-.

Venga, Gregorio –dice después de haber aspirado por un billete enrollado la primera raya de farlopa-... ¡Para ti, la más gorda! –mentira, pienso yo, que sé que Bilbo había elegido la mayor de las rayas, pero me callo y no digo nada, porque además a mí lo que me atrae de las drogas no es su cantidad. Y acabo con la coca de la cartera, al tiempo que contabilizo mentalmente el tiempo que llevo sin probar la cocaína, él se la vuelve a guardar, no sin antes pasar la lengua por su superficie y ambos volvemos a introducirnos en el cauce perruno de aquella calle, y abandonamos definitivamente la protección de aquel espectral portal en obras-.

¿Adónde vamos? –pregunto, dejándome llevar, al fin y al cabo, él es quien conoce los oasis de Babilonia.

Al bar de un colega, ya verás qué flipe –y en ese instante noto cómo comienza la cocaína con su labor.

Mi estómago se contrae, y siento una pequeña arcada, que muere en una tos ronca con intento de vomitona, Bilbo dice algo sobre la pureza de su farlopa, y yo no respondo, y sigo caminando. Unos pasos más adelante, le pido un cigarrillo al primer perro que se me cruza y me lo da, lo enciendo, “¿cuánto hace que yo ya no fumaba?” me pregunto, y noto un calorcillo en todo el cuerpo y unas ganas

terribles de hablar, acelero el paso, me pongo a la altura de Bilbo, que me adelantaba unos metros, y ambos comenzamos a hablar sin parar:

Pues yo también me dirijo hacia el sur –le digo.

Bueno, lo mío es un proyecto, espero poder marchar en unos meses –pero súbitamente, recuerda algo y se detiene de forma brusca, yo me doy la vuelta y le espero, hasta que al fin, me dice:- Oye, ¿y tú por qué dices que soy un hobbit?

Es evidente –le digo muy seguro, y adoptando el tono que más me gusta, un tono solemne, muy altivo, se lo explico-, antes, ibas y venías a Bilbo, y siempre cargabas con un bolsón de speed... –me callo y le dejo que piense, pero él abre mucho los ojos mirando hacia algún lugar que no conozco, hasta que dice:-

Pues no entiendo –parece bloqueado, así que se lo digo-.

El único nombre que recuerdo del Señor de los Anillos, es Bilbo Bolsón, ¿y sabes lo que era?

Hostia, ¡un hobbit! –y comienza a descojonarse de la risa-, ¡un hobbit! –repite una y otra vez-.

Sí, sí, tú desterníllate de la risa, pero...

Desterníllate de la risa –dice en un tono de asco, como si yo hubiera dicho algo así como “externo cleido mastoideo”-, ¡quieres hablar normal, Gregorio!

Desternillarse de la risa –me defiendo-, te parecerá extraño, pero está bien utilizado.

¿Y ahora te volviste lingüista? –pregunta al tiempo que seguimos nuestro camino-.

No, pero no sé porqué no iba a emplear todas las palabras de las que dispongo...

Pues para que te entiendan.

¿Y si no quiero que me entiendan? –le digo zanjando el tema, pero ya hemos llegado a una puerta negra, ante la que nos detenemos, Bilbo me hace un gesto: “silencio” y llama a un timbre.

Entonces escuchamos una voz que sale de un altavoz que no puedo localizar, el hobbit dice “soy el Bilbo”, suena un extraño y sonoro zumbido, como si nos rondara una avispa de metro y medio de larga, y de repente la puerta negra que parecía un muro infranqueable, se nos abre en las narices. Entramos.

Y bajamos unas escaleras muy poco iluminadas, “ten cuidado con los peldaños, no se ve una mierda”, me dice Bilbo, yo no digo nada, pero le hago caso, llegamos a una sala extraña, muy oscura también, al final se distingue una barra y la cara de un enigmático camarero, que al reconocer al hobbit, nos recibe con la mejor de sus sonrisas.

Más tarde, sé muy bien por qué Matías –que así llamé al camarero-se alegró tanto de vernos, pues Bilbo, después de una hora desde que llegamos allí, ya le ha vendido siete papelas de medio que él ha revendido a otros tantos clientes, que van y viene a la barra, le susurran palabras a Matías, éste le cuenta secretos a Bilbo, y él se hurga en sus escondites y va soltando papelas, al tiempo que llena su cartera de billetes, todos reímos, y de cuando en cuando vamos al váter por parejas, primero el hobbit y Matías, luego Bilbo y yo, más tarde Matías con él y así sucesivamente, ellos no dejan de beber cubatas, y sin embargo yo, le soy fiel a la cerveza, no me gusta el alcohol destilado, así que después de cinco o seis botellas, varios dibujos a boli y tres o cuatro intentos de charla con alguien, necesito algo de aire fresco, y sin decir nada, vuelvo a subir las escaleras mal iluminadas y estoy de nuevo en la calle.

## Perros de raza y chuchos callejeros

Demasiada cocaína, y la cerveza haciendo de piedra en mi estómago, y la calle que contrasta con la oscuridad que me apresaba, y mi cabeza que se hunde en su mar luminoso, deambulo sin sentido por estrechas callejas, adónde asisto al nacer de un nuevo día, y sin saber cómo llego hasta aquí, me hundo en el abismo de vida que comienza a fluir y a la vez que se abre una puerta ante mí, yo abro la boca ante ella, y como por arte de magia, me libero de la piedra que me hundía y le dejo una bonita mancha en los zapatos a un elegante señor que salía de aquel portal, mi vómito, le ha llegado hasta el pantalón, afortunadamente, y gracias a aquel acto de primera necesidad, y en ningún caso vandálico, como hacía suponer aquel hombre que no dejaba de insultarme, vuelvo a tomar las riendas de mi cabeza y me escabullo rápidamente del lugar, hasta que en uno de los callejones, doy la vuelta y me dirijo allí de nuevo para pedir explicaciones:

Oiga, que yo no vomité a posta –llego gritando, al ver al señor en el mismo lugar, él se queda atónito, pero inmediatamente reacciona y vuelve a insultarme-.

Mal nacido, pordiosero, ¡estos pantalones cuestan más que tú! –dice el muy cretino, sin notar que con aquella frase, había firmado su sentencia-.

Alea jacta est –vuelvo a decir por segunda vez en un mismo día... o en una misma noche, según se mire, y acumulo mi sentencia lentamente, mientras le sigo escuchando decir:-

¡A la gentuza como tú, habría que meteros en veredal, ¡A picar, te ponía yo a ti! –y en ese instante...

Aleja jacta est, por tercera vez y juicio final: abro la boca de repente y un espectacular gargajo, digno de toda una secuencia en cualquier película gore que se precie, que en primer plano permanece ante la cámara durante todo su trayecto: desde mi graganta, hasta la cara indignada del señor de los pantalones vomitados: ¡zas!, ¡se ha vuelto a hacer justicia!.

Por supuesto desaparezco de allí al instante, y corro, tanto, que llego a una de las grandes calles de la ciudad, y un enorme coche lujoso se da de bruces conmigo.

Siento un enorme impacto, que bruscamente detiene todas mis ganas de correr, noto el dolor del suelo al pegarle con mi dura cabeza, y pierdo el norte, el sur el este y el oeste, y decido permanecer tumbado allí unos instantes. Cierro los ojos intuyendo a mucha gente que se ha congregado alrededor mío, hasta que un

zapato llama mi atención y es que me están dando pataditas en el hombro para ver si estoy muerto, con lo fácil que hubiera sido preguntármelo.

Me cago en tu puta madre –le digo al señor banquero (lo llamaré así pues por el coche, intuyo a lo que se dedica), que después de atropellarme con su gran cochazo, no puede agacharse y me da con su zapato, seguro que vale más que yo, pienso y vuelvo a cagarme en su santa madre:- ¡Me cago en todos tus muertos, cabrón!, ¡te voy a denunciar! –y el señor banquero se ríe, al tiempo que le dice a su chófer:-

Vamos, que este desgraciado no ha sufrido ningún daño –e intenta colarse en la protección de su gran automóvil, pero yo no se lo permito, así que le muerdo la pierna justo antes de que me golpee, como si fuera un vulgar balón de fútbol- ¡Desgraciado!, ¡igual, y tiene la rabia!, ¡vámonos! –le grita a su vasallo y la puerta se cierra, y no deja que el señor banquero escuche mis palabras:-

El que ha subido, caerá estrepitosamente, ¡me cago en toda tu raza, hijo puta! –esto último, he tenido que añadirlo en honor a mi amigo Bilbo, para que se me entienda.

Coño Bilbo, si yo estaba con él y teníamos algo a medias...

Me levanto y no sé si en un principio había subestimado el golpe, pero el caso es que me duele hasta el alma a cada paso, y mientras me dirijo de forma lastimosa al lugar oscuro, observo a las gentes que me salen al paso, estoy en el centro de la ciudad, a unas calles del barrio antiguo de callejas estrechas en donde la noche se llena de ojos de infinitos colores, y todo es tan distinto en tan poca distancia. Ahora camino por aceras anchas, sobre las que fluye un mar de lava humana, con el que tengo que evitar chocar una y otra vez, en esa misma calle trabajan todos ellos, eslabones del sistema bancario, por cuyo epicentro camino, miro a mi alrededor, grandes edificios que hacen sombra a la parte vieja de la ciudad, leo carteles: “bolsa”, “banco nacional”, “petrolasa”, y observo a todos los perros con los que voy cruzándome, a los que evito al igual que hacen ellos conmigo:

Miradas sin brillo, maquinales, ojos tristes y asustados, ojos cansados, ojos sin esperanza, ojos que no ven porque ya no saben mirar, maletines en los brazos de más alto rango, collares en los cuellos de aquellas que descienden de coches después de que alguien les abra servicialmente su puerta.

Ojos sumisos, ojos que se fijan en los despojos del resto, que intentan no mirar a ojos de mayor alcurnia, escobas que apartan la mierda, para que pasen de nuevo todas las “máquinas perrunas” que entran y salen de los altos edificios, y vuelvan a llenar la acera con más mierda, mierda reciente, escobas que no paran, máquinas que cumplen, ojos que no miran, seres que no sienten, y al fin llego a una de las callejas del barrio antiguo, menos gente: y eso me gusta.

Pero mi suerte se fue con la noche, y todo se pone duro, la puerta negra sigue allí, pero ya no se abre y nadie contesta a mis llamadas al timbre, y derrotado, me encamino hacia la pensión, y deben ser las nueve de la mañana, en todos esos lugares, pagas habitación hasta el mediodía.

Mi camino es penoso, y cada vez me duele más la pierna izquierda, en realidad todo el costado, siento como se disipa la euforia de la farlopa, al tiempo que voy descubriendo nuevos dolores en más partes, la cabeza es lo peor, pero ahora le toca al estómago, es el hambre que ataca de forma despiadada, son sus primeros arañazos, pero yo sigo y camino, tengo que llegar a esa cama, en cualquier caso no pretendo hacerme la víctima, así que resoplo y redoblo el ritmo de mis pasos, sé cómo olvidarme del dolor, y él también lo sabe, así que me deja por un rato y se va.

Camino todo lo rápido que puedo, alguien con una enorme corbata me da un gran empujón, al parecer debo haber tropezado con él “no es para tanto, tonto”, le digo, y él muy valiente por su parte, me pega un puñetazo que está a punto de volver a mandarme a la lona, pero no sé cómo, me agarro a las cuerdas y cuando iba a volver al ring, el tipo ha desaparecido, y yo no estoy para persecuciones, así que me doy por vencido, pero al menos no me ganó por K.O.



Sigo mi camino y ante todo pronóstico, con la nariz echa un cristo, cojeando y con la ropa ennegrecida por tanto suelo, llego a la pensión, subo las escaleras y abro la puerta, y ante mí, la señora casera, a la que sorprendo barriendo la entrada, y ella también se sorprende al verme llegar en ese estado, y no sólo es eso, si no que además se enfurece, monta en cólera, y empuña su escoba como si fuera a atizarme con ella, pido clemencia, intento explicarme: “me han atropellado”, “me han golpeado”, “me han calumniado”, “tenga piedad mujer, que he tenido una mala noche”...

“¡A las doce a la calle, no te quiero un día más en mi casa!”.

Es su única respuesta, aunque con el jaleo he conseguido llegar hasta la habitación, le he dado las vueltas de llave a la cerradura, y he conseguido poner la puerta de por medio, y al tiempo que me derrumbo sobre la cama, sigo escuchando el eco de aquella arpía:

“¡A las doce a la calle, no te quiero un día más en mi casa!”... “¡A las doce a la calle, no te quiero un día más en mi casa!”... “¡A las doce a la calle, no te quiero un día más en mi casa!”...

No podía conciliar el sueño, era increíble, después de la noche que llevaba, la cocaína seguía agarrada a algún lugar de mi cerebro y no conseguía dormirme, pero al menos pude olvidar el dolor, descubrí que si no me movía, podía evitarle durante un tiempo, así que recordé la época en la que aún vivía entre los *normales*, entre los perros, intentaba encontrar una ocupación que me fuera satisfactoria, al fin y al cabo tantos años de estudio no habían servido para nada, pues no obtuve título alguno...

Antes no os lo quise contar, a vosotras me refiero, y es que he preferido presentarme como un viajero, como un vagabundo sin patria ni hogar, que es lo que soy ahora, y premeditadamente, he obviado mi anterior gran etapa, el estudio, y ninguna de vosotras siente atracción por un mísero y solitario investigador.

Bien, he de reconocer que nunca fui un Adonis, y desde muy pequeño me atrajo la ciencia, en concreto la química, pero mi familia –sí, yo también soy hijo de Babilonia, un hijo bastardo, pero un hijo al fin y al cabo-, decía que mi familia, cuna de grandes médicos, cantera de la ciencia estática y “monoista”, continuidad de la cultura ciega newtoniana, pretendía que yo engrosara las filas de la medicina, y pasé unos años estudiando medicina, psiquiatría en concreto, hasta que no pude más, y al igual que pasó con la química y por mi vida se cruzó la obra de un tal Albert Hoffman, sucedió lo mismo con la psiquiatría, y descubrí a Stanislav Grof.

Tuve que desistir de ambas, y una vez entendí que la ciencia no va a permitir el

avance en ninguno de sus campos llamémosles “espirituales”, decidí investigar por mi cuenta sin el parapeto protector de un doctorado, que pudiera utilizar como escudo, y un día, despojado de todo contacto familiar, profesional, calumniado por antiguos colegas, e impregnado por la verdad más absoluta, tuve que desistir, no había lugar para un ser como yo entre los *normales*, y lo que era más trágico aún: jamás lo habría.

Fumaba una noche, y miraba a un atasco en una de las autopistas que circundaban mi ciudad natal, otra Babilonia, la grande y eterna Babilonia, que siempre es igual, me había despedido de mi enésimo trabajo en laboratorios de baja alcurnia, y vagaba por la noche intentando buscar algún indicio, que pudiera seguir para no tener que permanecer más tiempo en aquel lugar, y meditaba con la ayuda de aquel pitillo, apoyado en la barandilla de un puente que cruzaba la gran autopista. Era invierno, y aun de noche, bajo mis pies se atropellaban miles de coches, de gentes atascadas, de lucecitas rojas o blancas según al lado que mirase, y todas se movían muy despacio, lentamente una procesión de cabreos, de impuntualidades, de ganas de hacer otras cosas, de emisoras de radios deportivas llenando cerebros con nada, de preocupaciones por lo caro que está esto o lo otro. Coches llenos de gentes, y estoy seguro que no de gentes felices.

Tiempo, como cuota a satisfacer para lograr estar entre los *normales*, a cambio de dinero para pagar objetos a los que encadenarse, trabajando en puestos en los que a nadie —ni siquiera a los *normales*, les gusta trabajar-, y todo para qué, para que les roben, todos les roban, todos les engañan, el banco les engaña y les cobra hasta por respirar, y lo que es peor, les obliga a que sigan aceptando el engaño, pues para desengañarse tienen que volver a endeudarse y otra vez engañados, y en el trabajo vuelta al robo, les roba hacienda, les roba la seguridad social, les roba su jefe, que es un avaro y lo quiere todo para él, les roba la E.T.T, que esa sí que roba, les roba la policía que les multa a cada infracción, por leve que ésta sea, les roban sus hijos, si los tienen porque no tienen tiempo para verlos, y si no los tienen, les roban los otros hijos: los hijos de puta, y así sucesivamente robados, estafados, humillados, controlados y por supuesto sedados: ponen la radio, ven la tele, algunos incluso leen lo que las editoriales les venden como cultura, otros hasta tienen internet, y allí, también son reconducidos: más engaños, más préstamos, más curro, menos tiempo: menos vida: menos sueños o aspiraciones.

Y algunos, creen incluso en aquello de ascender en la escala social, de labrarse un futuro, y esos son los peores, botarates que no entienden que también eso es una trampa, porque no hay mestizaje que valga, ya que tan sólo hay dos razas de perros:

Los de raza, es decir los menos, los que no se atascan, los que no se endeudan, los que no pierden, los que se olvidan de sus hijos (bueno de los del resto), de que

ellos también son hijos y se convierten en los hijos de la gran puta, que siempre ganan mientras los otros se atascan y les cambian su precioso tiempo, por un puñado de monedas mensuales, que más tarde vuelven a recuperar a través de los “intereses”.

Y evidentemente, los perros callejeros, los chuchos sin casta, que al nacer no son conscientes de que nunca van a ser perros de raza, de que eso no se puede lograr, no hay que aspirar al cielo, si el infierno ya es de por sí esa sutil diferencia que los separa de los grandes perros de “marca”.

Casi ninguno de los chuchos caen en la cuenta, y algunos se agarran al “yo tengo algo de mastín”, “y yo de Terrier”, “pues mi madre era una cocker de exposición”, trampas, los verdaderos perros de raza, jamás les van a dejar serlo, y por el contrario, ellos seguirán conservando su estatus, por los siglos de los siglos, haciéndoles creer al resto que tienen oportunidades de mejorar, siempre a un cómodo interés de quince por ciento: ni te enteras de que lo estás pagando...¡Amén!

Y al fin consigo dormir recordando mi último aullido en mi ciudad natal, fue aquella noche en la que emprendí mi camino hacia el sur, después de saber que en la medicina y en la química, lo importante no es la evolución, sino el continuismo, como en la vida misma. Y así pasé varias horas mirando el atasco de aquellos miles de coches; y hoy sin embargo, siento como nunca la frialdad de los perros de Babilonia, y si soy del todo sincero, no termino de encontrar el tan ansiado “sur”.

## Los perros falderos

Las doce, mediodía, lo sé, no porque tenga reloj, hace mucho que no tengo uno, sino por los golpes en la puerta: “¡despierta y a la calle, que son las doce!”, se escucha al otro lado, así como si se acabara el mundo y la señora casera, fuera la última persona en él.

No habré dormido más de una hora, y eso no me gusta. Me levanto y al incorporarme noto como crujo a cada movimiento:

Siento las rodillas como enormes piezas de metal, que ahora no encajan, les falta lubricante y al hacer su movimiento natural, suena un “clac, clac ,clac”, que además de hacer ruido, duele lo suyo.

El cuello, no funciona correctamente, mirar a la derecha puedo hacerlo, pero si pretendo hacerlo a la izquierda, la cosa cambia y un músculo rebelde, de cuyo nombre no quiero acordarme, me recuerda que la acera, no es buena como almohada. Decido no mirar a la izquierda, ¡total, para lo que hay que ver!, pienso al poner el punto y final al repaso del cuello.

No respiro, no puedo hacerlo correctamente, mi orificio nasal derecho, está completamente colapsado, “imbécil, idiota, mequetrefe –pero ahora no me hace gracia la palabra-, perro vicioso, perro que se merece todo este sufrimiento gratuito, que podría haberse evitado, perro yo, el primero, y el peor de todos: perro asqueroso”, dejo de pensar y aspiro con fuerza a ver si el aire consigue limpiar mis fosas nasales, en cualquier caso decido ir a hablar con la perra del otro lado de la puerta:

“Son las doce y cinco, a la puta calle”

Buenos días, amable señora –digo al abrir, no obstante su mirada, refleja todo el odio del mundo, no debo caerle bien, pero al verme renqueando, parece apiadarse de mí-.

Venga... –le cuesta respirar, veo que padece de asma, pero la dejo seguir-, dúchate si quieres, y a la calle –lo de la ducha no lo esperaba, la verdad, así que se lo agradezco, yo no soy gentuza-.

Gracias señora, deme diez minutos, recojo y en otros cinco, me ducho –“dos duchas en dos días: increíble”, pienso ya recogéndolo todo-.

Ya no me quedan camisetas limpias, así que le doy un rápido lavado a una de ellas –tengo dos-, en el lavabo de aquel lugar, hago lo mismo con la otra, afuera comienza a hacer calor, la primavera ya está ahí, esperándome en la calle. Observo los pantalones, los sacudo y les quito toda la roña que puedo, y con todo en su sitio, voy hacia el baño comunal, le doy la vuelta al cartelito del pomo, y esta vez me ducho rapidito y sin montar escándalos: ni canto, ni salpico el agua, y ayer no me había dado cuenta, pero es que lo había dejado todo echo un cristo, “pobre casera”, pienso renegando del vino.

Antes de salir de allí, intento hacerme una coleta con el pelo, pero algunos cabellos no son lo suficientemente largos, y me queda una especie de flequillo extraño, que no me gusta una mierda, pero es más cómodo. Los pantalones puestos, mis botas bien atadas, y un jersey sobre el pecho desnudo, las camisetas, bien sujetas sobre la mochila, en espera de que el sol me haga el favor de dejarlas secas y calientes.

Antes de cerrar la mochila, hurgo en una cajita en la que guardo plantas, doy con lo que andaba buscando.

Al fin salgo, pero me busco en los bolsillos para ver de cuánto dispongo: “¿sólo quince monedas?”, digo en voz alta, sólo quince. La noche se había cobrado un buen peaje conmigo.

Da igual, le dejo cinco de ellas a la casera, a la que además le pido disculpas, le digo que soy médico naturista aunque no me cree, y le dejo un sobre con Efedra, le digo que va muy bien para los bronquios, mucho mejor que cualquier inhalador, y además le informo adónde puede conseguirla si le va bien. No sé si me hará caso y la ingerirá, pero de hacerlo seguro que habrá ganado con el cambio, porque no querrá otra cosa ya que la efedra funciona, diga lo que diga la moderna medicina, a la que gente como mi familia, comprometió en sagrado matrimonio con la industria farmacéutica, a la que siempre le resulta más barato sintetizar químicos, que sacar alcaloides de plantas, ya existentes desde antes de que el ser humano se pusiera a dos patas, si es aue esto llegó a pasar, porque no me fio del tal Darwing, sólo hay que contrastar las evidencias, o por ejemplo leer a mi amigo Máximo Sandín... Pero esa es otra película, y no estamos en el cine.

La casera, ha cambiado su actitud para conmigo, y para colmo le he dejado cinco monedas por las molestias, al verme salir dice algo así como “suerte”, y “gracias” y sigue mi lastimoso movimiento con su mirada .

¡Joder!, a los dos minutos ya me estoy arrepintiendo de haberle dejado esas cinco monedas, y mientras deambulo por la zona, buscando alguna señal, algún gesto, alguna persona entre tanto perro, pienso, no dejo de hacerlo ni un segundo, y mi

cabeza al entrar en ese estado, se transforma en un caos, del que no es fácil escapar: “Mierda de perro asqueroso, pero mira cómo estás... y le dejas a la casera, a esa arpía, que tirará la efedra a la basura, una tercera parte de tu capital... imbécil... -Hambre, el estómago se rebela y me da pataditas-, te quieres estar quieto de una puta vez –le grito, y acompaño la orden, con un golpe seco, que yo mismo le doy con el puño derecho cerrado, un grupo de ciudadanos *normales* se han congregado alrededor mío...¿Qué estáis mirando, perros? –les grito de forma amenazante y por supuesto se dispersan... ¡Andar al circo, aquí no hay nada qué ver! –y vuelvo a hablar conmigo mismo en voz baja, o quizá a gritos, no lo sé a ciencia cierta, pero los perros huye al verme caminar junto a ellos. Voy diciendo:- esta mierda de sol no calienta, ¿y mis camisetas?, ¿no se van a secar nunca?... soy el peor de todos los perros, me dejo arrastrar y pierdo a la princesa, sólo por una noche de vicio... –en ese instante, me tapo el orificio nasal izquierdo, y soplo con todas mis fuerzas para que el derecho se desatasque, y lo consigo, al suelo cae un trozo sólido de mucosidad rojiza, que incluso hace un pequeño ruidito al impactar contra él, un perro cambia bruscamente de dirección al verme y seguir con la mirada el impacto de aquellos mocos torturadores, de los que acabo de librarme... ¡Ni una más! –le grito al cielo-

Y de repente, el cielo se abre arriba, y parece que el sol decide perdonarme, aunque yo aún no tenga muy claro, si yo mismo vaya a hacerlo también, pero me quedo más agusto, vuelvo a respirar de forma correcta, y sigo mi camino, ahora, con una dirección precisa, la única que vale: hacia adelante.

Y camino, pasando delante de un gran centro comercial, en el que de forma automática entro, y una vez allí, y sin que el vigilante de seguridad se percate, me introduzco en el supermercado, todos los centros comerciales de Babilonia, siempre lo tienen.

De todas formas, tengo que actuar de forma rápida, las cámaras me delatarán en breve y el vigilante, sabrá que soy yo, al que tiene que seguir.

Pero aunque los músculos y huesos, que me sustentan no estén debidamente engrasados, me escabullo por los pasillos de aquel lugar y rápidamente, doy con algo sólido: abro un sobre con embutido loncheado, e introduzco todo su contenido en el interior de uno de mis bolsillos, y ni siquiera escondo el plástico vacío, lo dejo allí, y voy hacia el pan, lo puedo oler, y de un plástico saco una barra, la más grande que encuentro, la troceo y me la guardo bajo el jersey, me doy la vuelta y entonces sí, el vigilante está hablando con un cacharro que lleva en la mano, al tiempo que observa cada uno de mis movimientos: “se acabaron las ofertas”, pienso y le sonrío, y ante su sorpresa me dirijo hasta él, y le pregunto: “¿papelería, que no la encuentro?”, él no responde, no se lo esperaba, pero al ver cómo insisto, improvisa una flecha con su brazo extendido, y por supuesto me dirijo allí, y ¿cómo no?, el me sigue pegado a mis talones.

Bolígrafos, no, rotuladores, mucha pasta, diez lápices por una moneda, estos me interesan y agarro un paquete, que no intento esconder, borradores, seis por una moneda, estos son los míos, también los cojo, cuadernos, con rayas, con cuadritos, con orificios, con chorradas... me doy la vuelta, al vigilante –que por supuesto sigue marcándome, como si yo fuera el mejor delantero centro del mundo– “Oiga, ¿sabe si hay cuadernos de dibujo?”, y por fin habla, resulta que sabe hablar: “¿Cómo se distinguen?”, me cabreo, será ignorante, pero no desvelo mis pensamientos y le digo de forma pausada: “Porque las hojas, están en blanco, sin rayitas, ni cuadritos, ni pijaditas... ¿hay cuadernos de dibujo, sí o no?”, el tipo se queda pensando, pero al rebuscar entre las estanterías, doy con un block de dibujo, compruebo sus hojas: “perfecto”, pienso, y quizá también lo diga, así que me dirijo a la hilera de cajas, y espero mi turno tras una pareja, que empuja a duras penas un carro lleno de comida, “la compra del mes”, pienso entre risas, hasta que dejo de reírme al pensar “no veas si coméis, ¡cabrones!”, y el vigilante, que ahora está afuera, esperándome justo al otro lado de la caja, llega mi turno y la joven amable que al mirarme y decir su frase de forma mecánicamente educada “buenos días, ¿efectivo o tarjeta?”, busca con la mirada a su compañero el vigilante, que inmediatamente descubre a unos metros de donde estamos (ella todos los días ocho horas, yo, tan sólo en ese instante, que para mí es eterno), al verlo, se tranquiliza y me cobra todo: cuatro monedas dice ahora extendiendo la mano, “¡perra lista!, ¡cómo sabes que no tengo tarjeta!” y le doy su dinero y al intentar salir del lugar, el perro guardián se interpone en mi camino y me dice no sé qué de los bolsillos, yo le enseño el ticket de compra y un colega suyo (en ese instante me siento importante, ha tenido que pedir refuerzos), le dice “anda déjale, que al menos lleva algo pagado”, pero el primero no se queda muy agusto, e intenta introducir sus pezuñas en mis bolsillos, cosa que inmediatamente le impido hacer, ¡claro!

“Haz caso a tu amigo, que además parece buena gente”, le digo y aprovecho la coyuntura para escabullirme entre el bullicio, y les dejo allí discutiendo.

Y entonces, subí por unas escaleras mecánicas, hasta llegar a una especie de plaza, en la que había dos bancos desocupados y me senté en uno de ellos, saqué parte del pan, busqué en mi mochila una navaja que afortunadamente conservo, la usé para abrir el pan y le introduje todo el embutido que cabía, y así comí el mejor bocata de mi vida.

Ante mí, todo un surtido de tiendas, de lugares adónde comer comida rápida, de gente deambulando por el lugar, sin saber muy bien qué hacer con su dinero, diversiones ante mis ojos en forma de multitud de colores y formas hinchables para dejar a los niños, bien custodiados mientras se dilapidan los salarios en chorradas, un cartel con diez películas distintas en distintas sesiones, a un mismo precio abusivo: con bono plus, además palomitas y refresco tamaño XL, por

sólo... incluso llegué a ver una macro discoteca, que según pude leer, abre sus puertas de nueve a doce, para menores de dieciocho años, no alcohol pero de seguro todas la química del mundo, y de doce a cinco de la mañana, para los mayorcitos, que además de la química, también pueden conseguir la droga legal babilónica: el alcohol, y cocaína que siempre hay y es un buen negocio, que dijo el Hobbit, y Speed, o espitxu como lo llama él, no tan rentable, pero al fin y al cabo también tiene su mercado, y su margen comercial, y por supuesto su beneficio:

Pasen y vean las ofertas de Babilonia, un gran mercado en el que todo es un producto, oferta y demanda, todo deja beneficio...

¡Compren!, ¡no se corten!

Es conveniente, que todos los perros falderos, se reúnan en estos lugares para pasar sus horas de ocio, es rentable, que ninguno de ellos se plantee, que aquélla no es forma de malgastar su escaso tiempo libre, es profundamente positivo, que estos lugares, hayan sustituido a la calle, a la amplia calle, con sus callejones, sus puentes, sus parques, sus laberínticas rutas de escape para que los que no se sienten del todo perros estén a salvo.

Los perros falderos que gustan de la multitud similarmente idiota a ellos, y con la que se sienten seguros e incluso: justificados.

Muy conveniente, pensé antes de dejar en el suelo brillante de aquel lugar, el último resto de mi orificio nasal derecho.

Me introduje en uno de los baños públicos del lugar, utilicé la secadora de manos sobre mis camisetas, y mientras la gente entraba y salía, iban mirándome hacer, hasta que conseguí que mi ropa estuviera seca, guardé una de las camisetas dentro de la mochila, me quité el jersey que también guardé, y me puse una de ellas, es roja y hace unos meses escribí en ella con pintura negra: Hofmann, thank you doctor.

Entonces, salgo del servicio, y me cruzo con un nuevo vigilante, al que no le hace falta echarme, porque ya sé el camino, y mientras lo hago, pienso en aquel mercado para perros falderos, que creyeron en los conceptos de: familia, hipoteca, tarjeta con descuento, fidelización del cliente, seguridad, trabajo fijo, clase media-media, media-baja y media-alta: “mierda de medias”, y llega la calle, con su sol y con su viento, pero me detengo en la entrada del centro comercial, antes no me había fijado, y puede ser que no estuviera entonces, pero ahora, en las escaleras que preceden al pórtico de las grandes ofertas, allá donde encaminan sus pasos, los perros falderos de forma maquina de viernes a domingo, hay una niña pequeña, sucia y andrajosa, que sujeta un cartón, en el que puede leerse:



“Por caridad, mi madre no dinero, mi padre en cárcel, y yo hambre”, me detengo, me agacho, hurgo en mis bolsillos y le dejo a aquella pequeña víctima, todo mi capital: todo, el embutido sobrante, el pan, del que sólo conservo un pequeño trozo para más adelante, y por supuesto mis últimas seis monedas.

Ella me mira extrañada, y sin preocuparme en si me entiende o no, le digo:

“Dile a tu madre, que es una perra, la peor de las perras, que tú no tienes que estar aquí pidiendo por ella”

Me mira extrañada, pero no intento que me comprenda, en definitiva, el acto de catarsis, me lo debía a mí mismo:

Ahora puedo seguir mi camino, de nuevo libre, de nuevo reconciliado con ese que no deja de “echarme la charla” dentro de mi cabezota, purificado al fin:

Yo no soy ningún perro que se arrastre por dinero, no lo necesito, yo soy un lobo, y soy libre.

En ese instante hago un amago de aullido, con el que la niña se ríe, y el vigilante que llevaba siguiéndome por todo aquel lugar, me dice para zanjar este capítulo:

“O te vas de una puta vez, o te echo a patadas”

Por supuesto, aúllo mucho más alto esta vez, pero cuando viene a por mí, salgo corriendo de allí guiñándole un ojo a la pequeña cachorrilla.

Y mientras corro, aúllo con más y más fuerza, para no sentir el dolor de mis rodillas, de mi cuello, de mi cabeza...

Todos los dolores, son esparcidos por el viento, que una vez más, vuelve a marcarme el rumbo a seguir, pues él, sí que es mi aliado.



## Los cachorros

No nos engañemos, ¿a qué ser humano no le gustaría dejar descendencia?

Inmerso en este pensamiento, camino, no me detengo, sé adónde voy, y tras muchos pasos con la firme decisión de quien tiene que llegar a un destino, cruzo todo el centro de Babilonia y llego a uno de sus barrios, este se llama “ciudad dormitorio”, ya lo conozco, otras veces pisé sus aceras, me senté sobre alguno de sus bancos –menos cuidados que los del centro-, hablé con algunos de sus habitantes, y comí en una de sus iglesias, una que dirige un párroco con el que en aquellos días lejanos, tuve buena charlas, sus mandamases, siempre intentaron echarle de esa parroquia, pues él la dirigía desde “la comunidad”.

Según pude hablar con el padre Luis –así le llamaré en esta historia-, a sus jefes, no les gustaba demasiado lo que él hacía allí: en su iglesia no había misas, sino reuniones donde se discutía, allí no iban fieles, sino compañeros a los que se intentaba ayudar, dios era sólo una excusa, un símbolo que encerraba una verdad, de la que quien más y quien menos, tenía su opinión, y que allí, todos manifestaban libremente.

Y al modo de los antiguos Jesuitas, se repartía, se mejoraba la comunidad, se educaba a los jóvenes, se conseguía que algunos de ellos se reinsertaran y dejaran la heroína –un mal al que las autoridades facilitaron su acceso a ciertos sectores de clases bajas, y que actuó como la peste negra, diezmando la rebeldía hasta que de ésta, no quedaba más que miseria, deterioro y la sumisión del perro apaleado, que aprendió que “tantos golpes duelen”-.

En aquellos tiempos, allí había un gran comedor al que llegabas, y sin que nadie preguntara, podías llenar el estómago a gusto, e incluso, y si dabas con Luis –dejaré de llamarle padre-, podías incluso tener una buena charla sobre teología, filosofía, antropología e incluso química, botánica y en general de cualquier ciencia –aunque a decir verdad, es este sentido, Luis se quedaba en la superficie, su tiempo le pertenecía a su comunidad, y el fondo de la ciencia, siempre pasa por el individualismo del que investiga aislado del mundo, como hice yo mismo en su día-.

Y cuando llegaba a la iglesia de mi amigo, iba pensando en una de aquellas charlas pretéritas, la recordaba tal cual sucedió:

Aquella noche, se nos hizo tarde, algunos sin techo, ya se habían echado a descansar, pues además del comedor, Luis había “rediseñado” la casa del cura,

colocando algunos camastros que la gente del barrio iba desechando, y servía de albergue en los tiempos fríos –como si alguna vez hiciera calor en la fría Babilonia-, ambos divagábamos sobre la biblioteca de Alejandría, la que quemó el cristianismo, adónde se compilaba un saber ancestral del que se nos privó para convertirnos en perros amaestrados.

Ya –le decía ante uno de sus argumentos, en los que daba a entender, que aquella quema, tan solo era una teoría apócrifa-, ¿y qué me dices de los textos que fueron salvados gracias al coraje de algunos iniciados?, ¿son invenciones?...

Yo sólo digo –el cura se defendía-, que de aquella época, el único gran documento histórico es la Biblia, mito o no...

Te consideraba menos ignorante, Luis –le interrumpí de inmediato- tú debes saber que la orden del temple, al ganar el templo de Salomón, accedió a algunos secretos...

Bafomet –respondió al instante-

Equilicúa –que en “ciudad dormitorio”, significa algo así como: “eso es”-, ¿piensas que Bafomet es un demonio, como el resto de tus compis los curas?, o eres un tanto más avispa y sabes que no es nada más que un compendio alquímico, conocimiento pre-cristiano, es decir: sabiduría?

Mira –me interrumpió intentando hacer una pausa, para poner la conversación, justo donde él la quería-... No me creas tan simplón... yo también conozco la teoría de la conspiración, recuerda que a diferencia de otros “compis curas” míos, yo no dejo de leer y aprender.

*Equilicúa* –repetí, dejándole continuar-

Pero, se trata de fe, lo quieras o no, debes creer sin la posibilidad de una prueba tangible, tanto en lo uno: los gobiernos sionistas que conspiran contra toda la raza humana en su propio beneficio...

Y que llevan haciéndolo desde hace muchos siglos –maticé-...

O de la Biblia, y tras ella, toda la historia oficial...

Lo uno posibilitó lo otro, se inventó una pre-historia judeo-cristiana, y se construyó sobre esos pilares, es decir, sobre la mentira, la falsificación, el mito y el miedo...

Si me interrumpes, no acabo –protestó, yo asentí con la cabeza en señal de disculpa-. Decía, que tanto si crees en lo uno o en lo otro, necesitas de la fe, pues no hay pruebas...

Para el que no busca, claro que no las hay, pero el que lo hace, se va encontrando con las verdades, pero no sólo las aprende en un libro, sino que en cierta parte de su sistema nervioso, comienzan a activarse neuronas olvidadas, y la verdad, reactiva el correcto flujo de información nerviosa, se expande la conciencia y entonces, esas verdades son incontestables, porque se demuestran por sí mismas, ya que una vez se asumen, recuperamos una memoria genética sobre toda la historia de la humanidad, y eso ya lo dijo Jung, al igual que Lee Sannella, dedicó parte de su vida al estudio del Kundalini... pero dejaremos este tema por ahora. Pero todo esto, lo puedes ver tú mismo no sólo con drogas, sino a través de nuevas terapias, pues no hay mayor verdad que la que “construye”, y automáticamente nos pone en nuestro sitio, sabemos que seguimos el gran camino...

¿El gran camino? –preguntó sorprendido... Pareces un fanático religioso –añadió con cierta sorna-

Sí, el gran camino: la integración, cuando has conseguido sacar toda la mierda que te han ido colando a través de la educación, el despertar de la serpiente, de la Kundalini, y te activas, te conectas con un “todo” y comienzas a reconocerte, primero como un ser libre, y más tarde como polvo de estrellas...

¿Y Dios?

El niño que atrapa algunos insectos, los introduce en una caja, y observa cómo desarrollan su vida... ¿No es Dios, para aquellos bichos?... el problema del ser humano, es su ignorancia, pero no es por su culpa, en la Biblioteca de Alejandría, había información sobre los que manejan nuestra cajita de bichos, sobre la composición de todos nosotros y la del universo, protón, neutrón, electrón, positrón, radicales libres... energía nuclear... –Luis me escuchaba atónito, y a partir de aquel instante, no volvió a interrumpirme:

... La verdad está al alcance de todo el que la busca, es difícil, y por supuesto, no conlleva felicidad, pero el que busca, si lo hace firmemente, llega a ella, y contrástalo, pero yo sé, tú, sólo crees.

Esa es nuestra diferencia, ¿es sutil?, no creo.

Y yo busco la forma de escapar de Babilonia –él ya conocía de su existencia, ya le había hablado del tema en anteriores ocasiones-, estoy atrapado y necesito seguir mi camino, y el suicidio es para los cobardes, toda lucha, todo dolor y toda

penuria, deja huella y te hace más fuerte, sólo tengo que llegar hasta el final, y entonces habrá merecido la pena.

Y hoy, a eso de las tres y media de la tarde, cruzo la puerta de la iglesia, pregunto por él, me dicen que tiene que estar al llegar, y que si quiero comer, que algo de cocido les ha quedado, así que me siento a esperarle mientras recargo fuerzas. Cucharada tras cucharada, los garbanzos van cargándome de energía, lo noto a cada engullida, y disfruto de una inmensa paz, al tiempo que soy consciente de la importancia de una buena comida, pues he llegado a un punto de mi camino, en el que sólo como lo necesario, y a veces me tengo que conformar con “comida para perros”, que no aporta más que elementos que en ningún caso, nutren bien a ningún organismo, la comida basura, las conservas, los productos bajos en esto, o enriquecidos con esto otro, la industria babilónica, alimentando a sus cachorros con zumo de mierda, para que no tengan fuerzas para morder la mano que les da de comer.

De postre, una preciosa manzana, de esas que hay que disputarle a los pájaros y a los insectos, pues no van revestidas con la química que las hace rojas, perfectas y brillantes. Primero identifico el orificio por el que se introdujo en su día el gusano, muerdo esa parte y escupo el contenido de mi boca en el borde del plato vacío, después, me la como entera, guardando las semillas en uno de mis bolsillos, para liberarlas cuando camine por algún sitio aún no apesado por el asfalto.

“Perfecto”, pienso en el instante en que veo entrar a Luis.

¡Hombre!, ¡mi amigo, el que busca los muros invisibles de la grande Babilonia! – dice nada más verme, me levanto y ambos nos fundimos en un abrazo fraternal-. Me alegro mucho de ver que sigues vivo.

Más que nunca –respondo.

Tienes buen aspecto, un poco magullado, pero si quitamos los moratones, de hecho sigues igual –dice al retirarse para observarme detenidamente-, que hace...

Diez años –respondo certero.

Cierto, ¿y sigues en la calle? –me pregunta haciéndome un gesto, quiere que le siga a su despacho, que no es más que una mesa redonda con seis sillas dispuestas al rededor suyo, y sobre la tabla, un montón de papeles. Las paredes de la pequeña estancia, están saturadas de libros. Nos sentamos, uno enfrente del otro-.

Ahora sí, y estoy más cerca que nunca que llegar a los límites de Babilonia...

¡Joder! –protesta-, veo que sigues con eso...

Veo, que tú no probaste aquel líquido –le digo sin ceder a su protesta-, porque no lo hiciste, ¿verdad?...

No tengo tiempo –se excusa-, y bien lo sabes, aquí no paro de luchar, mira esto – en referencia al montón de papeles que están apilados sobre la mesa-

¿Qué es?

Son folios con miles de firmas, estamos intentando que no nos cierren el chiringuito. El obispado, quiere derribar la iglesia, dispersar “al rebaño”, y cargarse de un plumazo todo lo que hemos conseguido aquí.

¿Y sigues creyendo en ese Dios benévolo, al que siempre defendías? –pregunto, y me aproximo a sus ojos, vidriosos en este instante, y éstos, esquivan los míos, y así comienza a hablar, alternando su mirada con las paredes, los papeles, pero nunca con mis dos taladradoras, que siguen clavadas tras sus gafas-

Pues... –no sabe qué decir, lo sé-, supongo que sí, pero eso es secundario, ahora lo importante –ahora sí encontramos las miradas-, es que aquí ayudamos a la gente que no tiene nada, les damos además esperanza, que es lo más importante, y hacemos que vuelvan a creer en una comunidad en la que todos nos ayudamos...

El cura rojo, ya he leído algo sobre lo que me cuentas, me gusta eso del cura rojo, así te llaman...

El rojo va más allá de la política, en la que te aseguro no tengo ninguna fe, ese color está ligado al instinto, a la pasión... –se queda callado, yo sonrío, “vaya con el curita”, pienso “está empezando a rebelarse”-... y eso no gusta en el obispado.

Los perros, siempre domesticados... ¿Y cómo lo llevas?, a lo de las firmas me refiero, ¿os cierran o no os cierran el chiringuito?

Pues no lo sé, la prensa nos está ayudando, pero ya sabes cómo es ésto, cuando deje de ser noticia, no nos harán ni puto caso, y uno de... –tras las gafas, puedo ver cómo brilla la ira-... mis jefes, dará carpetazo al asunto y derribarán la iglesia, se construirán sobre este solar, pisos de protección oficial, eso sí, pero la iglesia aumentará el volumen de sus arcas, al tiempo que se quitan un granito que lleva tiempo dándoles por culo y servidor, tendrá que dejar el sacerdocio, cosa que haría con gusto, de no ser por esta comunidad...

¿Sabes? –le interrumpo de repente-, hay dos tipos de misioneros, el hombre que intenta ayudar y el fanático que ayuda a base de hacerles besar la cruz a los infieles, a los que acaba de convertir en esclavos una vez ha quemado sus antiguos saberes.

Sí... pero eso no viene al caso ahora –protesta-.

Te equivocas, y verás por qué. Todos esos primeros misioneros de los que acabo de hablarte, llega un momento en que se establecen en su comunidad, adaptándose y utilizando su escasa fuerza en mejorar dicho pueblo, es inevitablemente entonces, cuando tienen que enfrentarse directamente con sus superiores directos en la santa madre iglesia –por supuesto, esto lo digo de forma sarcástica, por lo de santa y por lo de madre-, siempre es así, siempre ha sido así, y siempre será así. Pero entonces, suele pasar, que el misionero en cuestión, tiene dos caminos ante sí: el primero, sucumbir a la bota que va a aplastarle, primero su obra, luego sus creencias, y años más tarde, el sentido de su vida, y morir entre tinieblas; y el segundo, no dejar que le aplasten, morder esa bota, muerto el cura, que ¡viva el guerrero!, esta vez, además vestido de hombre con todas sus consecuencias. Y ya que sabes el final de la historia, y tú mismo acabas de decirme, que lo único que podéis hacer con todo esto –y señalo los folios llenos de firmas-, es demorar una sentencia que ya ha sido dictada, ¿qué vas a hacer tú, cuándo ésto suceda?

Pues... –“Pobre Luis”, pienso al verle dudar... No lo sé, pero ahora no me preocupa eso, lo importante es aguantar todo el tiempo que se pueda.

Pero amigo, hay más formas de luchar, la gente ya sabe de ti, te conocen, te quieren, te apoye o no la prensa, es momento de denunciar más allá de que tiren o no la iglesia, es ahora cuando tienes que morderles con todas tus fuerzas, ya no es que ayudes a la comunidad todo el tiempo que puedas, es ahora, justo hoy, cuando deberías plantearte que todo lo que has hecho, no puedes dejarlo en manos de la iglesia, su continuidad depende de que te plantes, de que luches, y de que lo importante del cura rojo, no es este lugar, esta iglesia, sino Luis, y si dejas que la curia eclesiástica te aplaste, además de perder el espacio físico, tu gente, perderá a su líder, es decir, volverán a dispersarse y a dejar de creer en otra vida, que no sea la vida de perros, que todos tenían, antes de conocer al cura rojo. Créeme, sería buen momento de que probaras unas gotas de aquel líquido que te di, esa sustancia te ayudaría a ver tu camino con claridad, te lo dije, la química al servicio de la verdad, si lo prefieres del espíritu libre, La Senda Directa.

No digas tonterías, además ya no lo tengo.

No digo tonterías, y si lo quisieras, te lo podría conseguir de nuevo en menos de un día –y levantándome, pues sólo he ido allí para saludarle, y por qué no decirlo, por el cocido que estaba cojonudo, me despido de él-... Hasta la vista amigo, y suerte con tu lucha, interior o con la santa madre iglesia.

Cúdate muchísimo –y también él se incorpora, y ambos volvemos cada uno a lo nuestro con otro gran abrazo entre hermanos-.



Y me fui de la iglesia, pensando en que Luis, jamás probaría “la sustancia iniciática” que Hofmann sintetizó (thank you doctor), y volví a caminar no sólo por “ciudad dormitorio”, sino por todo el mundo, porque Babilonia es así, cierta e infinita, mismos perros y mismos collares, una realidad aplastante a la que también podríamos llamar, globalización, aldea global, o cualquier apelativo más o menos ingenioso, que pudiera ocurrirnos.

Y que en realidad, sólo es una pecera en la que nosotros somos los pequeños peces de colores que “algo” ha posibilitado y quizá, se cansó de observar.

Deambulé por sus parques, islas cada vez menos aisladas, en las que siempre hay zonas acotadas con colorines, lugares convenientes adonde puedan jugar los cachorros, la siguiente a la siguiente generación de perros, cada vez más subnormales.

Decía antes, que no hay que engañarse, que a cualquier ser humano le gustaría dejar descendencia, es algo genético, un valor de especie, pero no se espera a estar preparados para educar al nuevo vástago, ni siquiera hay test, para comprobar si cierta gente está o no capacitada para ser padre o madre. Dejar descendencia, en definitiva, tendría que explicarse como transmitir unos valores, unos conocimientos que han posibilitado una forma de vida que hemos construido basándonos en la adaptación, educar significa enseñar a buscar, nunca adoctrinar, domesticar o simplemente ir “acotando” libertades.

Y es por ello, que uno más uno, puede ser uno, y de dos seres, quede sólo uno, compendio de genética y enseñanza, pero...

¿Qué lobo querría trascender con una simple perra?

No habría evolución.

Pero Babilonia no se cimienta sobre todos estos valores.

Los niños vienen al mundo, gracias a la irresponsabilidad de millones de padres. Ojo, estoy hablando del primero. La natalidad en el tercer mundo, es caso aparte, y no incluyo en estos comentarios corrosivos, a todas las madres y padres, que allí, no pueden elegir, tener o no descendencia, educarla o no...

Hablo de los perros babilónicos, que traen al mundo nuevos esclavos para seguir alimentando a la gran máquina.

Los valores que les transmiten, son exactamente los mismos que se han ido imponiendo en esta gran aldea global, y generación tras generación, conceptos como: triunfo, competición, élite, ganador, perdedor, éxito, fracaso, futuro, y un sinnúmero de etcéteras, se han ido perfeccionando, implantando más y más en las nuevas generaciones, en las que actualmente podemos comprobar el gran calado de todo lo que acabo de mencionar, y son estos tiempos entonces, cuando se está preparando a la última generación de perros subnormales, que van a aceptar de buen grado su absoluta falta: de libertad, de cultura, de saber, de valores e instintos de supervivencia, para que al fin, Babilonia les aplaste, y se cumplan los planes de ese supuesto gobierno en la sombra, que ya mencionó Albert Einstein, al que llamó “El cripto-gobierno sionista”, y sólo unos cuantos “elegidos” se salven de la tremenda catástrofe que se avecina.

Y claro que a mí, me encantaría tener esa descendencia, a la que legarle la poca o mucha sabiduría, por la que he ido luchando, transmitiéndole de forma clara todo el gran plan, del que los perros babilónicos, parecen no tener ni la menor idea, incluso cuando les das pruebas de ello.

Pero esa transmisión de valores y conocimientos, no tiene por qué estar unida a los genes, se puede “trascender”, dejar descendencia, si no física (genética), sí espiritual. Un lazo mucho más fuerte, que el que pudiera tener con un hijo o hija, a los que no pudiera enseñarles (desprogramarles).

La transmisión maestro-aprendiz, sustituye pues, ese anhelo ancestral del ser humano, y que yo, he resuelto de la mejor forma posible.

Pido unas monedas para hacer una llamada, al fin las consigo, y por el auricular de la cabina telefónica, una voz me responde: “voy a buscarte”.

Y pensando en “mis hijos”, decido que ya está bien de caminar por hoy, así que me siento, saco el cuaderno, un lápiz, y me pongo a dibujar:

Dibujó varios círculos concéntricos (peceras), y fuera del más grande, ojos que lo observan todo desde el exterior, en el más pequeño de los círculos, dibujó las figuras de un joven leyendo y otro en una especie de laboratorio, dejó espacio para una tercera figura, pero no se me ocurre nada, así que dejó el hueco y siguió con las figuras del lector y del científico, de las cabezas de ambos, sale una especie de espermatozoide con forma de ojo con una especie de cola, y éstos, los ojos espermicos, traspasan la pecera que los contiene perforándola, y trascendiendo al siguiente círculo, más grande, más figuras, las pinto, más pequeñas, pero mayores en número, y de todas ellas sale el mismo ojo con cola, que debido a su mayor número, trasciende al tercer círculo, perforando la segunda pecera por muchos más orificios.

Descanso, guardo el block de dibujo y descubro frente a mí, uno de esos parques para niños, llenos de colorines, está a punto de anochecer y los cachorros juegan a sus juegos programados por la máquina, las madres y padres que allí se reúnen, vigilan a sus pequeños sin entablar conversación con nadie, ellos, los cachorros, aprenden cómo va a ser su vida:

Si lloras, vienen a ayudarte (aunque no te pase gran cosa).

Si ganas un espacio, tienes que defenderlo ante el resto de los cachorros: eres propietario.

Si te juntas a un propietario, y llevas a cabo todas sus órdenes, él compartirá una porción contigo, siempre la peor (esto es aplicable también a los juguetes).

Cachorros que llegan al lugar con los últimos modelos, e inmediatamente llaman la atención de aquellos otros que –incumpliendo la primera y más elemental norma babilónica-, juegan a juegos gratuitos, en los que ningún juguete hace falta, es entonces cuando entra en juego, la primera de las formas de esclavitud:

La envidia, la frustración por no poseer el tótem, que te convierte en líder, en estos casos puede ser el video juego portátil de turno, y más tarde se suplirá por el modelo de coche de turno, por la chica o chico objeto de turno, por la casa de turno, por el exitoso trabajo de turno.

Los padres, no dicen nada, asumen estos hechos como parte de la educación/adaptación de sus hijos al sistema (injusto por supuesto, pero asumido por todos).

¿Y las madres?

Me levanto, guardo el dibujo que estaba haciendo en mi mochila, y me voy directamente a un grupo de “cotorras” que no paran de contarse idioteces, mientras sus hijos juegan a hacerse daño, sin que ellas se den cuenta.

Al acercarme, descubro que un padre habla con su hijo, que está llorando. El chaval había venido sin juguete alguno, y lo estaba pasando realmente bien columpiándose con una niña con cara despierta, hasta que llegaron los hijos de las cotorras, la niña se fue aburrída de que no la dejaran en paz, y el niño en cuestión, fue expulsado de todos los nuevos juegos, en los que lo importante era “hacer daño”, física o psicológicamente.

Me acerco a este padre, y le digo al oído: “llévatelo de aquí, estos niños son basura, y el tuyo es una joya”, y sin darle tiempo a decir nada, sigo mi camino hasta el grupo de cotorras.

Me encuentro a escasos tres metros, todas ellas –que se han percatado de mi aproximación–, han formado grupo como si de una batalla se tratase y cierran filas... Se encaran conmigo, que me detengo para ver sus reprobatorias miradas de asco, odio y repulsión.

No espero a que ellas hablen primero, así que desde esos tres metros, lanzo mi furia en forma de un aluvión incontestable de palabras, con las que espero hacerles el mismo daño, que ellas le están haciendo al mundo, siendo madres sin el compromiso que esto supone, de traer a la tierra más hombres buenos, más mujeres buenas.

“No me dais ninguna lástima, ¡perras!, me avergüenzo de todas vosotras, que parecéis mujeres, cuando en realidad, no sois más que cotorras, cochinas revolcándose en el fango de la mentira, de la irresponsabilidad por traer vida al mundo, para dejar que sea éste, con todos sus viciados valores, el que eduque a vuestra innecesaria prole, cualquiera de vosotras podría haber sido prostituta en otros tiempos, sois ralea que no merece el aire que respira, sois escoria que trae vida, más y más escoria, deberían aplicaros la eugenesia, a todas vosotras que os pensáis mujeres maduras y realizadas, podéis incluso tener ideas feministas, y ahora que os observo más de cerca –todas ellas calladas, con la boca abierta, no caben en su asombro, todas ellas bien vestidas, maquilladas, prototipos de mujer madura siempre bella que no envejece, sus caras brillan con el artificio, sus labios gruesos como el plástico, y sus tetas, todas ellas desafiando al pobre Newton, que al menos dijo una verdad como un piano, que aquello tendría que tender al suelo-

Vosotras –prosigo en tono más arrogante aún–, sois el paradigma de este sistema de perros falderos, de perros de raza, y de perros callejeros, y todas ustedes señoras, no son más que las gueisas, las esclavas sexuales de esos otros perros, sus maridos, que les hicieron creer en la igualdad de los sexos, sin explicarles antes el verdadero significado de las palabras: mujer, madre, cuidado, tierra... -detengo mi exposición, las miro, me devuelven la mirada pero ninguna osa decir palabra, respiro hondo para tragar el odio y catalizarlo y sigo con mi arenga:-... No entendéis que vosotras sois las primeras engañadas en este sistema, que sois lo más alejado al concepto Diosa Madre...-una de ellas me interrumpe de repente-

Si no se va inmediatamente, voy a llamar a la policía –antes no mencioné que caminando, pasé de ciudad dormitorio, a ciudad residencial, y este tipo de perros no sabe morder sin la ayuda de sus amigos los bien amados y protectores policías-

Bien, señora... ¡perra! –digo con más ganas-, llámelos, y que me detengan, no sin antes darme una gran paliza preventiva, para que se me quiten las ganas de volver aquí a insultarles, pero le digo una cosa –y señalo a los niños, que han dejado de

jugar y miran todos atónitos mi escena en esa película, que todos consideraban exclusivamente de su propiedad-, a este –señalando a un niño repugnantemente maquiavélico, que había ido jodiendo todos y cada uno de los juegos gratuitos a los que no podía tener acceso por debilucho-, le quitaba yo la maquina de los cojones, se la metía a su madre por el culo y le enseñaba a respetar al resto. Esobvio, que de seguir jugando a la play, nunca va a desarrollarse para poder jugar a los juegos, que él ha ido sabotando desde que lleva en el parque –una cotorra sobre sale del resto del grupo, coge la mano del niño, y tirando de él, se lo lleva de allí diciendo:-

¡Qué poca vergüenza!, decirle eso a un niño, ¡me voy! –y sin mirarme, sentencia:-  
... Pero volveré con la policía...

Y éste –señalo a otro, que llevaba un buen rato echándole arena al resto, cuando no le dejaban acoplarse e imponer nuevos juegos mucho más violentos-, le metía un buen par de hostias cada vez que se dedicara a fastidiar al resto, como lleva haciendo desde hace una hora –y me acerco al niño-, ¿verdad, pequeño bastardo? –en ese instante siento un golpe en el hombro, un bolso que parece llevar ladrillos en su interior, por supuesto la madre de la criatura, que me está corriendo del lugar a bolsazos...

Hasta que al fin, llegan los de siempre.

## Los cancerberos grises de Babilonia

Ay, la policía, siempre cumpliendo con su eterno papel secundario.

Al verles llegar, me aproximé al primer niño, a ese que su padre consolaba porque durante esa hora, le hicieron la vida imposible el resto de los mal educados, y le regalo un dibujo, no el que había estado haciendo unos instantes antes de la trifulca, sino otro en el que un niño era protegido por su padre y por su madre, que lo mantenían en el mismo centro del universo, mediante el abrazo en forma de Ying y yang, de sus padres: progenitores-protectores-educadores.

Su padre, que de algún modo estaba de acuerdo conmigo, pues me sonrió al darle el dibujo al niño, se despide de mí y se queda contemplando el trozo de papel, pero por el dorso.

En la parte de atrás, pues yo siempre que hago bocetos aprovecho las dos caras del papel, había dibujado una jauría de pequeños perros de distintas razas: un doberman con la cara del niño al que le faltaban un buen par de hostias, un perro salchicha jugando con una maquina, aplastando con sus cortas patas, los restos de perro callejero, otros tantos cokers, intentando morder los tobillos de un niño, que intentaba columpiarse más y más alto, para que ninguno de aquellos canes, pudiera acabar con él. El padre observó, que en el dibujo en la mirada de su propio hijo, brillaba una pequeña luz que hacía destacar sus ojos de las opacas miradas del resto de los cachorros.

Corrí, por supuesto que lo hice, pero antes me volví para ver la expresión de padre e hijo, que se alejaban del grupo de cotorras sonriendo, el padre, a su forma, me lanzó un saludo fraternal desde la distancia, y por supuesto, yo, se lo devolví: “enseña a tu hijo a valerse por el mismo, cuídale, y no le cuentes mentiras”, pensé, y seguí corriendo, porque normalmente la policía no gasta su energía en los tipos como yo: deshechos sociales, que piensan ellos.

Paré, tras unos cinco minutos de carrera, no muy lejos del lugar, pues estaba a punto de llegar mi “amigo”, permanecía semi escondido por la zona, y me senté recostándome en las espaldas de un gran cedro del atlas, una vez allí, sentí la falta de sueño, el cansancio de ese extraño y largo día, y noté de nuevo el dolor que atenazaba mis músculos, mis huesos y mi cerebro, y sin apenas darme cuenta, me quedé dormido.

## Reaccionarios a la evolución: los criadores de perros

Junto a mí, vino a sentarse un hombre vestido de carcelero, de alcaide, que llaman los perros babilónicos en sus pelis.

Me fijo en su cara...

¿Y tú...?, ¿qué coño haces aquí? –le digo al reconocerle, es el señor banquero, cuyo coche me atropelló unas cuantas horas antes-

Vengo a joderte el plan –se sienta más cerca, sus ojos están llenos de lo que él cree superioridad-, tú no vas a conseguir nada, una puta mierda vas a encontrar los muros de Babilonia, como tú llamas al mundo en el que vives, al que no te adaptas.

Yo voy a encontrarlos, sé que hay una salida digna de este.. –dudo en la palabra, quiero que me entienda sin más explicaciones-...acuario de cristal donde sólo somos un ensayo, un experimento.

No hay salida, el mundo se construyó así, no tienes que buscar salidas, sólo debes aceptar tu función –sus ojos siguen en su trono de superioridad-, adaptarte pues nada va a cambiar, la cosa funciona.

¿Cómo que la cosa funciona?, ¡Serás hijoputa!

Veo, que odias, y por eso no encuentras –y adopta un tono satírico, que no me gusta nada-, tú que vas buscando la salida, tú que investigaste, que leíste, que probaste, que viste, como tú dirías: la realidad, y aún no has comprendido que el frío, es la falta de calor, ni más ni menos, tú puedes dar calor a otro ser mediante tu contacto directo –se calla, y mira desde su privilegiada posición suprema-, en el fondo, eres como yo, y como todos los que tú llamas perros: no sabes amar.

Creo que te equivocas, y te lo voy a demostrar –sonríe de forma maliciosa, acepta el reto-, yo conozco la trampa, sé que gente como tú, tus antepasados, pues como debes saber mejor que nadie, vuestras familias, se hacen más y más ricas, generación tras generación, vosotros controláis el dinero, la energía sin importaros el planeta, el ocio de vuestro gran rebaño, y cada vez más su educación, y la sanidad. Tú no amas, porque no puedes amar, porque eres un ser oscuro, que habrá acumulado dinero en vida, y tras ese tiempo ridículo a un nivel cósmico, te diluirás entre todo el resto de la materia que careciendo de espíritu, volverá a

transformarse una y otra vez en más y más materia, pero yo no amo, porque de hacerlo, me entregaría hasta diluirme antes de la muerte, para de uno más uno, rizar el rizo y concluir esta unión con el resultado de tres, número que haría añicos vuestro sistema de amor permisible, sin ganas de llevar a nuestra especie, hacia la evolución.

Todo eso que dices, no son más que chorradas, a ver, supongamos que yo fuera el malo, la bestia, porque tengo el dinero, y lo protejo, ¿crees acaso que cualquiera de tus semejantes, no haría lo mismo en mi caso?

Probablemente, aunque no todos, eso seguro, pero el tema es que no se lo vais a permitir, no vais a dejar que se reparta el dinero, y mucho menos que otros os lo quiten, no. —ahora sus ojos ya no están muy por encima de los míos, su superioridad es sólo una máscara- Vosotros les dejáis tener la falsa esperanza de que algún día, podrán dejar de perteneceros, y les dais, por ejemplo las loterías, los grandes premios, apuestas millonarias, con las que salir de pobres, y es mentira, pero de esta forma, y ya que saben que están esclavizados, les dejáis una válvula de escape, sembráis una semilla de esperanza, un fruto podrido desde el principio porque nunca les va a tocar el premio gordo.

Y aunque les tocase, ¿Quieres que preguntemos qué harían con toda la pasta del premio?

No me hace falta, sé las respuestas, pero lo que tú no sabes, es que el dinero no vale nada, vuestros muros no son gruesos por el dinero empleado en construirlos, sino por la ignorancia de vuestros esclavos, y eso lo sabéis, así que no me hables de lo que harían con el premio.

Pero es que si les das el dinero a ellos, entonces también son los malos, es lo que te estoy intentando demostrar, que el sistema se basa en eso, no en que yo acumule más o menos, sino en que siempre habrá alguien que lo haga, es ley de vida.

No —y le interrumpo de inmediato, para que no siga diciendo memeces-, el sistema, se basa justamente en que nada cambie, en ignorancia, todo basado en las mentiras que institucionalizáis, para que nadie cuestione ni vuestra supremacía, ni su esclavitud, pero ¿y si alguien busca?, ¿y si descubre la verdad?, ¿y si cada vez tenéis menos borregos a los que llevar en rebaño?

Eso nunca pasará —dice muy irritado, le he dado donde duele-.

Yo soy tu granito en el culo, no te compro, no te debo ni una moneda, no quiero hacer negocios contigo, no te creo, no me meto contigo... Con lo cual, no puedes



mandar a tus cancherberos contra mí, pero tampoco me muevo por tu dinero, sino a través de tus mentiras, y a través de ellas descubro la verdad, y más allá de ellas, te veo tal como eres en realidad: pequeño, rastrero, manipulador manipulado, mezquino, frío y sin amor, condenado a lo que lleváis llamando durante siglos con el nombre de infierno.

No digas tonterías, yo tengo poder, podría aplastarte cuando quisiera..

No te creas tan importante señor banquero, porque hay algo que jamás podrás controlar, y es el espíritu de todo el que no se deja dominar por vosotros, a ese que no podéis comprar con vuestro dinero, ese que busca la salida de Babilonia.

No lo podré dominar, pero sí aplastarle.

Pero si no lo conoces, no se pone en evidencia ante ti, puede ser cualquiera de tus supuestos ciudadanos normales, otro de tus supuestos perros. Mira te voy a demostrar la fuerza de la integridad.

¿Cómo? –y se ríe de forma burlesca-.

Así, pienso yo, y desaparece de mi vista, así, borrándote de mi mente, no teniéndote en mis pensamientos, así te venzo, hijoputa: no dejándome dominar por ti.

Al rato, soñaba en un mundo aéreo, por el que sobrevolaba en busca de formas de vida, y sin lograr encontrar ninguna, seguía y continuaba, cada vez con menos aliento, con menores fuerzas, sin apenas motivación para seguir con el vuelo, de repente, sentí una fuerte sacudida, un descenso inimaginable, en el que la caída se convertía en el horror, y al abrir los ojos, me encontré encogido por el dolor que un policía, me estaba infringiendo con una porra de plástico, con la que no dejaba de atizarme en el costado, protesté, y de nada sirvió, me incorporé hasta que dejé de sentir los impactos del señor agente, y una vez en pié, me encaré con ellos, eran dos: hombre y mujer policías.

¿Por qué no te metes la porra por donde te quepa, hijoputa? –le dije al “madero”-.

Documentación, enséñanos tus papeles –decía su compañera “la madera”-.

¿Pero no ves que es un indigente? –le decía el madero, sin dejar de intentar atizarme con su fállica porra de plástico-, este no tiene papeles...

Tú, sí que no sabes lo que es tener papeles –le digo muy orgulloso-, ya los perdiste hace tiempo, ¿verdad? –intenta golpearme, esta vez con mayor fuerza, pero yo, esquivo el golpe-.

¿Y qué hacemos con él? –le dice la madera al madero, evidentemente mucho más inexperta en asuntos maderiles-.

Nada, le damos una lección, y así se le quitan las ganas de montar bulla –responde el madero, y me mira a mí:- ¿verdad, asqueroso?.

La madera, evidentemente no ve con buenos ojos el modus operandi, de su compañero, así que entablan una pequeña discusión de cómo se deben hacer las cosas, momento que yo aprovecho para juntar fuerzas y arrearle el mayor de los puñetazos que soy capaz de dar, y el madero que cae al suelo cuán largo es. Su compañera me mira perpleja, pero no hace nada, parece que está pensando al igual que yo: “lo tienes merecido”, y es en ese instante, cuando cojo mi mochila y echo a correr de nuevo...

Ya es de noche en Babilonia, y mientras corro como alma que se lleva el diablo, dejo mi mente en blanco, no pienso en nada, estoy saturado, sólo pretendo parar para poder descansar un rato sin que nadie me moleste, hasta que tras un salto en el que intento esquivar un seto de lavandas, me doy de bruces con un sujeto, al que tiro al suelo, me disculpo intentando ayudarlo a levantarse de nuevo y al hacerlo, ambos comprobamos que...

¡Pero si eres tú! –le digo al subirle hacia arriba, hasta que se incorpora y nos fundimos en un gran abrazo-. Perdona, pero huía.

¿De quién?

De los cancerberos grises de Babilonia, siempre persiguiéndome.

¿La policía? –me interroga, pero no le respondo, simplemente tiro de él, y ambos corremos, hasta que se detiene tira de mi brazo y paramos-...Tengo el coche por allí –señalando un nuevo rumbo-.

Vamos, pues –le digo, y vuelvo a tirar de él. Llegamos al lugar donde lo tiene aparcado, nos introducimos en el vehículo, y le digo:- ¡arranca!, que esos tienen mala hostia...

Pero, ¿qué has hecho? –y arranca, el coche comienza a moverse, y al hacerlo veo al madero en la lejanía, mirando a uno y otro lado, buscándome a mí, me agacho en el interior del coche, y al abrirse un semáforo, le dejamos en el pasado.

¿Qué más da? –respondo más tranquilo, incorporándome en el asiento-, no les gusta que un tipo como yo les diga cuatro verdades a los perros a los que protegen.

¿Tienes un lugar para dormir? –me pregunta-

No, pero no quiero causarte molestias, sólo quería verte.

Entonces te vienes a casa, ¡qué coño vas a causarme molestias!

¿Vives muy lejos? –le pregunto-

A cincuenta kilómetros de la ciudad, en la naturaleza.

Eso está bien –le digo, y sin posibilidad de evitarlo, me quedo dormido-

No consigo recordar, cómo pudo sacarme del coche y meterme en la cama sin que pudiera darme cuenta, quizá estaba tan demolido que caí en eso que suele llamarse como sueño reparador, y pasaron muchas horas, hasta que abrí los ojos de nuevo. Cuando lo hice, mi cabeza vagaba entre sombras de confusión, y los recuerdos no se centraban en el día o noche anterior, sino que me sentía más apegado a otra época, quizá un lustro antes, tiempos en los que yo tenía un hueco, una especie de laboratorio clandestino...

La química, estaba soñando con ella, cuando desperté, e incluso cuando me incorporé de la cama, y reconocí la habitación en penumbras, en la que me encontraba, aún resonaban en mi cabeza algunas frases:

“...Nueve de carbono, trece de hidrógeno y una de nitrógeno; pero no es lo que quiero, demasiado adictivo...

Once de carbono, diez y siete de hidrógeno, una de nitrógeno y tres de oxígeno; mejor, mucho mejor, me estoy acercando...

Veinte de carbono, veinticinco de hidrógeno, tres de nitrógeno y tan sólo una de oxígeno; equilicúa, ahora sí está...”

“Cristalizar es enseñar a los dioses”.

Y poco a poco, los ecos de aquellos sueños, fueron disipándose entre las irrefutables y aplastantes pruebas de eso que seguro también ustedes, llaman realidad.

Hasta que la voz de Hermest –así llamaré a mi anfitrión-, me devolvió al mundo físico y tangible de la razón:

Buenos días –me dice al verme llegar adónde él estaba-, o mejor tendría que decir, buenas noches, llevas casi veinte horas durmiendo.

¡Joder, veinte! –y no digo más, le dejo hacer a él-.

Bueno, ¿querrás comprobar los avances desde que nos separamos? –así me gusta Hermest, siempre al grano, pienso dejándole hacer-, partiendo de la fórmula original, hemos llegado a este compuesto -y me pasa un cuaderno-.

Hacia mucho tiempo que no veía fórmulas químicas, llevo mucho en la calle – digo sin esperar respuestas, al tiempo que descubro el avance realizado a los estudios realizados en su día-.

Como ves, ya podemos sintetizarlo sin la dificultad de antaño...

¿Podemos? –le pregunto-, ¿Cuántos sois?

Muchos, trabajamos desde la clandestinidad, y nunca revelamos fórmulas a ningún “no-iniciado”, pero estamos en relaciones con varios grupos bien organizados de activistas anti sistema, para introducirlo de forma masiva en el año... ya queda muy poco.

Y, ¿cómo lo vais a hacer?

Lo vamos a introducir camuflado, hemos perfeccionado la síntesis, y tenemos un derivado del compuesto, que es imposible detectar si no sabes qué es lo que buscas, en unos días, todos los perros de Babilonia, lo habrán ingerido y entonces no habrá marcha atrás, las fuerzas se equiparán, y para ese día estamos muy bien organizados...

Pero sabes que muchos se volverán chiflados, prácticamente la totalidad de la población, ¿sois conscientes de eso, verdad?

Lo somos, pero sin embargo muchos, despertarán a lo bestia, verán la realidad tal y como es, y tras esa experiencia, no seguirán aceptando la esclavitud, la gente se rebelará, de eso puedes estar seguro...

Sí, pero dejaréis a la mayor parte de la población, en un estado parecido a la lobotomización, muchos no serán capaces de aprender de la experiencia, y se verán atrapados en los infiernos de sus visiones, sin posibilidad de escape...

Bueno, somos conscientes de ello, pero el que no quiere despertar hoy en día, es por comodidad, no por falta de pruebas, no porque no se le lleve advirtiendo, en definitiva, el que no salga de sus infiernos será porque no lo merece.

¿Y los niños? –le digo-.

Asimilan perfectamente el compuesto, a ellos no les llevará a infierno alguno, porque están más cerca que los adultos de la verdad, de hecho para ellos es prácticamente inocuo.

Bueno algunos lo estarán, porque no paro de ver cómo los juegos de los niños, se parecen cada vez más al mundo que les rodea y les amolda...

Sí, pero siguen siendo juegos, ellos tienen prácticamente virgen todo el sistema nervioso, tan sólo será una experiencia más, con la que aprenderán muchas más cosas, que con un simple juego, y a diferencia de sus progenitores, la experiencia consolidará su sistema nervioso, haciéndolo más inmune a la mentira, más resistente ante la sumisión –Hermest, no estaba diciendo tonterías, pero como todo buen científico, no bastaba con la teoría, sino que quería conocer las pruebas en las que él se basaba-.

¿Lo habéis testado en cachorros?

Sí, todos nuestros niños lo han probado –le miré como el que mira a un líder religioso desde el ateísmo más exacerbado-, los resultados han sido espectaculares, todos ellos muestran un intelecto mucho más avanzado a la época previa a la ingesta, de hecho –y sacó un gran archivador, con los dosieres de cientos de casos, que me dejó para que yo fuera echando un vistazo-, desde entonces, destacan no en una, sino en la práctica totalidad de las artes o ciencias, según sean de un carácter u otro.

Supongo, que hablas muy en serio –le digo para cerciorarme de que no se está bromeando-

Por supuesto, y tú fuiste el primero en sintetizar el compuesto a partir de las fórmulas de..., gracias a ti, vamos a poder luchar de igual a igual contra los mandamases de este sistema. Por fin tenemos en forma líquida, inodora e incolora, algo así como esa famosa pastilla roja de Matrix, con la salvedad, que en la realidad no son las máquinas las que esclavizan a seres humanos, son otros seres humanos los que nos esclavizan a la gran mayoría de nosotros, y todo el planeta, lo entenderá al unísono, sin equívocos, algunos no lo soportarán, todos sus sistemas se colapsarán y caerán en la cuenta de lo ridículo de su existencia, esos no despertarán, se convertirán en los nuevos “locos”, el resto, sabrá por propia experiencia, que la realidad no es eso que les han ido inculcando, sino aquello, que casi todos sabían, y muy pocos querían escuchar.

Y todo esto, ¿lo he iniciado yo? –le pregunto molesto-

Por supuesto, es gracias a ti, que vamos a tener la oportunidad de poner las cosas en su sitio, después de muchos siglos de ignorancia, de explotación, de mito y falsedad, y de esclavitud de toda la raza humana.

Pero yo te enseñé a ti, el conocimiento pasa de uno a otro, y siempre se le da al que lo busca, no se le puede dar a todos lo mismo, quizá hayáis sobrestimado al resto, ¿realmente crees que es algo tan sencillo como administrar un compuesto a toda la población, sin su conocimiento y consentimiento previo?

¿Y dejamos el líquido para unos cuantos privilegiados, olvidándonos de su potencial?

Es así como debe ser, como siempre fue, recuerda a Leary, mira como acabó su experimento en California...

Para empezar, no hablamos del mismo compuesto que Timothy Leary repartió a diestro y siniestro, y para seguir, él acabó mal porque fueron una minoría, y las autoridades rápidamente tomaron cartas en el asunto y catalogaron la sustancia como droga ilegal, así pudieron con ellos, mediante la prohibición y el aislamiento en pequeños grupos de hippies.

No creo que sea buena idea, en serio -le reprocho-. ¿Y crees que la policía no está al tanto de vuestro plan?

Está todo muy organizado, utilizamos una red propia, más allá de windows...

¿Unix?

Mejor aún, ya te digo es una red encriptada que va más allá de microsotf y de lynus.

Estáis subestimando a la policía –Hermest, hizo un amago de protesta, pero no le dejé interrumpirme:

“No te estoy hablando de esa policía estúpida que guarda las calles, que justificada en la inseguridad, aumenta las arcas Babilónicas en forma de multas y más multas, ni tampoco te hablo de esos otros feroces guardianes, que sin demasiadas luces, se juegan la vida para encerrar siempre a los más bajos dentro de los eslabones mafiosos de una u otra mafia, no.

Todos los sistemas, basan su poder en dos tipos de guardia, la ya mencionada policía, y otra mucho más elitista, que rastrea cualquier indicio de subversión, lo persigue, dejándole actuar, hasta que inevitablemente cae con todo su poder, justo

en el momento en que este supuesto grupo subversivo, va a actuar, y entonces, casi siempre con la misma excusa, actúan de forma rápida, y sin que nadie pueda verles las caras, tergiversan la verdad y el grupo en cuestión, pasa por terrorista y es disuelto y se acabó el tema. Te hablo de los servicios de inteligencia, que son los peores de los policías, porque nadie los ve.”

Seguimos hablando del tema, comprobé datos, verifiqué resultados, y seguí sin verlo claro, pero al parecer todo el plan estaba puesto en marcha, no había nada que pudiera detenerlo, así que me limité a observar y a leer sin volver a dar mi opinión.

Creo que ya lo supondrás, pero en un tiempo, me dediqué a buscar en los compuestos, a intentar destejer los entresijos de la química, o más bien habría que decir, de la alquimia, pero esa es otra historia, que ahora no viene al caso.

Pasamos unas cuantas horas en el laboratorio, y pude probar el compuesto en persona, el efecto duró unas tres horas, habían reducido su prolongación en el tiempo, sin alterar los resultados, pues esta nueva fórmula, proporcionaba una experiencia muchísimo más rica que la anterior, todo era más rápido, evidentemente se dispondría de menos tiempo, y eso lo sabían.

Así pasé esa noche, que describí en un papel que inmediatamente doblé y guardé junto a mis dibujos, en el block.

## El reino esmeralda, el lugar de la esclavitud más baja

A la mañana siguiente, y aprovechando que mi amigo dormía, me fui de su casa y conseguí llegar de nuevo a la ciudad, pasé el día dibujando, perfeccionando dibujos, que a la tarde, iría repartiendo a la gente sentada en las tabernas de intelectuales del centro, con la esperanza de que alguno de ellos quedara prendado de alguna de mis obras, con las consiguientes monedas que esto me supondría.

Y así pasé la tarde en la que logré vender cuatro de ellos, total cuarenta monedas que aproveché para volver a acercarme al callejón esmeralda.

El cielo se apresuraba a dejarnos intimidad, así que decidí esperarla mientras despedía al sol hasta el día siguiente.

Mi princesa del reino esmeralda, quizá fuera ella la diosa madre con la que fundar un nuevo mundo, una nueva oportunidad para la vida, para la evolución de nuestra especie...Casualidades, probabilidades, matemática desconocida y cósmica, ese extraño código de programación, que el universo emplea para construir las distintas alternativas de “la matriz”.

La noche se me echó encima, y aún no había rastro de ella por su callejón, en esos instantes recordé al joven jaguar, y mi cita con él. ¿Habrá leído el libro?, pensaba, también repasé la noche anterior, la fórmula mejorada por Hermest y sus colegas clandestinos, el plan para la ingesta masiva del compuesto, pensé en la palabra: locura, y en ese mismo instante comprendí que aquello, estaba abocado al fracaso, los aplastarían antes de llegar a hacerlo.

Y ustedes, o tú, que ya vamos cogiendo confianza, supondrás que te estoy hablando de tonterías, de locuras de un simple vagabundo, pero esto se escribe para quien busca, así que piensa lo que quieras, o mejor piensen ustedes lo que deseen, este loco, pretende enseñarles algo, a ustedes que no quieren ver más allá de sus narices.

¡Ves!, es muy fácil ponerse de uno u otro lado, simplemente va en relación a cómo se quiera entender el mensaje: como charla entre dos, o como discurso a la masa.

Mientras esperaba, recogí un periódico del suelo, no sé por qué lo hice, quizá para leer algo acerca del mundo, no sabía muy bien qué pasaba en el macro cosmos de las noticias nacionales e internacionales, así que pasé el rato ojeándolo, hasta que en la sección economía, vi que el presidente del mayor grupo bancario, se había suicidado arrojándose al vacío desde su gran despacho, y yo había soñado con él, y...



Tiemblo sólo de pensarlo, otra vez, yo profeticé que caería, esa fue... digamos, mi maldición por tratarme de aquella forma después de haberme atropellado. Es decir, de alguna manera, puedo cambiar el destino, así que me olvido de mi princesa por unos instantes y pienso para no equivocarme, hasta que doy con la frase exacta y se la grito al viento, para dejarla grabada en él, como hice las dos veces anteriores:

“Mañana, justo antes de anoecer, voy a encontrar lo que andaba buscando, todo camino llega a su fin.”

Y una vez sentenciado, me quito un gran peso de encima al pensar que quizá, era tan fácil como eso, que tan sólo era lanzarlo al viento, profetizarlo y hacerlo destino: “controlar la matriz, y crearla”, pues todo está dentro de mí... Sumergido en estos pensamientos, no me doy cuenta, pero Aurora –mi princesa-, está tras de mí, sonriendo de forma maliciosa pues me acaba de escuchar dictar mi propia sentencia.

Hola viajero, veo que te gusta hablar solo.

Perdona –digo sobre saltado-, no te he visto llegar.

¿Nos vamos?-y me ofrece su brazo, al que yo me engancho sin dudarlo-.

Te dije que te iba a sacar de juerga, y aquí estoy.

Venga, pues hoy tengo la tarde libre, vámonos. Me caes bien, viajero.

Me preguntó a qué me dedicaba, y le conté la verdad, estaba seguro de que ella era la princesa del reino esmeralda, mi princesa:

“... Y así llegamos a nuestros días, ni la química, ni el estudio fueron suficientes, exploré la psique, tanto como pude mediante sustancias sintetizadas en laboratorio, como con plantas y hongos chamánicos, o druídicos, llegué al punto en descubrir que todo es una farsa, de la que puedes salirte, dejando atrás esa forma de vida absurda que es el consumismo, el trabajo, la hipoteca, el futuro, y todo el resto de milongas en las que crees y te construyes como persona, para olvidarte de buscar la verdad, la esencia, qué es lo que realmente somos... Hasta que hace unos días llegué a esta ciudad en la que estoy de paso, porque como te dije, pretendo ir hasta los límites de todo esto –y abarco elmundo con mis brazos derrotados de tanta hostia- y descubrir de una vez por todas la última verdad, la integración, pasando así a otro lugar menos frío que esta Babilonia por la que caminamos.”

Pasamos unas horas maravillosas, no hubo más preguntas, sino que reímos, y yo la contemplaba, y ella se ruborizaba y atisbos de entrega por su parte, hasta que llegó el momento fatídico, miró al reloj y dijo levantándose (estábamos recostados en la hierba de uno de los parques babilónicos)

Tengo que ir a trabajar, ya es tarde y Gulam se va a poner furioso.

¿Quién es Gulam? –pregunto

Mi “protector” –me dice esquivando mis ojos-.

¿Tu chulo? –pregunto retóricamente.

Si lo prefieres, sí, mi chulo, tengo que ganarme la vida ¿Sabes?, no es todo tan sencillo como buscar no sé qué muros y probar no sé cuántas drogas, yo tengo que saldar una deuda con Gulam, él pertenece a una mafia, con la que firmé un contrato en mi ciudad natal, me consiguieron los papeles para venir aquí legalmente y tengo que trabajar para ellos hasta el año que viene.

Huye, vente conmigo, eres su esclava y tú podrías ser una mujer libre que tuviera a sus hijos en un mundo sin amos, busquemos... O mejor aún, construyamos tú y yo esa “Pala”, esa isla de la que habló Huxley antes de dejar Babilonia –me mira con cariño, pero en su mirada no encuentro la complicidad que buscaba, así que me derrumbo y la dejo hablar:-

No digas tonterías, viajero –y comienza a caminar definitivamente, me levanto y la sigo por el parque-.

Que no digo tonterías, vente conmigo, tengo recursos suficientes para que los dos podamos vivir hasta que lleguemos al sur... –se apresura, tengo que caminar al trote para seguirla-.

Si Gulam se entera, nos mata a los dos, en serio –y se detiene, encarándose conmigo-, vete, antes de que nos vea juntos y descubra que no has pagado por mis servicios.

Pero estamos hablando, ¿tampoco puedes hablar con un hombre?

Ya te lo dije, les pertenezco hasta dentro de un año.

¿No te das cuenta que nunca vas a poder cumplir con tu contrato, que luego no te dejarán marchar así como así?

Mierda –y entonces me chilla- ¡Vete, que por allí llega Gulam!

Pero no le hice caso, en fin, gajes del oficio.

Ella protestaba, yo intenté luchar, pero fue inútil, ese tío pegaba con el alma.

Podía haber recibido menos golpes, pero hice de tripas corazón, y después de la primera tanda, en la que casi me deja inconsciente, saqué fuerzas de flaqueza y le di una patada en los huevos al ver cómo atizaba a mi princesa, y creo que fue en ese instante cuando Gulam, se ensañó definitivamente conmigo.

Al terminar, mi cabeza recibía la información a través de unos sentidos muy mermados, y no podía incorporarme para dar siquiera un solo paso, no es que tuviera otra elección, pero decidí quedarme en ese mismo lugar del parque, allí me quedé tirado, aferrando mi mochila con las manos, y haciendo un amago de llamada, un nombre que repetía una y otra vez: “Aurora, huyamos”.

La noche con toda su crudeza, me dio las malas noches, y sin beso, sin que nadie me arrojara, sin una nana tranquilizadora que disipara el miedo, caí en un sueño profundo, del que desperté al día siguiente cuando otra pareja de cancerberos grises, me sacó de aquellos mundos en los que mi cuerpo no dolía, no pesaba, no molestaba y yo había estado ascendiendo más y más alto, hasta llegar a una cima, de la que bajé súbitamente con la llamada del “madero”.

Estos no debían ser mala gente, porque incluso se ofrecieron a ayudarme al comprobar mi estado, pero el orgullo lobuno no es algo de lo que te puedas desprender con una simple paliza, aunque el que te la haya propinado, no sea un simple matón de barrio, sino el animal que tiene presa a la mujer de mirada esmeralda.

Medio día en Babilonia, el sol comienza a anticipar un verano que días antes, tan sólo parecía una leyenda, una promesa lejana, que sé no va a cumplir nadie.

Camino sin rumbo fijo, algo va mal en mi interior, una o dos costillas, quizá sólo sea eso y con ir más despacio pueda mitigar el dolor.

Aminoró la marcha, y consigo caminar sin sentir cómo se me parte el alma a cada paso.

El ruido de la calle, parece llegarme filtrado a través de mis tímpanos destrozados por sendos golpes en las sienes, lo oigo todo como si caminara buceando y el resto de la vida, se diera en la superficie a la que no consigo llegar, hasta que un coche se cabrea conmigo y me lanza toda su furia a través del claxon. Sin saberlo, he estado caminando por la calzada de una de las grandes calles que dividen la ciudad en zonas de mayor o menor status.

Consigo llegar a la acera y sigo mi camino, sin saber adónde me está llevando.

Tengo hambre, pero eso ahora, no me importa demasiado, así que decido seguir, no me queda otra.

Me he sentado en un banco, creo que estoy a punto de sucumbir, pero sé que con tomar un respiro, con permanecer un rato sin mover un solo músculo, podré continuar, así que aprovecho lo retirado del lugar (yo no me siento en cualquier banco), rebusco en la mochila y saco mi otra camiseta, me quito la que llevo que está echa jirones, y la cambio por esta más limpia, en la que tiempo atrás pinté: “Caótica Ana. No hago más que buscarte y no te encuentro”, y recuerdo el día en que la pinté, acababa de ver la peli de Medem.

Pero cometo un error, uno de bulto, un error grave, y es que el banco adonde estoy sentado se encuentra en las cercanías de un estadio de fútbol, el nuevo teatro romano, el gran espectáculo babilónico en el que los perros se convierten en fanáticos y yo, no puedo hacer otra que levantarme, caminar lentamente mirando al suelo, e intentar desaparecer del lugar pasando desapercibido delante de unos jóvenes sin pelo y con muchas ganas de bronca.

Justo lo contrario a mí, así que por supuesto, no consigo pasar desapercibido y uno de ellos se percata de mi presencia y pasa lo que tiene que pasar.

“¡Que cantes el himno de nuestro equipo!, y si no, el cara el sol!”

“Si no lo sé”, le digo.

Y en el peor de los momentos, algo se rebela en mi interior y canto, no lo que me pidieron, pero sí que lo hago, y la letra dice algo así:

“Ay Carmela, Ay Carmela...”

A ellos no les gusta, pero yo sigo cada vez a mayor volumen.

Hasta que muchos de ellos, es decir, las botas de muchos de ellos, apagan mi radio y vuelvo a besar la lona, y esta vez no hay campana que me salve, mi derrota es absoluta, y por supuesto por K.O.

Está atardeciendo.

Siento una brisa fresca que me besa en las mejillas, un pequeño susurro que me dice: “Levanta, tienes una cita”, y cuando iba a dormir, recuerdo a mi amigo el joven jaguar, al tiempo que pienso: “qué suerte tengo”, la pizzería donde trabaja está justo a dos calles de este lugar.

Y no sé cómo consigo hacerlo, pero el caso es que me levanto y llego hasta el lugar de la cita, desde el que puedo ver el cartel luminoso de la pizzería, y decido caerme en ese lugar, busco en la mochila, saco el dibujo incompleto de los círculos concéntricos y dedico mis escasas fuerzas en acabarlo, localizo la hoja de papel donde está descrito mi último viaje con el compuesto químico, y apunto la dirección de la casa de mi amigo Hermest, a cincuenta kilómetros de la ciudad, tomando el desvío...

Doblo cuidadosamente todos los papeles y les doy seguridad introduciéndolos entre las protectoras páginas de un libro que sujeto en la mano.

La tarde se va, y me despido de ella siguiendo sus últimos vestigios rosados, como los dedillos de un bebé, que parecen decirme adiós desde la inmensidad.

Pienso en mi última profecía:

“Mañana, justo antes de anochecer, voy a encontrar lo que andaba buscando, todo camino llega a su fin.”

Y hoy es mañana, como mañana será mañana, como pasado mañana seguirá siendo mañana, y como ayer, también se confunde con ese “mañana”, todo es mañana, dejémoslo todo para entonces, porque ya no hay “aquí y ahora”, al menos para mí.

El tiempo se diluye, pero yo sigo en Babilonia, aunque veo abrirse invisibles unos muros de cristal que mantienen mi cuerpo ínfimo y oprimido a la vez, escucho unos pasos, alguien se ha detenido junto a mí, pero no me importa, y lo sabía, los muros se están haciendo añicos, y todo mi ser tiende hacia el vacío del otro lado, de alguna forma me despido, y mi amigo el jaguar, que está a mi lado, que ya tiene el libro en sus manos junto a los pequeños papeles con dibujos, escritos y direcciones, acepta con su llanto lo evidente:

Que yo ya he cumplido, y ahora es el momento de salir por el sumidero, de abandonar definitivamente esta Babilonia absurda, de la que ya no quiero ni hablar.

Veo al jaguar, veo a través de él, arriba el muro ya no existe y salgo al fin de mi celda, y sé que voy hacia un lugar en el que yo no importo como ente individual, yo cumplí con la tarea: enseñar, pasar el testigo para que otros destrocen estos muros que a todos nos aprisionan, quizá mi joven amigo, el jaguar a quien no podré acompañar en su viaje iniciático, quizá uno de sus hijos nacidos en libertad, quizá un amigo de uno de sus hijos, quizá todos ellos juntos, quizá mi amigo Hermest y sus locos colegas químicos y alquimistas.

Yo ya he cumplido, no he podido trascender pues no encontré esa diosa madre, con la que Crear una especie más evolucionada de homo sapiens, pero he transmitido mis conocimientos y no mueren conmigo.

Y como mencionó C.G. Jung, la verdadera valía de mis actos, pasará a una memoria de especie, que en lo sucesivo formará parte de la carga genética del homo sapiens, lo que él llamó “Anima Mundi”.

En la gran Babilonia podrás tener toda la información.

Miles de datos a tu disposición.

Pero mi búsqueda, queda como legado para quien no siendo un perro más, quiera descubrir la verdad y camine hacia los muros de Babilonia.

Para encontrar, hay que SABER BUSCAR.

## La antigua pastilla roja: un secreto bien guardado

Hasta aquí, el mito.

Todos ustedes habrán deducido que el surrealismo nunca fue del agrado de la lógica, y en definitiva, la veracidad de las historias es directamente proporcional a los datos aportados.

Una bonita historia: locura, apariciones, flipadas, drogas, personajes mitológicos, yo diría incluso arcanos, y además, un poco de desprecio hacia esos que vilipendian a todo el que busca.

Pues bien, ahora les dejo, me despido.

Sin embargo a ti, si quieres buscar y a pesar de todo lo dicho, quieres conocer los hechos, y estás viendo como todos marchan mofándose de mí, de esta historia disparatada y sin pies ni cabeza, y ahora que te quedaste solo, te dejo con mi amigo el jaguar, pues va a ser él quien te de todos los datos que quieras, por si te diera por mover el culo con el sacrificio que esto conlleva, y comenzaras a buscar esos mitológicos muros invisibles.

Te dejo con él, quizá haya aprendido algo.

Dijo alguien, que las casualidades sólo son la expresión de una matemática, que aún no conocemos.

Creemos ser el último eslabón en la cadena evolutiva, y tan sólo somos monos pensantes, que ya se creen el centro del universo, únicamente porque piensan, en lugar de seguir sus instintos como hacen el resto de especies “aceptadas”.

Casualidades:

Andaba yo terminando un curso muy importante para mí, este sería el primer impulso para seguir un mejor movimiento, un camino en la única dirección posible cuando buscas la verdad, hacia mí mismo.

Gracias a aquel curso, y tras unos años de lucha a puñetazos contra el destino, conseguí hacer lo que yo quería.

Pero todo se lo debo... bueno, quizá no sea ésta la palabra.

Todo comenzó, cuando el vagabundo se cruzó en mi vida y entro en la pizzería en la que por entonces, yo trabajaba.

La primera y última vez que hablé con él, me dejó un libro:

“La conspiración de Yavé”, de Javier Arnáiz.

Lo devoré en sólo dos días, en él hay datos de toda la teoría de la conspiración, de los gobiernos sionistas, de los archivos de Alejandría, de todo un saber ancestral que pasa de maestro a aprendiz, aunque en honor a la verdad, ningún maestro es más que un aprendiz, así como todo aprendiz es un maestro que posibilitará una esperanza, y la garantizará a las siguientes generaciones de psiconautas, o mejor dicho de buscadores de la verdad, es decir, de lob@s que no se conforman con su condición de perr@s.

En este libro, un vagabundo cumplía con su misión, al igual que mi maestro hizo conmigo.

Casualidades.

Pero a diferencia del libro, él no tuvo tiempo físico de hacer aquel viaje conmigo, en el que seguro me habría ido dando esos mismos datos, esas mismas fuentes, pero de un modo pausado, a un ritmo, en el que lo uno llevara a lo otro, hasta que fuera yo mismo quien dijera:

“Ahora estoy preparado, quiero esa pastilla roja, no vale con saber que todo es mentira, y aunque duela, aunque la verdad no sea sinónima de felicidad, yo aspiró a VERLA, por mí mismo”.

Pero ya digo, no hubo tiempo.

No comencé aquel viaje, nunca lo hice. Me quedé un tiempo en aquella ciudad, entablé amistad con Hermest, y no me hizo falta haber estudiado química como ellos, él puso a mi alcance los secretos, las fórmulas.

Más adelante, su grupo subversivo fue desmantelado por los servicios de inteligencia, mi nombre no apareció en la lista, así que conseguí salir indemne de aquello, no pudieron relacionarme con lo que ellos denominaron como grupo terrorista de contaminación del agua.

Yo sí encontré a mi propia diosa, la madre de mis hijos, a los que estamos criando lejos de los grandes núcleos urbanos, que son la principal trampa para todos aquellos que no buscan, y además, no estamos solos, muchos otros que huían, buscan desde aquí con nosotros, no somos una amenaza, porque aprendimos a



pasar desapercibidos, pero quien más y quien menos en este nuevo espacio de libertad que hemos ido creando, busca, conoce, encuentra y lo comparte.

Enmarqué el dibujo de mi amigo el vagabundo, me consta que fue lo último que hizo en vida, y ahí quedó para enseñar a quien quiera mirar con ojos nuevos, con esos que antes has limpiado de mierda, de esa que no te deja mirar de forma correcta.

En el centro mismo de ese pequeño universo a carboncillo, hay una imagen, un rostro atrapado ya por la muerte, la cara de mi amigo que en aquel instante, estaba viendo hacerse añicos todos los muros que le sujetaban, que le mantenían preso en lo que él llamó la Gran Babilonia, de su frente, un ojo sale por el hueco a través del muro esférico de cristal.

En el siguiente círculo, un universo mayor, pero con más ojos que escapan, con más perforaciones en la infranqueable barrera vidriosa e invisible, y así hasta que del mayor círculo, no quedaban sino pequeños fragmentos, que ya no pudieron contener y apresar a más buscadores, cuyos ojos, trascendieron los universos esféricos, añadiéndose a un gran ojo que todo lo mira desde fuera.

Este dibujo, se encontraba entre las páginas de “La Psicología del futuro”, de Stanislav Grof., junto con una pequeña descripción de su última ingesta en la casa de Hermest:

“La cuarta matriz perinatal básica, ahí está la clave. La secuencia correcta cumple la propiedad conmutativa, y así muerte-renacimiento, vale igual como tránsito nacimiento-muerte, dos estados en los que hay un punto de inflexión, y como consecuencia un gran trastorno emocional, y en la gran parte de los casos, pérdida completa del propio ego, “solve et coagula” o “disgrega y reúne”, y así (según la *opus alquimista*) pasada la fase *nigredo*, superada la integración de la siguiente fase *albedo*, llegamos al estadio en el que todos los opuestos se juntan, el plano del *sí mismo* adonde Dios es yo, y yo es demiurgo y creador.

Y todo está a la vista:

Morir y nacer, dolor y amor, hombre mujer, continuidad, cristalización, y trascendencia, un bello cristal, la esencia, a la que ya no pueden seguir esclavizando, pues evolucionó en un super yo.

Como en otras épocas tuvimos el santuario de Eleusis, y nuestra poción entonces se llamó: *kykeon*... ¿Dónde está Pala, estará en el sur?... ¡Quiero verte allí amigo, Aldous!”.

Je,je, mi maestro, hablaba en su propio idioma, pero te voy a dejar ciertas claves, como él hizo conmigo, para que si quieres, y le dedicas unos años de tu vida al estudio, llegues a la codiciada:

Pastilla roja.

Esa fórmula que lleva ahí junto al hombre, desde el principio de los tiempos, a la que sólo llegan los que buscan, los psiconautas, que son la esperanza de una nueva generación de seres humanos libres, son la esperanza que siempre luchó a la sombra, una misma película, que vida tras vida, siempre fue rodada con los mismos actores.

Porque quien *ha visto*, sabe que el tiempo, tan sólo es otro parámetro más con el que experimentar.

Ahí va el legado de mi maestro, él no me lo puso fácil, así que mira a ver qué obras de estos “personajes” tienen títulos sugerentes:

Albert Hofmann, Mariel Louis Von Franz, Carlos Castaneda, Abraham Maslow, Antonio Escobedo, José Carlos Aguirre, Lee Sannella, Carl Gustav Jung, Aldous Huxley, Sri Nisargadatta Maharaj, Fulcanelli, Krishnamurti...

Y tantos otros a los que ellos te llevarán.

Bienvenidos a Eleusis, donde lo irreal es “Matrix”.

¿Fin?

# **“Artículos y otros escritos”**



## El Nuevo orden Mundial y tú

Cada vez que camino por la “matriz”, veo gentes que se mueven de forma frenética.

Muchas de estas personas no saben, bien porque no quieren saberlo, bien porque nadie se lo ha contado, que la humanidad por completo está siendo sometida, manipulada y organizada, según los intereses de una minoría supra nacional. Una élite que más allá del parlamento, de la cámara del congreso, de la organización de naciones unidas, conduce al homo sapiens hacia un sistema de gobierno ya diseñado desde mucho tiempo atrás.

A mis treinta y ocho años, no puedo sino comparar, y me vienen a la memoria aquellos días en clase, cuando levantaba la mano y decía corrigiendo al profesor o profesora de turno:

“Perdón, pero eso (pongamos el ejemplo de la conquista romana de la Galia), es mentira”, “¿El qué es mentira, Miguel –me respondían de forma inquisitorial-, que César no conquistó a los bárbaros?”, “No –me defendía yo-, eso es innegable, lo incierto es que fueran bárbaros...”

Aquello casi siempre acababa con la misma imagen: yo, sentado frente al director, que me reprendía por ser tan... “contestatario”, decía él.

Y siguiendo con el tema, César no fue un gran estratega, sino un genocida. Exterminó a millones de niños, mujeres y por supuesto hombres, que lucharon contra sus legiones invasoras. Más tarde, los mercaderes romanos recorrían la Galia con sus carros, ofreciendo sus bagatelas a cambio de los abundantes bienes (productos, los llamaron ellos) de la recién civilizada tierra gala, que más tarde iban a parar a los mercados de Roma, adonde los pulcros y “honestos” comerciantes, obtenían beneficios astronómicos por dichos botines.

El pueblo romano, supongo que no sabría nada del exterminio de los bárbaros del norte, y por supuesto, los temería: “enemigos, peligrosos, locos sin civilizar... de los que hay que protegerse” les dirían sus gobernantes para justificar esas guerras.

Pero en aquella época, sí aprendí una cosa y es que la historia, se repite en ciclos y siempre lo hace de igual manera. Cambia la Galia por Irán o Irak, cambia a César por Bush u Obama, y sólo reajusta las cifras en cuanto a fechas.

Esta figura miserable, llamada Julio César, precedió a tantas otras, como: Napoleón, Hitler, Franco, Stalin...

Todos ellos financiaron sus conquistas (sus genocidios) con el dinero de unos personajes oscuros, que no gustan de aparecer en los libros de historia, y que no son más que los que ponen grandes sumas de dinero en las manos adecuadas según la parte de la historia que elijamos analizar, y que generaciones más tarde, bien ellos, bien sus descendientes directos, recuperan en forma de control total de los recursos de una región determinada (sus conquistas).

Según avanzó la historia, estas regiones fueron llamándose países, y sus gobernantes, siempre (salvo en contadas ocasiones, ¡qué las hay!), fueron del agrado de estos señores que no necesitaban del reconocimiento popular, dejándolo para sus títeres que gobiernan obedeciendo las órdenes de quiénes financiaron sus ascensos, y los pusieron ahí.

Recuerdo que en el patio del instituto, yo devoraba libros como “1.984”, de Orwell; “Un mundo feliz”, de Huxley; “El Nuevo Orden Mundial” de Wells, o “La rebelión de las masas” de Ortega, y siempre que los cerraba, marcando la página indicada para poder continuar con su lectura, volvía a caminar por la matriz y sentía pavor al comprobar como esa masa de “borregos adiestrados” de los que hablaban esas historias, comenzaba a ser palpable, real, y muchos de los que me rodeaban ya actuaban como los personajes de aquellos libros: indolentes, egoístas, conformistas y con el paso de los años, con menor capacidad para la crítica y mucho menos para la rebelión.

El mundo que me pintaron como “el futuro”, no era sino una trampa de la que escapar:

“Cásate, compra un piso, consigue un trabajo fijo y no protestes... ..Hijo, si tú discutes con tu jefe, hay otros trescientos que harán tu trabajo sin decir ni mú”.

Seguro que todo esto te suena, ¿verdad?

Bien... Terminé el instituto, y ya no tuve que discutir con profesores acerca de la veracidad de la historia. Pero aún me quedaba lo peor, enfrentarme con esa “masa” de la que Ortega habló en sus artículos a principios del siglo XX, y pasar desapercibido, dado que yo: ni era conformista, ni era dócil, ni era manejable.

Por otro lado y sin decantarme por la especialización (base de todo sistema maquinal), seguí “buscando” la verdad, y a cada paso que daba en la vida, comprendía que la mentira esta mucho más arraigada de lo que podía haber supuesto en un principio, hasta el punto en que tras muchos años de “no creer” en las versiones oficiales, y buscar por mi cuenta, lo único que sé, es que no sé casi nada...

Pero sí sé, que alguien me ha robado información, no sólo en cuanto a quiénes

mandan realmente en el mundo, o quiénes fueron asesinos, héroes, villanos, terroristas, enemigos o amigos, sino en lo más importante: no sé casi nada de mí, acerca de quién soy realmente, de dónde vengo, qué pasó con nuestra historia antes del periodo acordado como oficial (6.000 años A.C.).

¿Cómo no salen en las noticias, las traducciones de las tablillas sumerias por parte de Sutchim?, ¿cómo ningún temario oficial, incluye el mapa precolombino de Piri Reis?, ¿por qué no dicen abiertamente que no hay “eslabón perdido”?, ¿por qué no se admiten como válidas todas las medicinas alternativas?, ¿quizá sea por el monopolio ejercido por la industria farmacéutica?...

En definitiva, ¿por qué la ciencia y la historia, no hacen lo que todos y todas hacemos cuando comprobamos incoherencias, que es simplemente replantear las hipótesis y volver a investigar desde cero?...

¿Por qué?

Quizá el porqué sea evidente, y haya estado ahí ante nuestros ojos durante toda la historia, y sólo hasta nuestros días, y gracias al boom de Internet, podamos decirlo con rotundidad:

**Porque esa élite que mencioné antes, basa su fuerza en la ignorancia del rebaño que le nutre.**

Es decir, hace mucho tiempo que nos roban información o la cambian, por la más adecuada para sus planes, hoy día, los medios de comunicación masivos, repiten todos las mismas noticias, que a su vez, vienen de las mismas agencias de prensa, que a su vez son de...

¿De quiénes crees que son los medios de comunicación masiva?

La ignorancia de la mayor parte del planeta es su mayor logro, fruto de una ingeniería social planificada desde hace al menos dos siglos (te recomiendo que busques los inicios de la psiquiatría) La ignorancia, es en definitiva, la piedra angular en la que basan su supremacía como élite gobernante, constatada desde hace al menos dieciocho siglos, desde el apretón de manos de Clemente y Costantino (iglesia y estado), y la redacción de su primera versión oficial de la historia: la Biblia. ¿Tendría algo que ver la quema de la Biblioteca de Alejandría, donde se guardaban copia de todos los grandes libros escritos hasta esa fecha?, ¿tendría algo que ver la llegada de los templarios, siglos más tarde a Jerusalén, con el rescate de alguno de aquellos tomos escondidos de la quema y guardados a salvo en el templo de Salomón -el famoso tesoro templario, que jamás apareció-? ¿tendrá algo que ver este tesoro con las órdenes masónicas y su grado 33, llamado iluminatti, o iluminados, o conocedores del secreto? ¿tendrá algo que ver ese

secreto con el origen de nuestra especie, y con todo a lo que la ciencia tacha como “paranormal”?

Son preguntas que me sigo haciendo, quizá nunca deje de hacérmelas, pero a lo mejor si estos tipos no hubieran ocultado adrede toda esta información, podría empezar con otras más importantes, como:

¿para qué he venido? ¿cómo puedo evolucionar? ¿qué es la muerte?, ¿es sólo un cambio de ciclo?...

Y si no utilizaran el miedo, ¿temeríamos a la muerte?... Y entonces, ¿quién podría someternos?

El principal logro de esta élite en la sombra, ha sido confundir nuestra verdadera naturaleza, que nunca fue la competición, el egoísmo, la indolencia, la distinción entre lo masculino y lo femenino, la codicia, el clasismo, la jerarquización, la propiedad (todos y todas compartimos una sola casa), lo efímero (todos los seres humanos compartimos una memoria de especie, es decir, tenemos almacenadas en alguna parte de nuestro cerebro, reminiscencias de infinitas vidas en distintas épocas “C. G. Jung”)...

Bien, llegado a este punto, te preguntarás, ¿y qué?, ¿en qué me afecta a mí que sean estos quiénes mandan, o los que dice la tele: los políticos?

Te afecta en todo, porque si no lo sabes, estos personajes crueles que juegan a ser dioses, tienen un plan, o si lo prefieres, llevan siglos intentando llegar a un modelo perfecto de gobierno (perfecto para ellos, claro está), en el que ya no tengan que seguir en la sombra porque el resto les acepte como únicos amos y benefactores, en el que nadie pueda seguir la pista a otra cosa que no sea la “historia oficial” y políticamente correcta, que a ellos les gustaría dejar como única referencia.

En ese futuro próximo, todo rebelde a su sistema de esclavitud mundial, podrá ser identificado electrónicamente y por supuesto borrado, reciclado... o ¡vaya usted a saber qué!

Un sistema de gobierno “perfecto”, representado por una gran pirámide, en cuya base sustentando el resto del edificio, estamos tú y yo, en una u otra altura, pero siempre cerca de la base, justo encima de nosotros hay una gran “barrera” con ciertos privilegios de clase, pero con un solo objetivo: la represión de la masa. Antes de la cima piramidal, en posiciones elevadas, ya sabes quiénes se situarían, y ocupando la privilegiada cúspide estarían (¡están!) ellos, dominándonos, esclavizándonos y alimentándose de todo el resto de la población, que les lleva manteniendo y enriqueciendo durante siglos.



Curiosa coincidencia, que este mundo que todos tildamos de injusto y acabado, sea una fotocopia del sistema jerárquico de cualquier orden masónica en el mundo... ¿coincidencia?

Voy a citar una gran película, Network, de Sydney Lumet (1.976), para ilustrar este “mundo perfecto”, al que pretender llevarnos. Entre paréntesis, mis anotaciones:

“**Un mundo perfecto, en el que no habrá guerras** (un único ejército), **no habrá hambre** (la población fijada como ideal es de tan sólo quinientos millones de personas en todo el mundo), **presión, ni brutalidad** (Después del diezmo: guerras, chemtrails, pandemias, etc... Toda la población, estaría ya perfectamente controlada)... **Tan sólo habría una vasta y ecuménica compañía asociada** (una sola nación, algo que ya comenzamos a conocer con la UE), **en la que todos los hombres** (fíjate, dice “hombres” no seres humanos, o personas, no. Siempre usan mal el lenguaje, pero lo hacen a propósito, masculino: hombres, autoridad, separado del femenino: personas, palabra que nos aúna a toda la raza humana), **trabajarán por el beneficio común** (cada uno ocupando su hueco en esa gran máquina piramidal, sirviendo a su cúspide: una máquina perfecta para gente como por ejemplo: David Rockefeller, la familia Rothchild, la familia Bush... o para los más cercanos: Emilio Botín, Luis de Rivero, hermanas Koplowitz, Florentino Pérez, etc.), **en la que se les cubrirán todas las necesidades** (que coincidirán, con las ofertas coyunturales del mercado que les suministra, tanto de productos, como de necesidad de ellos, vía T.V.), **se les moderarán todas las ansiedades** (los psicópatas psiquiatras saben que se inventan enfermedades en razón a la gama de productos para “lobotomizar” más aún al personal, fabricados por la santísima industria farmacéutica)... **y les divertirán para que no se aburran.**”

¿No te suena eso a lo que yo llamo “la matriz”?...

La matriz, es la esclavitud aceptada como libertad, el mundo de robots que no se enteran o no quieren enterarse de todo esto que te estoy contando, y que hoy en día ya no es fruto de mi imaginación conspiranoide, sino de la prueba irrefutable de miles de millones de evidencias que puedes cotejar tú mismo o tú misma en internet.

Sydney Lumet dejó este aviso en forma de película en 1976, H.G. Wells, lo hizo a su modo en forma de libro en 1939, y podría seguir profundizando en la historia, pero este no es el medio, y tampoco el caso.

Yo estoy hablando de tu relación y de la mía con ese Nuevo Orden Mundial, ese sistema de auténtica locura, de enajenación mental de no sé qué grado, esa aberración para todos los que sentimos amor por los nuestros y odio a los que nos impiden realizarnos. Te estoy hablando de que ese es el futuro que han programado para ti, para mí, y para todos los nuestros. Y quiero que te implique desde la información.

Pero ahora sí, ahora tú dirás: “bien Miguel, y ¿qué podemos hacer para detenerles?”.

En mi opinión, no es una revolución armada, todas fracasaron. Tampoco lo es de tomar la calle, que siempre ayuda, pero de un tiempo a esta parte, ¿no te has fijado en el incremento desproporcionado de las fuerzas del estado?...Para el nuevo orden mundial, su ejército para reprimir a la población interior, es la policía.

Creo que hay avances, lo quieras o no, las macro-vacunaciones anunciadas por la OMS, han sido paralizadas por la unión de millones de personas, que hemos sacado a la luz el negociete del señor Rumsfeld y compañía, y de hecho, no deja de ser un logro, que diputados europeos, hayan denunciado a la OMS y a la farmacéutica Baxter.

Pero más allá de ese número de webs, blogs, foros, etc, que crecen exponencialmente y que señalan a los verdaderos causantes de: hambre, crisis, guerras, enfermedades, explotación de GEA, desinformación o lo que es lo mismo: lobotomización de la media poblacional, más allá de toda esa gente (mi saludo a toda la gente que lucha por sacar a la luz toda la verdad), que parece haberse dado cuenta de ese futuro inmediato al que nos quieren hacer llegar esta élite, su Nuevo Orden Mundial, más allá de todo esto, yo creo que una revolución, quitándole su primera “R”, puede llevarnos al éxito en esta pugna, que no deja de ser una lucha, por mucho que estemos hablando de Amor.

El poder basa su fuerza en la falta de voluntad de un pueblo, dicho con otras palabras, **el poder sólo puede controlar al que acepta ser gobernado.**

La evolución se puede ver de dos formas distintas: como individuo y como especie.

Ninguna especie evoluciona, si no comienzan a hacerlo sus individuos, si no rechazan “unilateralmente” ser gobernados (ya sé, que te chocará con las parrafadas tan bien aprendidas que Darwin dejó como regalo en esa “ciencia oficial”).

El primer paso en la evolución de la especie, es tu propia evolución.

Una vez que decides gobernarte a ti mismo, o a ti misma, debes replantearte mucho de lo que llamas necesidades, has de ser capaz de posponer las menos básicas a tu voluntad, que te dice a cada paso, que el premio no es otro, que tomar tus elecciones con plena libertad.

Esto no conduce a la felicidad, ¡hay que decirlo!, pero hay una recompensa infinitamente mayor, que es el conocimiento de ese YO. Algo, que todas las

religiones, todos los estados, siempre han intentado evitar por todos los medios. Quien se gobierna a sí mismo, y no acepta autoridad ajena, tiene una ardua tarea, que es la de conciliar a su Ying con su Yang, si lo prefieres, su lado femenino con su lado masculino, o si te gusta más, su lado racional con su parte pasional. En definitiva, como decía Castaneda, su *tonal* con su *nagual*.

El premio: SER.

Aparte, comienzas a saber que además de lo bueno y de lo bello, todos los males del mundo están también dentro de ti, todo lo malo que juzgamos del resto, pervive también en nosotros, pero muchas veces comenzamos supuestas revoluciones, denuncias contra este u aquel, levantamos la voz en favor de lo que creemos justo, y resulta que en un momento de presión podríamos llegar a ser el mismísimo demonio.

Si realizamos juicios ajenos, deberíamos empezar por nosotras o nosotros mismos...

¿Cuántas veces pasó esto?, muchas revoluciones acabaron con los tiranos, y se sustituye a un iluminado por otro y al final, siempre vuelve la dictadura: la política, la del hambre, la del miedo, o la nuestra: la de la imbecilidad.

Es decir, tras la revolución, no avanzamos nada como especie, y la culpa, la sigue teniendo el individuo, que en la lucha contra la injusticia, justifica los medios empleados por el erróneo fin de que todo cambie a mejor, sin que los “revolucionarios”, hayan cambiado primero ellos mismos.

Y es que la historia se repite, sólo tienes que leerla utilizando fuentes distintas.

Podríamos disfrutar de un mundo sin élites, sin dinero, podríamos abastecernos con energías libres, podríamos hacer tantas y tantas cosas como especie...

Pero la evolución comienza frente a tu espejo, y frente al mío, y frente al de mi compañera, o la tuya, o el tuyo...

Y la pregunta que debemos hacerle es:

¿Podremos compartir esta tierra y sus recursos?, ¿estamos preparados para reconocer nuestras diferencias y compartir nuestras vidas, nuestras energías, nuestros sueños?

¿Hemos aprendido a combinar nuestras dos realidades?

Mi respuesta es un SÍ rotundo; pero yo, ya llevo años enfrentándome a mis

demonios (de hecho, no paro de hacerlo), dejándolos tras el espejo y aceptando que la única revolución válida es la mía personal, si yo limo mis bajezas, supero mis miedos, y sufro cada vez que lo hace el mundo: ya lo estoy cambiando.

La justicia triunfará cuando estemos preparados y preparadas para ello, si los asesinos que ostentan el poder siguen sin ser arrestados y encarcelados, es porque esos a los que dominan, prefieren juzgar a juzgarse ellas y ellos mismos, tan sólo para conservar esa sensación irreal llamada seguridad, y así, se permiten, “pequeñas bajezas” para no afrontar el “gran paso”: **intentar no volver a repetir el mismo error, sin culpar al resto de sus propios fracasos.**

Hay muchas formas de salir de la matriz, muchos pueblos que se caen, y que nadie levanta, hay muchas formas de agruparse y vivir en comunidades autogestionadas, incluso sin salir de la ciudad, lo importante es volver a conectarse físicamente con el resto, co-crear, con más gente. Pero parece que el mundo está tras del ordenador y que sólo podemos luchar desde su pantalla, y no es así.

No vale con decir “no al Nuevo Orden Mundial”, hay que proponer alternativas, jugar a CREAR un nuevo mundo, siga o no la élite, en esa cúspide de la pirámide.

La democracia es un sistema válido, pero la HORIZONTAL, en la que el poder emana de abajo a arriba, nunca a la inversa, los sistemas anarquista, llamados de “comunales”, suponen una organización local, racional y equilibrada, por eso ni siquiera se enseña en las escuelas, simplemente dicen: utopía y lo tachan de sus temarios y te lo roban, dejandonos con una opción menos, con una esperanza menos.

Para que éste sistema capitalista autoritario y deshumanizado caiga, debemos además, no participar de ninguna forma en su juego: boicotear a los bancos, no poner un solo euro en ninguno de los planes de pensiones, fondos, etc, que aportan dinero para que siga este sistema, y así la máquina siga devastándolo todo. Sacar nuestro dinero del banco sea mucho o poco, negarnos a entrar en la esclavización de las diez horas de trabajo, tan sólo para pagar nuestra mísera porción de suelo, utilizar nuestra voz para denunciar a quienes ya sabemos culpables, no podemos permitirnos que la gente de a pie, siga sin enterarse que Zapatero es un “mandao”, al igual que Rajoy.

Debemos luchar simplemente negándonos a ser gobernados y gobernadas, auto-proclamándonos estados soberanos e independientes cada uno de nosotros. Con todas sus consecuencias, ¡claro!

Si lo hacemos de la forma correcta, es decir, tú en lo tuyo y yo en lo mío, sin trampa, ni cartón, conscientes del trato: “compartir y respetar”, no habrá iluminado que vuelva a jugar al ajedrez con nosotros, con la vida de los nuestros.

Podemos acabar con Iluminati, con estos banqueros y empresarios que ocupan la cúspide de la pirámide, con su FMI, con su club Bilderberg; ¿Pero estamos dispuestos como individuos a COMPARTIR?...

¿Te has planteado alguna vez, en qué consiste compartir?

Hasta que tú no lo tengas clarísimo, ellos, seguirán gobernándote.

Tú, tienes que cambiar el mundo, tu mundo.

Entonces, todos y todas habremos vencido esta batalla, y el homo sapiens, habrá aprendido algo básico para evolucionar como especie: Vivir en armonía.

Esa es la única revolución, que yo veo factible: la tuya y la mía, primero sin “R” y contra nuestros propios demonios, más tarde...

Ya veremos., si hará falta ponerle ese “R” delante.

*“Más conocimiento, más compartición, ese es el camino, se llama EVOLUCIÓN”.*



## Amén

# La caída de la gran Babilón

## I. EL APOCALIPSIS

Malos tiempos estos que vivimos.

Nunca hice caso a los agoreros, ni fui de los que se preocupan por las profecías y todos los supuestos finales que algunos escribieron para el mundo. Jamás creí en la historia oficial, porque desde pequeño aprendí que si quieres saber debes preguntar, no basta con asimilar. Siempre intuí que había algo más que el cuerpo que tanta guerra y tantas alegrías nos da, y como además soy medio insomne, he tenido muchas noches para reafirmarme en dicha intuición.

Voy aprendiendo y descubro que no tengo ni la más remota idea de a qué vine, o a dónde iré; pero dichas cuestiones siguen ocupándome mucho tiempo. Y entre tanto, voy descubriendo que el observar (que precisamente es el anatema de esta Babilonia en la que nos movemos), es el inicio de todo aprendizaje.

Son malos tiempos estos que vivimos, “¡y peor que se van a poner!”, que dicen los ancianos que tienen todo el tiempo del mundo para observar, y con lo que ya vieron, poco les queda de optimismo.

Una vez dicho ésto, no querría que me confundieras con un adivino, con un profeta o con un flipado más, sino que tú mism@ entiendas que el ciclo se repite y que sí, que ahora que crecí, y que aprendí, sé, ¡me consta!, que todo esto es una lucha interna, que vamos a tener que llevar a cabo tod@s los que sabemos de la existencia de ese muro invisible que aprisiona a millones de robots, y que además conocemos la realidad de la trampa de esta fría Babilonia, de este sistema globalmente corrupto que todos y todas sabemos: queremos cambiar.

Se acerca el final, la farsa llega a su fin.

Y ahora, ya no vale aquello que yo mismo cantaba: “apaga la tele...¡Despierta!”, ya hemos llegado al punto sin retorno, ¡Señores, señoras, el sistema se cae!, y no hay más que leer entre las líneas de todo lo que está sucediendo hoy día.

He cantado “esclavos levantaos”, he escrito sobre la revolución sin su primera

“r”, pero uno aprende, porque eso es la vida, y veo que al sistema, a esos que lo manejan, les interesa que estalle una revolución, pero con su R bien gorda y bien sangrienta (como siempre fue).

Llegado a este punto en el gran escenario global, con una crisis definitiva, que no es más que otro reordenamiento cíclico, por el que ya hemos pasado muchas veces... ¿Qué sucederá?. Los planes de siempre: después de la crisis llega la mano de hierro, la que excusa que policía y ejército dejen de proteger y se dediquen a sofocar, a controlar, a cumplir unas órdenes que muchos de ellos se negarán a cumplir, pero, y jesta es la realidad que se nos viene encima!, siempre habrá otros que sí lo harán.

Los políticos no van a arreglar nada, porque precisamente son los mamporreros. Ellos permiten que estos seres que creen gobernar el mundo como si éste fuera un gran tablero de ajedrez, lo estén sodomizando a su gusto, o como diría un amiguete “¡Que nos estén dando a todos por el culo!”.

Estados Unidos caerá matando, como todos los imperios que le precedieron; de hecho, ya lo está haciendo. Europa entera, está empezando a notar que aquello de que “somos europeos” fue una gran estafa, y China, comienza a apartar al resto y quedarse con lo que vinieron a buscar hace tiempo ya.

Por otra parte, bien es cierto que gracias a Internet, el muro se va quebrando y por sus grietas, van saliendo las verdades que tanto tiempo permanecieron escondidas. Pero no deja de ser una realidad que las mentiras, la desinformación y los charlatanes, te lo ponen muy difícil si quieres distinguir la aguja de la paja.

¿No te fijaste que “nadie” detiene a grupos como el mío: RIX, a medios como el proyecto matriz, a tantos y tantos blogs con muchísimos visitantes?

¿Por qué? De hecho, se está permitiendo que las grietas se hagan más y más grandes. ¿Con qué propósito?

Yo reflexiono sobre el tema y pienso que podría haber varias causas:

-Ni siquiera significamos un grano en su culo. Podría ser, aunque pensemos que tenemos muchos seguidores, visitantes, fans...

-Somos muchos ya, demasiados... Ésto, al menos yo: no me lo creo.

-O es que “alguien” está diciendo: “déjales, déjales, y entre tanto, sacamos esta información y esta otra para que la verdad, vuelva a descender a los sótanos de tanto maestro, de tanto iniciado, de tanto gurú y de tanto listo”.



Hemos leído... ¡Yo escribí sobre ello!, que los planes de esta élite corrupta, es llevar a la humanidad hacia el famoso Nuevo Orden Mundial (NOM). A tod@s nos vienen imágenes, párrafos enteros de libros, de películas, 1984 y el gran hermano que a todos controla, un mundo feliz y esa sociedad de clones predestinados y condicionados al nacer.

Quien más y quien menos, se imaginó el NOM como algo futurista, un mundo gris y mecanizado, con una raza humana controlada mediante un chip, etc etc...

Pero hemos cometido el error de pensar en la ciencia ficción...

¡Yo, el primero!

Y no, el nuevo orden mundial, no va a ser más que la mano de hierro global: dictadura allá dónde vayas, pero no hará falta esperar al 2.012, no... este 2.011, ya podremos ir notando que de “nuevo” nada, que es lo de siempre:

No hay más trabajo que el que hay, es decir: sobráis tantos mil.

¿Cómo lo hacemos?

Pues muy fácil, militarizando vuestras vidas, reventando los estados para que lleguen los salvadores patrios, que ahora, bien enseñados, rendirán todos cuentas ante una sola gran nación...¿lejos?, ¿ciencia ficción?

Ya está pasando, y me canso de leer posts, noticias, artículos, que hablan del gran despertar de toda la raza humana, de un nuevo sistema más justo... Mensajes que llenan de esperanza a todo el que los lee (o eso intentan. ¿Lo harán de buena fe, o por el contrario, será todo parte del plan: que permanezcamos pasivos ante la que se nos viene encima?..)

No soy adivino, pero sí observo y saco mis propias conclusiones, y no veo que “la luz esté triunfando sobre la oscuridad”, a decir verdad, cada vez lo veo todo más negro...

Babilonia, poblada por millones de robots que no quieren despertar, está abocada a un reordenamiento demográfico, y el robot sólo despierta de un modo, cuando lo desconectan de la máquina y ya no es útil dentro de la cadena de producción.

Bien, en España, oficialmente ya tenemos cinco millones de parados despiertos por el antiguo método de “toma una hostia en la cara y levántate ya, que la cosa está jodía”, ¿y ahora qué?, en unos meses, tendremos seis millones (diga lo que diga la tele, el gobierno o el gobernador del banco de Babilonia), y así hasta los estallidos y revueltas sociales, calcados a los ya vividos por ejemplo en Grecia.

Las revueltas de Egipto, Túnez, etc...

Lo de siempre, ya lo anunció Henry Kissinger: parte del plan. Más tarde, pondrán nuevos y más convenientes títeres.

Pero y de Islandia, ¿verdad, que nadie habla de ello?

Somos mucha gente despierta, queremos justicia, gritamos en la calle pidiéndola, exigiéndola, y discutimos entre nosotros: “yo soy del FPJ frente popular de judea”, “yo del FJP frente judáico popular”, “hijo de puta”, “cabrón”... (¿recordáis la maravillosa peli de Monthy Phyton, “La vida de Brian”? Pues eso, lo mismo de siempre).

Y los iluminados, y los que quieran obedecer sus órdenes (que serán muchos, al menos ellos no estarán en paro), se descojonarán de la “resistencia al NOM”, y al final de todo, la gente de “bien”, pedirá a gritos que alguien ponga paz... “orden” en el caos que se avecina:

Falta de abastecimientos básicos en las tiendas babilónicas

Millones de parados sin subsidio que tendrán que comer (robar) lo que sea

Millones de trabajadores que cada día aceptarán más rebajas en sus condiciones de trabajo, esos mismos que tendrán que proteger su comida y ahorros de los ojos que les escrutarán desde las calles, dentro de no mucho.

Entre tanto, lo de siempre, más viejo que el TBO:

“Primero los españoles”. Y comenzará: “la caza al invasor”.

En este orden en el que ya estamos, nos acaban de subir el I.V.A. sin que nadie salga a la calle a decir: ¡basta! Nos la colaron con lo de las jubilaciones, ahora a los 67 años (ni que decir tiene, que el beneficiario principal será el sistema bancario: planes de pensiones privadas, y los tantos mil millones de euros, que volverán a recibir del estado gracias al “ahorro” de esos dos añitos más que habremos de trabajar los “peones”).

Pero... ¡No se vayan todavía, que aún hay más!

El gobierno está retirando armas a miles de cazadores (yo vivo en zona rural y sé de lo que hablo). Ese que en su vida se preocupó de que “algo iba mal” y “despertó” viendo Zeitgeist! dirá: “la luz se está imponiendo, estamos en el buen camino: ¡menos armas!”.

Pero claro, despertó viendo una película, no haciendo uso de su lado crítico, lógico y racional... ¡Se lo dieron todo hecho!

Y se le escapa que todo tiene un porqué, y que si le quitan las armas al pueblo, es que se avecinan revueltas, y estos que mandan desde sus despachos lo saben, porque así lo han decidido y pretenden minimizar riesgos.

Los estigmatizados controladores aéreos ya lo están padeciendo. Primero los demonizamos ante la masa, y mediante un decretazo, militarizaron el espacio aéreo CIVIL. Los controladores, los demonios, los “insensatos” (como les llamaron en los medios “oficiales”), han sido sacrificados en las plazas públicas y todos veremos con buenos ojos la llegada de los sistemas informáticos de control aéreo... ¿No estamos tan despiertos?, ¿nadie sumó dos más dos con las últimas privatizaciones, la de AENA, por ejemplo?.

Y así sumamos y seguimos.

Y ahora llegan los videntes y vendemotos a buen precio y te dicen:

“Todo llega, calma, el universo es más complejo de lo que tú... bla bla bla... medita , rodéate de mucha luz y aporta un donativo” (mínimo 50 eurazos).

Llegado a este punto, y a sabiendas de que puede que estés pensando “este tal Miguel, viene ahora con su pesimismo y su oscuridad a meterse con los guerreros de la luz”. He de advertirte que nada más lejos de mi intención.

Si te parece, retomemos dos conceptos:

A) Buscar la aguja entre tanta paja.

B) Aquéllos y aquéllas que despertaron viendo una película, y proclaman verdades que no han contrastado, es decir: lo mismo de siempre: creyentes que repiten dogmas.



## II. EL JUICIO FINAL

¡Pues sí!

Señores y señoras, en lo colectivo hemos llegado al juicio final.

Y lo digo yo, que como antes dejé bien claro, siempre estuve al margen de augurios, profecías y destinos ya escritos.

Es evidente que el sistema hace aguas, que éste no encuentra nuevos caminos para seguir en vigor. La tierra (nuestra casa: la de todos los seres que la habitamos), agoniza gracias a TOD@S NOSOTR@S. No sólo ha sido devorada por ese uno por ciento que domina al resto.

La actual población en el mundo es, a todas luces, un disparate... Algunos dicen: “tranquilos, cuando caiga el sistema, habrá recursos para todos”, y meditan en el futuro, diseñan ciudades basadas en la energía libre y hacen conferencias alrededor del mundo cobrando miles de euros de caché por cada una de ellas.

Nos hemos acostumbrado a que alguien venga a una sala de reuniones con un proyector de video, hable y hable sobre los planes de la élite y el control que ésta ejerce sobre todos los ciudadanos de la gran Babilonia, al tiempo que va lanzando disparates, mentiras entre verdades incontestables, y al finalizar la conferencia, mucha gente se acerca al tipo en cuestión, al nuevo “mesías” para pedirle una firma, una dedicatoria, una esperanza. Una vez que termina el evento, nadie ve cómo en la soledad, el mismo tipo revisa su cuenta corriente llena de ceros de los que valen, de esos que están a la derecha. Total precio conferencia: cincuenta, ochenta, cien eurazos.

¿El despertar es cosa de la clase media alta, o de la alta baja?

Porque al menos yo (y es una pena, pero es así), no conozco mucha gente que tenga la posibilidad de gastar ese dinero en escuchar la misma charla que puede ver gratis en su casa a través de Internet.

Pero dejémonos de poner a parir a los falsos guerreros de la luz.

Porque no sé si tú ya caíste en la cuenta de que una cosa es el juicio final en lo colectivo, que no deja de ser lo de siempre: otro final de ciclo, la caída del último imperio, la vuelta al caos, y en última instancia el nuevo (viejíssimo) orden mundial para volver a poner las cosas en su sitio... Y otra muy distinta nuestro juicio final

interno, que esperamos sea dentro de muchos años, ya viejos, postrados en la cama, languideciendo mientras nos despedimos de esta vida, a la espera de que todas nuestras experiencias pasen ante nuestros ojos como el bello epílogo a la existencia... Y ¡zas!, al infierno, al paraíso o al olvido dependiendo de lo que cada cuál crea.

Y así nos va...

¡Claro!, despertamos viendo Zeitgeist, nos merecemos un mundo mejor, éste, es injusto, pero nosotros sólo nos haremos ese juicio interno al verle las orejas a la de siempre: a la muerte.

Y entre tanto, meditaremos, dejaremos la mente en blanco durante media hora al día, buscaremos la unión con el todo, colaboraremos con las nobles causas mediante las ONG`s pertinentes, compraremos nuestras orgonitas, compraremos nuestra camiseta de Nikola Tesla, aunque no tengamos ni pajolera idea de física (¿para qué estudiarla y entender aquello que ya nos explican otros?), y seremos parte del cosmos, o mejor aún: seremos maestros o maestras y nos dedicaremos a hablar como si la verdad fuera nuestro patrimonio exclusivo.

Eso sí, como alguien nos saque de nuestro trance para decirnos “oye, que hay que construir ese mundo del que hablas, que obras son amores”, le responderemos “¿quién eres tú para meterte en mi camino?, ¿por qué no me dejas en paz con mis ejercicios espirituales?”, o mejor aún: “tienes que dejar atrás toda esa oscuridad, en el amor está el camino”.

Y ojo, que no estoy diciendo que no meditemos; Podemos (y debemos hacerlo), podemos dejar la mente en blanco, podemos analizarnos, podemos hacer... ¡tantas cosas que no hacemos, o hacemos mall. De hecho, es cierto aquello de que el AMOR es el camino.

¿Pero en qué estamos errando?

El mundo es una inmensa conjunción de distintas individualidades, de realidades que reflejan el interior de cada uno de sus habitantes, que co-crean todos juntos la realidad colectiva.

Sí, pero hay unos que mandan sobre el resto y nos oprimen, nos mantienen en la ignorancia y nos enfrentan entre nosotros (que dirá alguno para quitarse el muerto de encima...).

Ejemplos:

Pepe, al tiempo que se queja porque éste o aquél no responde un mail que para él

es importante, olvida responder a Luis que le preguntó hace tiempo ya, por algo también importante para él, y así, si Pepe pensara, se daría cuenta de que el mundo, no puede cambiarlo otro sino PEPE...

Responde primero tú, ¡so gañán!

Más ejemplos:

Ana, le dice a su pareja:

- Antonio, eres un necio, has dejado que lo nuestro se vaya a la mierda, me voy a separar de ti.
- Pero Ana, ¿qué te sucede? –el silencio, dilata la tensión entre ambos, él, que no quiere perderla y añade:- es cierto que apenas nos vemos, pero es debido a que paso doce horas al día trabajando.
- Precisamente por eso, Antonio, nos hemos convertido en dos desconocidos.
- Había que hacer frente a unos gastos, no puedo dejar de trabajar de la noche a la mañana...

Antonio, que no tiene mucha memoria, no se acordará del día que firmó el contrato con esa empresa que ahora le explota, y no lo hará porque se ha acostumbrado a no hacerlo, no recordará que antes de rubricarlo, se encontraba pesadoso, en su fuero interno ya sabía el resultado de aquella firma, una voz le había dicho “¿y Ana?, no tendrás tiempo para verla”, pero él, hizo lo que “tenía que hacer”, lo que le enseñaron a hacer: des-oír esa voz interna.

Cuando Ana forme parte de su pasado, podrá justificarse en “¿y qué quería, que viviéramos del aire?”, o podrá aprender de su error, que no fue otro que el de no escuchar esa voz que a todos nos habla.

Ana, por su parte, tampoco recordará la cenita que preparó aquella noche cuando ambos celebraron el nuevo y flamante contrato indefinido de su pareja.

Ejemplos hay mil; pero todos hemos cometido ese error: meditar, sí, primero en nuestros actos y en sus consecuencias y más tarde, enjuiciando nuestras acciones, llegar a la paz que todos buscamos.

Pero es que ése es el PECADO ORIGINAL por el que todos estamos pagando en esta vida, viviendo en el mundo que nos merecemos, construido a imagen y semejanza nuestra.

Porque todo esto, no es más que una lección que venimos a aprender:

Si juzgas, serás juzgado.

Si no respondes los mails, harán lo mismo contigo.

Si no piensas en los que te rodean, ellos tampoco pensarán en ti.

Si te dejas guiar por la ira, jamás llegará el amor.

Si das, recibirás.

Si no das:

Te comerás una gran mierda, una bien gorda, marrón, humeante y pastosa.

“CULPABLE”, a todos se nos llena la boca con esta palabra, pero casi nadie se la aplica. Muy pocos tienen la entereza de juzgarse a sí mismos.

Y son estas ¿pocas? personas, quienes tienen el deber de enseñar (de educar) a todos a buscar esa bendita voz.

Evidentemente a este sistema en el que vivimos, no le interesa que nadie escuche esa voz interna. Pero insisto: el mundo lo creamos entre todos, y el primero que dejó de oírla fuiste TÚ. Fui Yo. Fuimos tod@s nosotr@s.

Hemos de recuperar la CONCIENCIA.

Porque todo este tinglao del nuevo orden, de los iluminatis, de los bilderbergs, de los grados 33, de estos lagartacos (como diría un gran amigo mío), no es más que un reflejo, una macro-proyección, de todas las bajas pasiones que no podemos dejar atrás cada uno en lo individual.

Empiezo a saber algunas cosas.

Y últimamente he vuelto a profundizar en la teología, y ¿sabes?

Hay muchas enseñanzas en los libros sagrados, no vale con quemarlos como ellos hicieron antes con muchos otros (y te lo dice alguien que ha cantado, canta y seguirá cantando: “Ni Dios, ni rey, ni amo”).



Re-leo esas partes que a tod@s nos han sonado a burla: el Génesis, con Adán y Eva siendo tentados por la serpiente.

¿Queréis seguir a la sopa boba aquí en jardín del Edén?, ¿o por el contrario, vais a comer el fruto prohibido, ese que os dará la libertad?... No tendréis que seguir sometidos a la voluntad de vuestro creador.

Y claro, ningún ser humano que se precie, podría decir que no a dicho ofrecimiento.

Pero al terminar de leer, pienso:

¡Qué idiota fui!

Aquello no está escrito para que lo creamos a pies juntillas, sino para que

Nos valga como advertencia

Tú, que vives en la comodidad de Babilonia, ¿de veras quieres ser libre?

Y todos mordemos de la fruta prohibida, le damos un bocado del copón; pero claro, luego vienen los llantos y las lágrimas de siempre.

“¿Por qué lo hice?”

Porque eso de ser libre, eso tan bonito de querer un mundo más justo, es responsabilidad tuya y ¿cómo no?: Mía.

Ahora sé que no hay más libertad que en el AQUÍ y en el AHORA.

Es ese eterno presente, el único espacio propicio para entablar diálogo con esa voz de la conciencia, intuición, Dios, o como quieras llamarla.

El futuro y el pasado, no nos traen más que quiméricas posibilidades, fantasmas, miedos, frenos, y a quién más y a quién menos, se nos pasa por alto ese CARPE DIEM, en el que aconsejados por esa voz, iríamos enjuiciando CADA UNA de nuestras acciones, para ejercer con respeto y dignidad ese concepto de libertad, tan carente de esencia hoy día.

Viviendo en ese JUICIO INTERNO veremos como tenemos una RESPONSABILIDAD para con el resto, que no es otra que CONOCERNOS a nosotr@s mism@s.

Lo que no quiero para mí, tampoco se lo deseo a nadie.

Sólo así, comenzaremos nuestro camino hacia la impecabilidad, y veremos crecer la PACIENCIA (que jugando con las palabras, sería exactamente la ciencia de la paz), y ésta, nos enseñará que los actos y las palabras, han de ser parejos.

Lo justo, es tender a ello.

Lo injusto, es hacer lo que en tu fuero interno sabes que está mal.

Pero las enseñanzas continúan:

“Bienaventurados los JUSTOS porque suyo será el reino de los cielos”

Y ésto, no es ninguna tontería.

“Y aquellos que trafican y roban tanto que adornan sus ciudades, sus moradas, sus posesiones y sus personas, me encarnizaré contra sus pecados. Del mismo modo que la mujer capaz y buena detesta a la cortesana, así se irritaba la justicia contra la injusticia cuando ésta se adornaba.” (Apócrifo. Apocalipsis de Esdrás).

### III. LA CAIDA, EL ASCENSO... O LA MUERTE

¡Mira!, creas o no en Dios, Alá, Jehová, o cómo quieras llamarle, hay algo evidente ya que estás leyendo este artículo:

Queremos un mundo justo. Y pensamos que no depende de nosotros.

Tomamos cartas en el asunto y comenzamos nuestro propio apocalipsis, porque en el fondo, si lo lees sacando la esencia, se trata de un proceso interno.

La destrucción de lo corrupto... La ira de Dios hacia sus hijos pecadores.

Y que comience la función, echen cuentas de cuándo llegará, ¿en el 2.012?, ¿en el 2.013?...

Se acerca el final (CAMBIO) del ciclo en lo colectivo, y creo estar en lo cierto si te digo que el resultado de ese juicio, será positivo: JUSTO si muchos de nosotros comenzamos YA a examinar con regularidad nuestra conciencia; o será negativo: INJUSTO (el famoso NOM), si seguimos mereciendo esta miseria que nos rodea, porque seamos precisamente nosotros los primeros en corrompernos, al no escuchar la voz de "Dios", o de nuestra intuición, o de la conciencia.

En lo individual, ¿pues qué contarte?

Que lo quiera o no, llegará el día en que muera, y si no es ninguno de aquellos dioses de los que acabo de hablar, seré yo mismo el que pida cuentas, será esa conciencia que examinará nuestro paso por esta vida, y de su resultado dependerá el cielo el infierno o el olvido que me toque después.

Y el olvido es tan fácil como pasar al otro lado dormido, balando, robotizado y programado como esos que todos hemos visto por las calles de la gran Babilonia, sin brillo en los ojos, con ideas insertadas... Esclavos sedados de vidas calcadas y opiniones siempre aprendidas.

Podría darse el caso, ¿el utópico resultado?... De que todo esto de la crisis, del NOM, de la desfachatez de los gobernantes, del esperpento de los medios de comunicación, etc, sirviera para unir a las personas y que al final venciera la justicia, porque ya nadie estuviera dispuesto a seguir en un mundo injusto.

Habría comenzado una especie de movimiento ciudadano que se transmitiría no mediante el dichoso discurso, sino por el ejemplo de miles, de millones, de cientos de millones, que al ver cómo alguno de sus amigos, vecinos, familiares, habla de

todo esto, se lo aplica y comienza a aplicar la JUSTICIA, primero con él mismo o ella misma.

Podría darse el caso de que el ser humano despierto, comprendiera que eso de que todos somos uno, y cada uno somos Dios, y que nuestros actos, nuestras acciones, nuestra energía, todo, está conectado con TODO... Y una vez alcanzada la justicia, nos dedicáramos TOD@S (no sólo aquéllos que lo puedan pagar), a desarrollar nuestro inmenso potencial como seres humanos.

Y es que es tan sencillo como obvio...

Porque estos que mandan: los tipejos de la cúspide de la pirámide y sus lameculos políticos y demás esperpentos, van a dejar de gobernar el mundo, cuando una gran mayoría de seres humanos merezcamos nuestro propio cielo, ése que más nos guste a cada cuál.

Y los que sigan sin querer hacerse preguntas, morirán: serán olvidados hasta por sus propias conciencias. Se irán derechitos al limbo.

Y los que a sabiendas de sus malos actos, sigan cometiéndolos, tendrán su propio infierno, mal karma, o como te de la gana llamarlo. Y sufrirán su propia condena.

Y los que aun cometiendo errores a lo largo de toda su vida, sigan aprendiendo de cada uno de ellos y pongan cada una de sus acciones en tela de juicio, tendrán su propio paraíso.

Pero digo yo,

¿Para qué esperar a morirnos?

AMÉN.

## Crisis

*A todo el que sabe que crisis, es sinónimo de cambio, de principio: de vida.*

Hace ya que sonó el despertador. “¿Para qué lo pongo?”, piensa Nacho volviendo a perderse entre las sábanas, ocultándose del mundo bajo ellas. En su sueño, no había dolor, ni soledad, sólo gentes y conversaciones distintas; no había miedo.

El despertador volvió a recordarle que según parámetros de antaño, era hora de levantarse; pero él se resistía a dejar la protección de aquel mar en calma, donde cada noche encontraba una isla de paz en sus sueños, quería seguir navegando ajeno al mundo real, lejos de ruido que ya se colaba a través de las rendijas de su ventana, no encontraba fuerzas para poner los pies en tierra.

Intentó fútilmente, volver a su sueño; pero la aplastante realidad cotidiana no se lo iba a permitir, y lo peor de todo es que él lo sabía perfectamente. “No se puede luchar contra la realidad”, pensó mientras rompía el bello hechizo del sueño de manera definitiva quitándose las sábanas de encima, hasta quedar sentado en la cama. La mirada perdida, los ojos fijos en la ventana y sus pequeños puntos luminosos, paralelos, alineados y brillantes, y el sonido de abajo: de la calle, comenzó a resonar en el interior de su cabeza. Los pies descalzos en el frío suelo, una especie de tortura complaciente que él mismo se autoinflingía. Los coches, el tránsito, la gente que debía estar pasando en tropel por la puerta de su casa, bajo su ventana: ese tapiz de pequeños soles alineados que acariciaban su cara. “Tengo que hacer algo”, resonó su voz interior, que era de lo poco que no había perdido de un tiempo a esa parte; por el contrario, si algo había ganado con aquella “crisis”, era sin duda haber recuperado esa voz, que en ese momento tenía más tiempo para comunicarse con él, con su único interlocutor posible. “Nachó, levanta la persiana de una vez”, dictó aquella voz, y él al fin despertó y como si las prisas hubieran vuelto a instalarse en su vida, en un abrir y cerrar de ojos, más por el frío en los pies que por el dictamen de su conciencia, se calzó las zapatillas, abrigó su cuerpo desnudo con un chandal y se dirigió a la ventana, tiró de la cinta de la persiana acabando con los puntitos luminosos que le habían atrapado y la abrió de par en par.

El fresco de la mañana le hizo sentir un escalofrío de vida, muy distinto al escalofrío de terror que sintió no hacía mucho, cuando descubrió que su mujer ya no estaba, que al fin había cumplido con sus eternas amenazas: “Nachó, si sigues así, te vas a quedar solo”, retumbaba en su interior la voz lejana y pretérita de Ana, de su fantasma, pues ella, había desaparecido de su vida, de su casa, de la ciudad, del mundo.

Nacho estaba solo; ¿pero es que alguna vez había dejado de estarlo?

El hombre que se asomaba por la ventana del tercer piso, no miraba a la calle, no miraba al cielo, no reaccionaba. Parecía estar buscando dentro de sí una razón para no arrojarse al vacío. Eso debió pensar un transeúnte que gritó en repetidas ocasiones, hasta que Nacho reaccionó a sus gritos:

- “Sí, el del chandal, no le ven... ¡parece que quiere tirarse!”.

- “Tranquilo jefe, sólo estaba tomando el fresco”.

Y la ventana se cerró: “Joder, ni asomarme por la ventana puedo... ¡Qué me voy a tirar ni qué carajo!... imbécil”, pensó Nacho al cerrar la ventana y se fue al baño a lavarse la cara sin dejar de dialogar consigo mismo. Lo hacía en voz alta, al tiempo que iba aseándose.

Bien, ¿y qué hago?

Podría seguir mandando currículums...

¡Para qué!

Debería ir a visitar a mi madre...

¡Pufffl... ¡No me apetece una mierda!

Joder, ¡pues algo hay que hacer!

En ese momento sonó el timbre de la puerta, tardó en reaccionar, pero el que llamaba debía ser insistente porque repitió la operación unas cuantas veces. Cuando Nacho abrió tuvo que protestar ante aquella insistencia:

- Oiga, que no hace falta fundir el timbre –el que llamaba, ajeno al propietario de aquel piso, actuó como un autómatas siguiendo las consignas de sus superiores.

- Le traigo un burofax, tiene que firmar aquí.

- ¿Y si no quiero? –protestó.

- Tiene que firmar aquí –repitió el otro sin inmutarse. Nacho, pensó que sólo si accedía, podría librarse de aquel desagradable sujeto frente a su puerta. Sin leer lo que firmaba, de sobra sabía él de qué se trataba, rubricó aquel papel, que el otro recogió como un tesoro, guardándolo en una especie de bolsa de viaje que llevaba

colgada de su hombro izquierdo, le entregó una copia del documento y al fin, se despidió-... ¡Qué tenga un buen día!

- ¡Váyase a la mierda! –protestó al cerrar la puerta, por supuesto el autómatas no replicó ante aquella invitación, y no lo hizo, porque haciendo el trabajo que hacía estaba acostumbrado a cosas peores.

Nacho se fue directo a la cocina, buscó en un armario vacío y se fijó en la pila

rebosante de platos, vasos y cubiertos, todos sin fregar. Y sin pensarlo mucho, abrió el grifo y aclaró uno de los vasos, lo llenó de agua y lo metió en el microondas para calentarlos. Volvió a buscar en otro armario y al fin dio con lo que andaba buscando, una bolsita de té, que sujetó con la mano como si de un péndulo se tratara, volvió a perder su mirada, esta vez en el rítmico movimiento de la bolsita. La voz de su interior, volvió a hacerse oír:

Ni siquiera lo leas, ya sabes lo que pone.

¡Qué hijos de puta!, cuando había pasta, era Don Ignacio...

Pero eso del “Don”, sólo importa cuando crees la farsa.

Todo es mentira, ¿y si todo fuera un sueño?

Pero Nachete, de sobra sabes que no es así... ¡Tenemos que hacer algo, amigo!

Sí... -el microondas sonó sacándole de aquella especie de trance- ...¿Pero qué?

En ese momento se fijó que el péndulo que sujetaba en su mano, sin que ésta pudiera estar moviéndolo, repetía una y otra vez un movimiento que automáticamente llamó su atención por “imposible”. La bolsita se movía en la dirección de la puerta. Nacho, no se paró a preguntarse por la aparente imposibilidad física de aquel movimiento, ya que inmediatamente lo tradujo como una señal. Y en su cabeza volvió a sonar aquella voz que se había convertido en su única compañía en aquellos horribles últimos días... “Vámonos a la calle”, “está claro”.

Pues sí –contestó Nacho en voz alta, sin pensar demasiado en la coherencia de todo aquello.

No tardó demasiado en tomar el té, tampoco tenía nada para acompañarlo, así que al rato ya se encontraba inmerso en el tumulto de abajo.

La gente caminaba con unas prisas que él ya no entendía, quizá porque su vida se

había parado hasta el punto en el que ahora estaba. En contraste con el resto, él caminaba despacio, fijándose en los rostros de sus semejantes, que aquella mañana veía como extraños, como los extraños seres vegetales que se apoderaban de los cuerpos humanos en aquella peli de los setenta: “La invasión de los ultracuerpos”. Pensaba en Donald Sutherland, su protagonista, que intentaba pasar desapercibido entre los silenciosos invasores que uno a uno, habían logrado usurpar todos los cuerpos de una población entera.

Y era extraño, porque no sentía afinidad con la gente que le pasaba a ambos lados.

Lo hacían sin sentido, sin respeto, sin detenerse, sin saludar, sin un ápice de humanidad, todos ellos y todas ellas, caminaban como aquel cartero que había llamado a su puerta, sus ojos clavados en el frente, sus movimientos, completamente adecuados, rectos, seguros, con la seguridad que da el saberse dentro de la máquina, con el automatismo propio de quienes tienen una función adecuada y remunerada que realizar. Todo lo contrario a él, que caminaba sin saber hacia dónde y que ya no tenía que cumplir ninguna función, pues ahora, fuera de la gran máquina a la que había rendido pleitesía durante casi toda su vida, había perdido su rumbo, su mujer, su trabajo y esa misma mañana también su piso. “Deshaucio”, pensaba en el burofax que no había leído, pero no lo hacía aterrado, ya había tenido tiempo suficiente para asumir la situación. Caminaba sin dejar de hacerlo, hasta que sin saber cómo había llegado exactamente allí, se vio ante una de esas máquinas que funcionan al introducir un billete y dejan que pases a través de ellas. Estaba en las puertas del metro, y sin mirar si había algún vigilante alrededor suyo, saltó y siguió escaleras abajo, se situó en el andén y poco después llegó el tren, que abrió sus puertas expulsando una oleada de autómatas, que dejaron sitio para otra tanda, que rápidamente ocupó el espacio libre. Nacho no corrió, no empujó por ningún asiento, no pugnó, simplemente y sin saber muy bien el por qué, se subió a ese vehículo que tras un estridente pitido, volvió a cerrar sus obedientes puertas y se puso en marcha de nuevo ¿hacia dónde?, “qué importa”, pensó él.

Los televisores emitían ruidos absurdos, que la gente escuchaba idiotizada, el vagón seguía su camino y Nacho recordó el metro que había conocido siendo más joven, no mucho atrás, quizá veinte años. Entonces, la gente leía, otros hablaban entre sí, por supuesto no había tanta gente, y aunque los asientos no fueran tan “ergonómicos”, no había televisores que dictaran sus mensajes en aquellos momentos, antaño de paz. Decidió bajarse de aquel tren. “Ni siquiera aquí me dejan en paz”, pensó al tiempo que sintió unas irreflexibles ganas de apagar esas malditas teles, y antes de que el vagón volviera a detenerse en otra estación sin nombre, anduvo buscando el interruptor de uno de aquellos artefactos de plasma, pero sin demasiada suerte, hasta que escuchó:

- “¿Pero qué hace usted?”



- “Apagar este cacharro” y justo cuando el tren detuvo su maquinal avance, tiró con fuerza de un cable situado en la parte posterior de aquella horrible pantalla, desconectándola antes de salir del vagón.

- “¡Vándalos!”, protestó una voz que inmediatamente quedó en el pasado. Nacho, subió las escaleras y volvió a salir a la calle, sin saber, ¡ni falta que le hacía!, dónde estaba.

Una vez fuera, volvió a caminar, pero en aquel lugar no había tanta gente, pensó que había llegado a las afueras de aquella gran ciudad en que la llevaba viviendo, estudiando y trabajando desde hacía casi cuarenta años.

“Y sin embargo, no la conozco”, pensó al descubrir aquellas calles completamente nuevas para él.

Llegó a un parque, uno de esos cuadrículados y asépticos, adonde todo tenía un orden, árboles que ocupaban el espacio justo, todos alineados, bancos pulcramente incómodos, senderos debidamente pavimentados, e incluso un inútil carril bici, que no cruzaba la ciudad, sino que llegaba de una punta del parque a otra, por supuesto sin salirse de su protección, “zona permitida para el ocio”, pensó fijándose en uno de esos lugares para que los perros caguen agusto.

Unos metros más adelante, un cartel que prohibía llevar a mascotas sueltas.

Arriba, el sol se lo ponía fácil, era una mañana de primavera con una temperatura espléndida, y no entendía que aquel lugar estuviera tan solitario como era el caso. No había nadie allí, hasta que al fin en uno de aquellos bancos horribles e incómodos, distinguió la silueta de un hombre, que por su aspecto, tampoco tenía mucho que hacer, o demasiados lugares a los que ir. Se dirigió hacia él.

Una vez llegó al banco, tuvo la extraña sensación de que el personaje allí sentado, le estaba esperando. Se trataba de un vagabundo leyendo un periódico desvinculado, que comentaba en voz alta noticia tras noticia. Permaneció inmóvil frente a él durante un tiempo indefinido, hasta que éste, le invitó a unirse a él:

- Pero siéntate, no me mires con esa cara.

- ¿Le conozco?

- No sé, ¿tú qué crees?

- Buenos días, me llamo Nacho –y al fin se sentó junto al extraño vagabundo.

- Yo no tengo nombre, pero puedes llamarme como prefieras.

- ¿Cómo que no tiene nombre?... –el viejo, pues por su aspecto sobrepasaba los sesenta años, no dijo nada, se limitó a esperar...- se llamará de algún modo...

- ¿Cómo quieres que me llame? –preguntó sin dejar de mirar a los ojos de su interlocutor, hasta que súbitamente buscó de nuevo entre las páginas del diario para comentar otra noticia, esta vez a Nacho:- Mira ésta es buena...

“El gobierno saca adelante sus nuevas medidas anticrisis. La seguridad social tendrá para el próximo ejercicio un superávit del treinta por ciento”.

- A mí –comenzó a decir Nacho, la situación le sobrepasaba-...ya no me interesa todo eso, yo estoy fuera, lo he perdido todo.

- ¿Cómo que no te interesa? –protesó el viejo-, escucha, escucha –y leyó textualmente otro titular: “Oleada de suicidios en el país” –el vagabundo se atascó debido a la risa, pareciera que estuviera riéndose del mundo entero-... Voy a buscar más, seguro que en alguna de economía pone: “El banquero patatín, presidente del banco corporación macro, supra, mega nacional –decía enfatizando cada una de las palabras-... llamado x, presenta las cuentas de su banco con un beneficio menor al esperado de tropecientos chorrillonos de euros... -miró al joven, al ver que éste no se reía, cambió el tono y volvió a ponerse serio-... Verás como si continúo por el periódico, encuentro esa noticia –y se puso a buscar-.

- Yo le decía que a mí todo eso, ya, ni me va ni me viene, lo he perdido todo.

- Por eso –dijo el vagabundo sin levantar sus ojos de aquellos papeles desordenados-... ¡Aquí está! –y le arrojó el periódico a su interlocutor-... ¿Nacho? –preguntó el viejo para asegurarse, el joven asintió sin decir nada-... No tenemos nada, ¿qué has perdido?

- Casa, coche, trabajo, mujer, toda una vida.

- Pues hazle caso al periódico –el joven se extrañó, no lo había entendido-...¡Qué te suicides!, ¡acaba ya!, ¡No tengo nada! –y se puso en pie ante la sorpresa de Nacho-, ¡Por mi culpa!, lo he perdido todo por mi culpa, mi vida no vale nada!

- No le entiendo.

- ¡Tutéame joder! –protestó el viejo cabreado-, pero no ves que hay un plan para quitarse de en medio a la gente como tú.

- Oiga, que usted no sabe nada de mi vida –Nacho comenzó a ofenderse con aquel extraño, que se había entrometido en su vida-.

- Oye, que yo ya estaba sentado en el banco cuando tú llegaste, puedes seguir tu camino y ¡santas pascuas!, pero si me escuchas, quizá aprendas algo... ¡Decide! –y el viejo sin nombre se entregó a un profundo silencio, mientras Nacho, confuso, tuvo tiempo suficiente para salir de su ensimismamiento y concederle algo que sí tenía “tiempo”-.

- Venga, hable.. perdón, es que no sé tu nombre, así no te puedo tutear...

- Ramón, llámame así, ¡qué mas da!

- Pues venga Ramón, cuéntame.

- Mira, no es por meterme contigo amigo mío, pero eres el resultado de tu propio tiempo, pero la pregunta es, lo eres como consecuencia, o es este tiempo como es, por la suma de muchos individuos que como tú, están en la misma situación. Me explico, lo que leía antes, lo recuerdas –el joven asintió-, el gobierno va a subir la edad de jubilación, ahora que es cuando menos trabajo hay ¿te parece lógico?

- Hijos de puta, ¿sabes lo que gana uno del gobierno?

- Un pastón, para lo que hacen y además de por vida; pero no nos desviemos, da igual el político que elijas, una vez en el gobierno hace lo contrario que haría alguien justo, pero sigamos... Sube la edad de jubilación, suben el número de años cotizados, es decir esclavizados, para acceder a una pensión digna, el patatín encantado porque dentro de no mucho, la gente como eras tú hace poco, irá a pedir un plan de pensiones a cualquiera de las oficinas de su banco, y él, podrá exigirle al gobierno ahora que van a ahorrar en la seguridad social, una cantidad bastante jugosa al estado para garantizar los nuevos fondos, y el presidente de este país, sea cual sea su color, va a decir que sí, y así cada vez menos seguirán teniendo coche, casa, trabajo mujer, una vida ¿era así no?

- No te rías de mí, para ti es más fácil, tú vives en la calle.

- ¿Y tú, dónde vives? –el joven cayó en la cuenta de la estupidez que acababa de decir... en la puta calle, entonces te decía: puedes darte cuenta de que eres una víctima, o por el contrario agradecerle a Dios, sea quién sea para ti, que te haya sacado de ese estúpido tan confortable en el que estabas, que no dejaba de ser un sueño porque estás viviendo la vida de muchos y muchas otras, no la que te hubiera apetecido vivir a ti. Pero no digas nada, ¡espera!, estábamos en que el banco sigue pillando dinero del estado. ¿Cómo?, asegurándoles la vida a sus compinches políticos mediante sueldos, cargos, leyes, trampas, y apretándoles bien los cojones para que ninguno de sus decretos vulneren las leyes del santo mercado, que al final es quien gobierna a los países, quienes dicen “Nacho, perdiste, a la puta calle”, quienes no dejan que todo esto cambie y dejen de ganar

estos cabrones que a poco que mires, ya se les ven las intenciones desde que las piensan.

- Si fuera que ganasen mucho dinero, pero asegurasen el trabajo a la gente...

- Pero tú quieres seguir trabajando ocho horas al día.

- Diez –le corrigió de inmediato-, y mínimo hora y media entre que vas y vienes y come fuera y tu mujer que no la conoces y que quiere un niño para que nos unamos más porque nos estamos distanciando...

- ¡Ves!, ese no es tu problema, es el del mundo, eso le pasa a muchísima gente hoy día, oleada de suicidios, lo hemos perdido todo, se lo ha llevado el banco... no paro de verlo, ¿te crees especial?, ¿piensas que Dios va a escuchar tus plegarias?, ¿Dios va a escuchar todas las plegarias iguales de Nacho, de Juancho, de Gordanchó?... Dios está en otras o ni está, ¿y si no está?, ¿y si nadie te ayuda?, ¡Lo perdí todo!, ¡me suicido!

- ¿Y qué hago?, ¿me vengo a vivir a la calle contigo?

- ¿Y a mí?, ¿qué más me da?, eso deberías preguntártelo a ti mismo, pero rápido porque me acabas de decir que has perdido el piso. También puedes encerrarte en él a llorar, hasta que vengan a echarte a patadas, lo puedes pintar, ensuciar, destrozarlo, para que cuando lo subasten hayan tenido que reformarlo, más trabajo, ya hiciste más que el gobierno. Puedes jugar a la lotería, gastarte lo poco que te quede en el casino, en el bingo, da igual, después suicidio, o llevarte por delante a varios, que paguen los demás mis culpas, las del gobierno, las del propio sistema, las del banquero patatín.

- Lo de suicidarme, no lo contemplo.

- Empezamos bien, porque ahora que nada tienes, si conservas las ganas de tirar palante, es que vamos bien, entonces no me equivoqué contigo, porque hay otros a los que se lo digo y me miran como si fuera yo el culpable, o creen que me estoy riendo de ellos y la emprenden conmigo, o directamente se tiran al primer coche que pasa, pero veo que tú puedes haber vivido un sueño confortable durante un tiempo, pero al menos al despertar quieres seguir en el juego, y eso está bien, deberías alegrarte de que la vida, la santa existencia, te haya dado esta nueva oportunidad de comenzar de cero. Los comienzos, si no son desde cero, empiezan mal, y si un comienzo comienza mal, ¡tú me dirás!

- Bien Ramón, pero en serio, ¿tú qué harías?, porque tengo una madre, podría recurrir a ella, no nos llevamos muy bien, no lo soportaría, trabajo no hay, empezar desde cero, ¿haciendo qué?, y si me voy a otra ciudad, llevo toda la vida

aquí, apesta esta ciudad, hace mucho frío y mucho calor, no hay término medio, quiero paz... ¿sabes?, quiero paz, quiero pensar, no quiero volver a trabajar durante años con esa sensación de hastío, de dejadez, de saber que lo que haces no vale para nada, de comprender este mundo injusto y aceptar que no puedes hacer nada para cambiarlo, no quiero volver a las noches frente a la televisión y unos idiotas riéndose de otras idiotas, necesito sentir aquello que no sentí, no quiero seguir viendo películas para que otros sientan por mí, preferiría morirme a que me devolvieran la vida que he perdido...-Y ahí, Nacho entendió que había “entendido” algo, y se calló-.

- ¿Sabes?... Te ha tocado la lotería, el resto, esos que engrosan las listas de suicidio, de desahuciados, de parados, de afectados, esos que siguen buscando trabajos inexistentes, o cada vez más humillantes, esos que siguen intentando quedar bien con el banco y pagan y pagan y pagan y trabajan y callan, y no protestan porque al menos tienen un trozo de pan y están mejor que la mayoría, todos esos, son puro holograma, robots, almas huecas, víctimas que nadie llorará, cifras en la historia, ¿reales?, ¿vivieron?... Ni lo sé ni me importa un carajo, yo sólo sé lo que sé, y es que hay gente que sí lo pilla y tras la hostia que la vida le pega, despierta; y hay muchos otros, que se empeñan en repetir los errores en tropezarse los unos con los otros, morderse por el pan, pisarse por el puesto, callarse por el miedo, seguir por seguir, vivir sin vivir... ¿entiendes?

- Creo que sí.

- ¡Claro que me entiendes!, por eso seguimos hablando, porque la gente amigo mío, no habla sino después de un juicio. Me explico, el mayor triunfo del banquero patatín, no es haber dado un golpe de estado en toda regla, sino que los robots que sustentan su máquina de hacer dinero, no se comuniquen más que entre los de su condición, rango, jerarquía, profesión, clase social... La mayor bofetada que se le puede dar al sistema es buscar fuera de él, saltarte sus designios, la tele dice: “los vagabundos aumentan”, “crece la inseguridad en la calle”, “cada vez más robos en supermercados”, ahora tú llegas al parque y al perderlo todo, te sientas junto a un vagabundo con el que jamás hubieras compartido una sola palabra.

- Hombre...

- No te excuses, es así, pero te has sentado a mi lado, se ha producido la magia, lo inesperado, lo que hace saltar las alarmas del sistema, ¿pero dónde están esas alarmas? —y se le quedó mirando fijamente, haciendo un largo silencio que aprovechó para echarle un trago a un cartón de vino, que compartió con Nacho. El joven lo rechazó en un principio, pero ante un segundo gesto, limpió el cartón y bebió, fue entonces cuando el viejo prosiguió:—¿Dónde está la alarma que le dice al sistema “atención una oveja que quiere salirse del redil”?

- ¿Qué alarma?, no la hay.

- Sí, las palabras que seguro te dijeron tu madre o tu padre, “un buen trabajo” “una buena mujer”, una...

- Una buena vida –le siguió Nacho.

- Lo que ellos querían... ¡Perdón!, ni siquiera lo querían ellos, es lo que aprendieron a querer, una vida confortable, sin sobresaltos, decente, limpia honrada, una vida de domingos por la tarde y visitita con café, una existencia anodina por la que pasar bostezando, con dolor de barriga por que llenaste el ojo antes que la tripa, con dolor de cabeza constante por el estrés del trabajo, con la preocupación añadida de no perder lo poquito que tienes “tuyo” –dijo remarcando esa palabra-, una vida asustado por el temor a que te quiten, que te roben, que te maten, que te secuestren, que te atropellen, que te violen, que te...jodan. Pero nadie tiene miedo a que le esclavicen, a que le engañen, a que le usen, a que no viva, a que no sienta a que no ría y lllore con sus propias historias... Nadie tiene miedo a lo que realmente acojona, y lo que a mí me aterra es vivir de esa forma, y tú a cabas de decir que antes muerto que vivir otra vez lo mismo... Nacho, si es que esa vida es un rollo, es un coñazo, es lo que la madre que no sabe nada del mundo quiere para su hijo, para seguir protegiéndole de la forma equivocada que ha aprendido, de una generación de madres que no sabían hacerse valer y que a su vez, aprendieron a no tener ni voz ni voto y amén. Perpetuando eso que da de comer a tantos patatines, señorines, machistines y demás esperpentos que ganan con los deshaucios, las colas del paro, las bajadas de las pensiones del resto, etcétera... ¿para qué seguir?, si ya la viste, ya te diste cuenta de que empiezas a vivir, ahora bien ¿miedo a qué?, ¿a morir?, ya has estado muerto, dormido, ¡despertaste cabrón!, ahora ¿miedo a qué?, ¿miedo a vivir?

- La culpa es mía, yo también hice la vista gorda, sabía que mi jefe es un ladrón, mi mujer era una extraña que no sabía nada de mí, he dejado que me compren por dinero, horas extraordinarias con el vago propósito de ganarme el favor de los superiores, para así ascender por ese escalafón de sabandijas, el banquero o el presidente son culpa mía, yo he votado, yo he tenido un seguro en el banco, un dinero que ellos han utilizado para invertir en países del tercer mundo, para seguir explotándolos, yo he mantenido la farsa, el sistema, he sido su pilar, me he tragado todos los programas imbéciles, he visto todos las finales del mundial, comprado todas las chorradas que he podido, y no he podido ser feliz, porque en el fondo siempre he tenido la sensación de que todo eso estaba mal, que este mundo de señores patatines, políticos corruptos, guerras por petróleo, cambio climático, siempre me he preguntado si no podría ser un poco más justo.

- ¿Dónde están las alarmas?, están dentro de ti, con que tú digas “no quiero”, tu mundo se modifica y genera otra realidad, si aceptas, asumes la que hay.

- Podría irme de la ciudad –Ahora Nacho parecía hablar consigo mismo y el vagabundo le dejó hacer sin interrumpirle-.... En mi piso tengo algunos trastos que vender, podría sacar unos euros para pagarme un viaje adonde fuera y una vez allí...-se quedó pensativo-.

- Vivir –Ramón, tomó la palabra-, y aprender de los errores, no acumular más que lo necesario, ya comprenderás que hay cosas valiosas que conservar, pero verás que no son materiales, y comenzarás a mirarte al espejo gustándote, y conocerás otras historias de otros que como tú, pueden contarlas y no la pasan sentados viéndolas por televisión, y quizá encuentres el amor y lo compartas, y lo mismo descubres algún don que no conocías de ti mismo, y quién sabe, lo mismo cambies el mundo.

- Mi mundo.

- ¡Qué tengas mucha suerte, hermano! –el viejo se levantó, recogió sus cosas echándolas a un carrito de la compra y comenzó a desaparecer mientras el parque empezó a llenarse de gente.

- ¿Sabrán ellos que están dormidos? –se preguntó Nacho en voz alta, y se dio cuenta de que su extraño amigo ya se iba de allí sin que él le hubiera dicho:- ... ¡Oye Ramón! ¡gracias!.

Ese mismo día, volvió a pasar por su piso, esta vez acompañado de un hombre que regentaba una tienda junto al portal, en su cartel ponía “mercadillo de segundamano”, al rato, Nacho y él cerraron el trato con un apretón de manos y mientras el antiguo propietario de aquella especie de celda de sesenta metros cuadrados, pintarrajeaba las paredes con pintura roja, un par de jóvenes iban vaciando aquel lugar de todo lo útil, de los trastos que aún tenían valor. Al caer la tarde, Nacho miraba por última vez por la ventana de su cuarto, ahora vacío como el resto de la vivienda, sentado en el suelo pensó en las miles de discusiones, de frustraciones, de malos tragos que allí había vivido, hasta que sintió unas ganas irrefrenables de huir de allí, se levantó, abrió todas las ventanas de para en par, y contempló las paredes redecoradas aquel mismo día y antes de salir, pintó algo más, una frase muy simple “aquí y ahora. El resto es una ilusión, una trampa. Carpe diem”, dejó la puerta abierta, tiró la llave por el vano de la escalera y salió de allí como alma que se lleva el diablo.

Poco después llegó al puerto de su ciudad, colocó su mochila en el suelo y se recostó sobre ella contemplando el ir y venir de los cargueros.

No había amanecido aún cuando un hombre de rasgos latinos le despertó:

- Necesitamos gente para el “Machu Pichu”–se refería a un enorme carguero

anclado frente a ambos-, se habla en español y en inglés ¿le interesa?

- Hablo tres idiomas, no hay problema. ¿A dónde van? –contestó Nacho despertando aún de su sueño, con el frío metido hasta los huesos.

- La primera escala es en Brasil –al verle temblar de frío, añadió-... Allá hace calorcito compadre –y tendió su mano ayudándole a incorporarse.

- Buen lugar, me llamo Nacho.

- Alfonso, para servirle.

- ¿Sabes Alfonso?...

- ¿Qué onda?

- Soy rico –ambos caminaban hacia el barco, Nacho iba detrás a pocos metros de su amigo, éste, al escucharle se detuvo y se giró hacia él, comenzó a reírse y le echó el brazo encima del hombro.

- ¡A hñevo compadre!, los que siempre se quedan –dijo mirando la ciudad que dejaban atrás-, jamás podrán entender esa pinche verdad porque son muy pobres.

Cuando el sol salió por fin, el muelle seguía igual de frío, los barcos seguía yendo y viniendo, pero el Machu Pichu, ya había zarpado sin dejar ni rastro de aquel que lo había perdido todo.

En la popa del carguero, Nacho y su nuevo amigo, saludaban al sol de la mañana cuando la ciudad comenzó a ser un recuerdo.

- ¿Vas a añorar aquel lugar?

- Aquí y ahora, no –contestó Nacho dando media vuelta-, quizá lo haga mañana, pero hoy: no.

- ¡Pinche sabio cabrón!



## El arte en la gran Babilonia

Jugando con las palabras, llegas a verdades incotestables. Te das de bruces con ellas.

Y así descubro que el frío, esa falta de calor a la que alude este extraño personaje, me lleva a otro concepto, que sin comerlo ni beberlo, toca mi fibra de manera directa: como un puñetazo en la cara, así de contundente.

“El arte en Babilonia”, o si jugamos con estas simples letras y las juntamos de otro modo, además de poner una “h”, que en definitiva es una letra que no suena, “muda” que dicen por ahí...quedaría:

“Helarte en Babilonia”.

Curioso paralelismo, puesto que al comenzar con esta reflexión, le daba vueltas en la cabeza al tema de los conciertos, al de los libros, de todo lo que me rodea y sobre lo cuál, construyo mi vida fuera de la “Matriz”y no sabía muy bien cómo hablarte precisamente de eso: del “arte” (con minúsculas) aquí, en este mundo frío, si te sucede lo que a nuestro amigo el vagabundo de la historia, y notas esa absoluta falta de calor, de hermandad, de principios que hay en esta gran Babilonia por la que tod@s deambulamos. Verás que el arte que la gran máquina produce, edita, transmite, no es más que “Frío”, más de lo mismo, estrecheces para un intelecto cada vez más pequeño, originalidad que paradójicamente posee unos estándares, de los que no te puedes salir...

¡Claro!, si pretendes vivir del arte para perros, “vivir del cuento”, que decían nuestros abuelos

“El arte como distracción”, ¡pasen y vean nuestras ofertas en sección discos y libros!, no importa la calidad, sino la forma, la presentación, la belleza (ficticia por supuesto) de sus supuest@s creadores/as. Discos con patrones musicales clonados de los grandes éxitos, garantes de una gran cantidad de ventas. Libros... ¡lean!, no dejen de hacerlo, ¡cultura babilónica!... ¡lean!, pero sólo tendrán nuestros mejores, los más oportunos y pertinentes *best sellers*... es decir, por si no lo habías pillado “grandes ventas”... ¿y qué cuentan?, ¿algo valioso?... sí, mira, este se mete con iluminati, este otro habla de los Incas, mira, mira, este de allí, cuenta el genocidio nazi, ¡hostias!, este se mete con el mismísimo papa... perdone señorita, ¿hay alguno por este estante que me ayude a reflexionar?... no lo sé señor, yo no puedo leerlos todos, son muchos; pero si lo que busca son “grandes genios de la literatura”, tenemos una sección en los sótanos, adonde puede que encuentre

alguno de esos autores que por regla general murieron en la miseria más absoluta... señorita... ¿qué caballero?... ¿hay alguna librería de las de toda la vida por aquí cerca?... que yo sepa, sólo estamos nosotros... (siempre dicen “nosotros”, ¡cómo si la empresa fuera suya, cómo si esas empresas no fueran de los mismos que tienen todas las empresas!)

Al final, siempre me pasa lo mismo, salgo maldiciendo ese rimbombante nombre: “la casa del libro”, ¡qué poca vergüenza!, pienso al tiempo que maldigo Babilonia y su cultura de perros amaestrados.

“El arte como alienación”, ¡sea su propio maestro!, ¡la felicidad en diez minutos!, ¡de cómo relacionarse! (ladrando, ¡sí está claro joder!)... perdone señorita... ¿usted de nuevo? (mientras piensa “pero ¿no se había ido ya este tío raro?”)... ¿tienen algo que me pueda ayudar a ser uno más? (me mira de forma extraña, está bien enseñada), sí (responde y reconfigura su cara ... otra sonrisa robótica) en la sección “autorealización”... ¿está usted bien?, me dice al comprobar que no me muevo en esa dirección, sino que sonrío de forma extraña...

Un día me dio por aullar en uno de estos sitios, la señorita (como es lógico), llamó a los de seguridad, a los perros guardianes de la gran Babilonia... ¡qué cosas!, pensé mientras aullaba con más y más fuerza, huyendo de estos seres similarmente imbéciles, que por lo demás, cumplen a la perfección con su tarea.

“El arte elitista”, me dijo un día mi amigo (pintor), que a partir de entoces, cuadro por el que le preguntaran en cualquier exposición, cuadro que valoraría en “mínimo cincuenta mil euros”, ¡guau!, dije yo, y me fui.

Los perros de raza, ¡esos sí que molan!. Otro amigo, se dedicaba a lanzar pintura sobre un pobre lienzo, que en su día pensó iba a ser recipiente digno para una gran obra, pero bueno, al fin y al cabo, se subastó por tantos miles de euros, o pesetas o dólares ¡qué mas da!... moneda babilónica: ¡doléuro!

“El arte como revolución”... este apartado sí me afecta, y claro: ¡me cabreo!, el rock es el medio para transmitir el descontento social, para hablar sobre un mundo mejor—antes fue así-, recuerdo a los Pink Floyd, antes de pedir 150.000 euros de caché (¡por supuesto!), ahora el marketing descubrió un jugoso “nicho de mercado” (que para que te hagas una idea, es como decir: sé que hay cierto sector de gente que piensa “esto”, les voy a dar lo que buscan, y al final, “esto”, se convierte en pensamiento estándar, patética fotocopia de lo que significa “revolución” o su mejor y más moderna versión (la 2.0) sin “r”. Evolución.)

Y así, el Rock, pasa a ser, no un estilo de música “protesta”, sino un segmento más de mercado.

¡Pasen y escuchen!, festival Rock in Babilom, todas las grandes bandas “duras”, el metal más extremo y el punk más radical... perdón, quise decir: radikal... y yo, que por mucho que me empeño, no descubro sino más y más de lo mismo “mola esta banda, suena cómo Metallica”, “qué buenos son éstos, hacen metal doom gothic postcore... ¡qué te cagas las bragas!... ¡ah!, por cierto, se parecen mucho a estos que salen en la MTV, sí ese, ese cantante que parece andrógino, que dice que es el anticristo y que hizo un video bebiendo sangre de no sé qué animal... ¿o sería de una de las mozas que le rodean en cualquiera de sus videos?... en definitiva, la revolución del Rock, se quedó en eso que gusta tanto hoy día: “sexo drogas y rockanroll”... ¿perdone señorita?, ¿y qué dice que me regalan con el último disco de “anti system”?... “¿otra vez usted? (y es que estas señoritas, parecen siempre la misma)”... sí, es que ya no hay tiendas pequeñas de discos ni de libros, ahora todo se vende en estos sitios tan grandes (sonrío, y espero su respuesta)... pues con este disco llamado *fuck the system*, regalan una camiseta del Ché”... ¡Pobre Ernesto!, pienso al tiempo que la señorita hace una extraña mueca que pretende parecer una sonrisa (¿por qué se ríen todo el rato?)

“El arte como negocio”... buenos días señor, no puede usted silbar esa canción (dice el señor guardia)... ¡pero si es mía! (responde el aludido)... ¡ya!, pero sepa usted que vulnera los derechos de la SGAE... oiga, ¿y si me llamara Ramón?... No sé, no sé (el guardia se bloquea, lógico pues a él no le entrenaron para pensar... pero al final, dá con la clave). ¿y no le importaría usar el diminutivo?... ¡sin problema! (responde el viandante y sigue su camino silbando de nuevo)... ¡qué tenga un buen día señor Ramón!... ¡Ramoncín, querido guardia, Ra-mon-cín!... siga así, ¡vigile vigile, que hay mucho “pirata”!

“El arte escénico”... ¡buenos días!, tengo una banda y queremos tocar en su local ¿cuánto pagan?... ¡Ja, Ja, Ja!, responde el señor dueño de la sala, ¡ay amigo!, alquilar la sala cuesta tantas mil... pero oiga, que yo voy a tocar, que vendrá gente a verme, que usted se llevará el dinero de las copas... son tantas mil, y son como las lentejas, o las tomas o las dejás... ¡venga, seal!, pero conste, que me parece un tío, ¿le pago después del concierto?... no, el cincuenta por anticipado, pero espere, dígame el nombre de su grupo... “yo mismo”... pues no va a poder ser... ¿cómo?, pero si le voy a pagar... ¡ya!, pero tengo que garantizar que va a venir gente a verle, y no me suena su grupo... ¡váyase usted a la mierda!...

“El arte como mero producto”... hace tiempo hice una canción de cachondeo, que al final no metí en el disco de turno, se llamaba: “*artistas*”... su estribillo decía algo así: “sea usted un artista, haga un curso completo, no se preocupe, no hace falta tener talento”... lo que hace falta en cualquiera de las disciplinas artísticas en la gran Babilonia, es garantizar el éxito, las ventas de tu obra... perdón, quise decir “producto”, de eso saben mucho los grandes directivos de la industria discográfica, los grupos editoriales, los promotores de grandes eventos como festivales de verano, o simplemente los incapaces que administran el dinero

público, y que se llaman “concejales de cultura”, que dilapidan las arcas consistoriales pagando cachés desorbitados a los clones pertinentes de la industria del arte babilónico, a los robots que la industria quiere que veamos, que la industria creó para entrenarnos/distraernos y hacer dinero con nuestros sueños... ¡somos obreros!, ¡hermanos latinos!, dice uno que gana tantos miles de miles en cada concierto.

¿Y por qué te contaba yo todo esto?...

¡Ah, sí, por el frío...

Por esa sensación agri dulce que uno siente cuando CREA al margen de esta industria, de esta máquina de hacer dinero, ese sentimiento de impotencia que algunos días puede conmigo al comprobar que haciendo algo distinto, algo bello, algo que intenta ser una patada en el culo de esos perros que ya perdieron su conciencia a base de ver tanta tele, de comer tanta mierda y de escuchar siempre las mismas sandeces, lo único que descubro en el camino, son: trabas, pegas, dificultades, salas carísimas, gente que acostumbrada a que el arte babilónico sea siempre igual, no cree que un concierto de por ejemplo RIX, o Pablo Hasél, o Acracia, o Rabasco, o El Templo del tigre... o ¡qué sé yo!... vaya a ser algo distinto. Y no entienden el esfuerzo que supone mantenerte al margen de ese arte similarmente idiota, que por otro lado, es el que al final consumen.

Si de verdad, crees como yo, que este sistema es algo de lo que hay que deshacerse, que juntos, somos mejores que esos que intentan esclavizarnos, te aconsejo que muevas el culo, que apoyes a los que hacen algo diferente, porque si no, podría pasar que esos artistas, esos que lo son de verdad, dejaran de crear, porque llegará un día, en el que no les queden ganas de seguir dejándose la piel para llegar a una sala y ver que no hay nadie y que la gran Babilonia, siempre triunfará a pesar de que en la virtualidad de internet parezca lo contrario.

Es hora de salir a la calle y de estar con los que CANTAMOS, ESCRIBIMOS... CREAMOS no para perr@s falder@s, sino para LOB@S dispers@s.

En definitiva, hoy siento más que nunca

“Helarte, una vez más, en la frialdad de esta Babilonia de mierda”

y sólo quería compartirlo contigo,

Gracias por escucharme.

*Miguel Rix*



Otros libros de Miguel Rix:

Cuatro Horas (Novela + 2 relatos cortos) – 2003

Ellos te quieren dormido... ¡despierta! (Poemas + 3 relatos cortos) – 2004

Vuestros Hijos Bastardos (Cd + Novela) – 2004

Németon (Novela) – 2005

Al Lobo Dormido (Cd + Novela) – 2006

La Máquina Perfecta (Cd + Novela) – 2008

Chess: Un Jaque al Nuevo Orden Mundial – (Cd + Novela) - 2ª edición 2010

Contacto:

[miguelrix@somosmejoresqueellos.com](mailto:miguelrix@somosmejoresqueellos.com)

[www.somosmejoresqueellos.com](http://www.somosmejoresqueellos.com)

<http://miguelrix.wordpress.com>

*Miguel Rix © 2011*